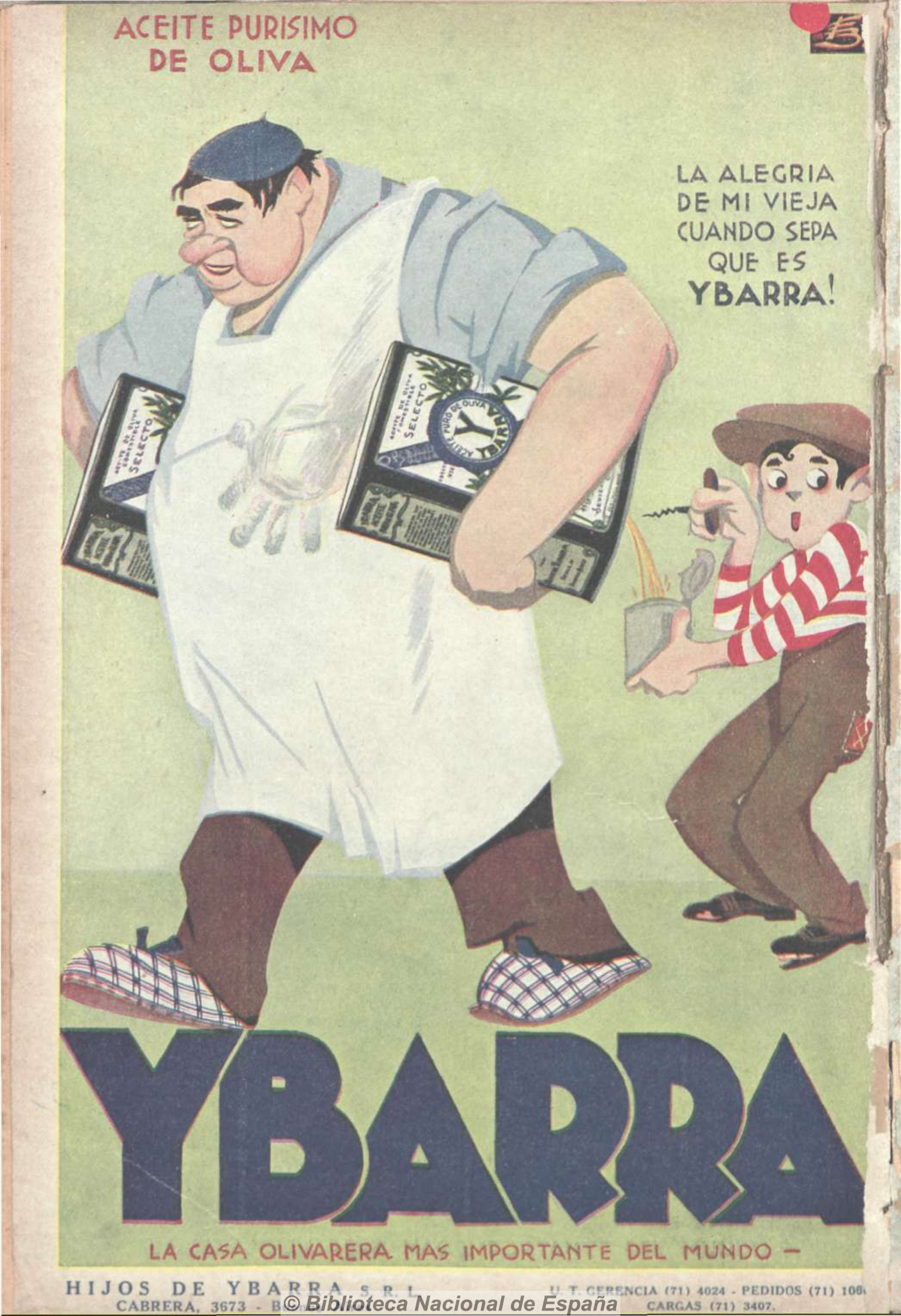

ISABEL
CATOLICA
1932
DIA DE
LA RAZA
CARAS Y CARETAS


ACEITE PURISIMO
DE OLIVA
LA ALEGRIA
DE MI VIEJA
CUANDO SEPA
QUE ES
YBARRA!
SELECTO
YBARRA
YBARRA
LA CASA OLIVARERA MAS IMPORTANTE DEL MUNDO —
HIJOS DE YBARRA S. R. L.
CABRERA, 3673 - B
U. T. GERENCIA (71) 4024 - PEDIDOS (71) 108
CARGAS (71) 3407.

MEDALLONES D AMÉRICA



CONQUISTADORES

Por RICARDO PICCIRILLI

DIBUJO DE ALVAREZ

Soldados recios bajo el metal bruñido de las armaduras, sintieron en el pecho la punzada honda de la conquista y la obsesión hecha ascuas del tesoro encantado. Henchidos de valor, como si fugaran de un campo de batalla del medievo, se lanzaron a la hazaña, que después de azarosa trasiega habría de tornarlos, opulentos y magníficos, a disfrutar del sosiego de la aldea natal. Argonautas engullidos en infinitos de cielo y mar, realizaron la travesía cruenta con desayuno de leyendas, con hartazgo de vigilias, y un día venturoso mordieron con las proas de sus naos la onda del estuario dilatado y epónimo; bautizado del Plata por la quimera, de progreso y de la vida por la realidad.

Hijos del barro de Alonso Quijano el Bueno, se volcaron a la empresa y curtidos por soles bravíos, hipantes de fatigas, pasaron jalonando la soledad con ciudad, mientras la vida generosa les florecía en las bellezas del verbo que sembraban, y en el alma estoica de aquellos soldados de Cristo, que caían redimiendo las almas oscuras.

Mesnada de caballeros; les sobró un rasgo, la acometividad; le faltó un atributo, el cálculo; sin flexibilidad para doblarse en

ángulo, fué siempre arista áspera, cortante. Hijos de prosapia limpia, atalayados en sus torres, no supieron ni aprendieron a bajar el puente por donde les hubiera podido penetrar la comunidad de los afanes y la afinidad de los anhelos, para tornar placentera la cruzada. Se perdieron en la inmensidad de las llanuras y en la desolación de las selvas, jugándose a cara o cruz sus destinos. Soñaron con la riqueza cuantiosa y el regreso rápido; mas, el embrujo de la tierra americana y el alma grávida de engurrio de la raza autóctona, los aprisionó fuertemente, para formar el plasma de un hombre nuevo sobre una tierra nueva.

ELDORADO

EN la tierra virgen, a los cuatro rumbos se esparció la leyenda maravillosa de Eldorado. El indio, imaginativo y versátil llevó la fábula de la montaña al valle, del altiplano a las riberas del Pacífico, del Tucumán al Plata; en tanto los hombres de las carabelas, sin presentir que era el desquite nativo, calenturientos como en una noche de fiebre, se fueron repitiendo el vocablo fantasmagórico mientras despuntaban filo las tizonas.

Aquellos hombres se internaron en busca del lago prometido, desobedeciendo en más de una ocasión las capitulares. Toda la marcha fué un desgarramiento cruel; flagelados de penurias, sirgaron por los ríos y acosados por alimañas terribles acamparon en medio de la tierra yerma. Devorados por la soledad, diezmados por las pestes, contando sólo con el valor intacto; al calor de la lumbre, junto a la marmita donde se cocía la menestra magra que apenas despabilaba el yantar, se repetían la leyenda caída como seroja en la llama voraz de sus sueños: "Eran unos hombres grandes, eran unos indios fuertes... Guatavitá le denominaban en la lengua ignara. El indio Muequetá trajo la historia. Era un cacique temerario que al descubrir manchado su honor por la compañera, la sometió al más cruel de los castigos: salieron a su orden por montes, llanos, ríos, regiones, comarcas y países, mil lenguas de la tribu a propalar la falta. La india, impotente, desventurada, prefirió morir, y arrojóse con su hijo al seno del lago. Tristeza de arrepentimiento le sobrevino al cacique, y como le vieran que luna tras luna se le iba la vida, hiciéronle creer que los seres ausentes moraban dichosos bajo las aguas. Ufano en su creencia dispuso el indio cada aniversario de la muerte, marchar al lugar del sacrificio, a ofrecer magníficos obsequios; y en ligeras embarcaciones quebraba el espejo de las aguas una fantástica procesión de seres empolvoreados, bañados, relucientes de áureo metal: era un desfile de hombres de oro, bajo el oro del sol..."

El corro de los caballeros blancos y barbados, quedábase prendido a la añagaza, y a las tibiezas del rescoldo soñaban: ¡Hombres de oro!... ¡Eldorado!... ¡Poderlo encontrar!... Hasta los canes que ahora aullaban famélicos tendrían su parte en el botín, como el famoso perro Leoncio, hijo de Becerrico...

CIUDAD COLONIAL

LAS ciudades de la conquista fueron semejantes; a todas la identificó una igualdad, pero una fué mejor por suerte de alumbramiento y destino de vida: Buenos Aires.

Villorrio exiguo asomado al gran río que la ilusión hizo mar, mar que le volcó navíos de altos castillos y bodegas repletas; los unos abrumados con gentes de pro y también con ganapanes venidos a percollar; las otras encubriendo bastimentos y pipas ahitas de libros prohibidos, que virtud y pecado hermanados en origen, entraron en el Plata por la misma puerta. Aldea ahogada de desierto sin parcela de labradío; tatuada de incuria y sabiduría de flebotomiano; sin mordiente verde de bosque, ni gris de serranía en el paisaje; por antonomasia nuevo Potosí, Potosí del ganado cimarrón y mostrenco, que ofició de medio para practicar la gimnasia del caballo y engendró frutos amargos: holganza y guapeza. Ciudad hija del cuero; cuero que se usó como techumbre, como tapial, y, sobado, blando, fué arte en la trenza del lazo y en los botones primorosos del indumento.

La tempestad del barroco asoló el frontispicio de las casonas remansadas de silencio, que, reunidas, dieron en formar parejo tablero de ajedrez en el que medró por azar la personalidad. La Alameda exigua, como una cinta a la vera del río, fué un atisbo edilicio; por ella pasaron exhibiendo belleza y empaque niñas y galanes de aquella hora extinta. El Fuerte, de muro almenado y puente levadizo, fué un injerto feudal en la tierra rebelde, cortando con sus bastiones el viento arisco de la pampa. La Plaza Mayor, centro propicio para alzar cucañas en la algazara de los coronamientos de la metrópoli y horcas en los escarmientos de los díscolos de la factoría... Los templos de San Ignacio,

(*Continúa en la página 110*)



Romancero del Río de la Plata

Vinieron los blancos,
mataron mi india,
mi india...

Quemaron la choza,
volcaron la chicha,
el maíz robaron,
mataron mi india,
mi india...

Mi india era fuerte,
osada y sufrida.
Sembraba la tierra;
el agua traía.

Sus ojos miraban
a la lejanía;
para sus miradas
distancia no había.

Sus dedos cortados
contaban las vidas
que sacó del seno
y hoy están perdidas
bajo de la tierra
que cavó ella misma
con sus propias manos,
mi india...

De sufrir estaban
sus carnes marchitas.
Por cada hijo muerto
tuvo tres astillas
al pecho clavadas,
justo doce días;
por cada hijo muerto,
mi india...

Y para la vuelta
de mis correrías,
siempre me aguardaba:
la yerba elegida,
la miel fermentada,
caliente la chicha.

Vinieron los blancos,
mataron mi india.
Hombres de su raza
no la tocarían.

Yo me iré en la noche
de la toldería.
Del indio que sufre
la noche es amiga.

Oculto en el foso
esperaré el día,
el arco tendido,
las flechas pulidas
y en veneno untadas
las puntas de espina.

Y en cada hombre blanco
cobraré una vida;
en cada hombre blanco
cobraré tu vida,
mi india...

DIBUJO DE ALVAREZ



MARIA DE MAEZTU.

MUJERES

Por JUAN SANCHEZ

Una gran educadora: María de Maeztu

Hablar de la Residencia de Señoritas y de María de Maeztu, es la misma cosa; de tal manera se han identificado el objeto y el sujeto. La Residencia tiene su origen en una espléndida fundación norteamericana costeada por el comité internacional de Boston, que en esa forma certificaba poco después de la guerra de Cuba el mal ambiente que en los centros universitarios de la gran república tuvo aquella empresa guerrera. Tiene, pues, esta casa, además de su gran significación docente, el valor de una protesta.

Más tarde, la institución evolucionó hasta transformarse en un espléndido establecimiento que honra a la cultura española. No pierde, sin embargo, su contacto con quienes lo fundaron, pues aquel comité envía y remunera personal para la enseñanza del inglés, contribuye al enriquecimiento de la vasta biblioteca y cede el suntuoso edificio que constituye la Residencia de Señoritas, compuesto por un grupo de hoteles construídos especialmente para ese fin y a todo costo.

En la espaciosa dirección de esa casa de estudios encontramos a María de Maeztu.

—*¿Usted visitó la Argentina?*

—Hace unos seis años — responde la entrevistada, entornando los ojos para evocar.

"Un grato recuerdo. Estuve como un semestre y di conferencias en Buenos Aires, La Plata, Rosario y Córdoba. El público argentino tiene mucha inquietud y receptividad. Se interesa por todos estos problemas de la educación...

—*¿Qué influencias extranjeras dominan en el funcionamiento de esta casa?*

—El ambiente se aproxima al ideal inglés. Se procura que las señoritas residentes gocen de toda libertad compatible con ese mínimo de circunspección que tan bien sienten los ingleses; se fomenta el espíritu de independencia, sin quebranto para la disciplina interna. Las normas técnicas está inspiradas en el canon alemán.

—*¿Cuál es el propósito concreto de esta casa?*

—Que las muchachas españolas o extranjeras que cursan en Madrid alguna carrera, tengan un hogar intelectual y moral a muy poco costo. En la Residencia se enseña francés, inglés y alemán; hay laboratorios bien montados y se organizan clases de cualquier materia, según las necesidades de las alumnas; tenemos una biblioteca perfectamente atendida por personal especializado, la cual consta de 15.000 volúmenes bien seleccionados, en su mayor parte obras de consulta. En suma, el ambiente creado permite auxiliar aficazmente a las que cursan estudios oficiales y ampliar o formar la cultura general y humana de quienes no aspiran a obtener títulos académicos.

"El último curso se ha realizado un viaje de estudios a Marruecos y otro a Andalucía. Con esas excursiones se familiarizan las alumnas con otros ambientes y costumbres, enseñándose a valorar y comprender".

—*¿Está contemplada la situación de las alumnas extranjeras con suficiente amplitud en los reglamentos?*

—Yo así lo creo. En la actualidad se ha fijado en *cincuenta* el número de plazas a disposición de las mismas. El mismo origen de la Residencia y la conciencia clara que de ello entiende tener su dirección son garantía de que las alumnas extranjeras tienen en esta casa un hogar común con las españolas.

"Juzgue usted: Por una suma no mayor de 120 pesos mensuales, una señorita argentina puede estar confortablemente instalada aquí, cursar tres idiomas, disponer de los beneficios de una excelente biblioteca, escuchar las conferencias periódicas que en la Residencia se dictan, recibir orientaciones y consejos para los estudios de otra índole que deseara emprender, desenvolverse en el ambinte tradicional de una ciudad de historia densa y de fino sentido estético, etc."

La señorita de Maeztu no es el tipo de pedagogo de gabinete que con toda comodidad podría ser, dada su gran reputación en los centros universales de la enseñanza. Es una trabajadora infatigable, toda acción y resolución. Su temperamento la impulsa imperativamente "a hacer", imprimiendo el sello de su rica personalidad de educadora a la vasta obra que está plasmando constantemente, a través de la tarea de un día o de un curso.

La proximidad de esta distinguida educadora contagia y dispone bien el espíritu de inmediato. En seguida se presiente que con temperamentos tan ricamente dotados una obra no puede naufragar; al contrario, hunde sus raíces en el ambiente y expande su vitalidad más allá de los límites materiales en que se desenvuelve.

Se explica así la fama de que goza la Residencia de Señoritas y cómo no es posible hablar de ésta sin referirse a la señorita de Maeztu, que le ha infundido su espíritu, sagaz y brillante, de educadora refinada.

ESPAÑOLAS DE LA CRUZ

Una escritora popular: Pilar Millán Astray

—¡En pie, señores! Va a pasar Pilar y es bien que taconee con garbo por encima de nuestros sombreros.



PILAR MILLAN ASTRAY.

AL poeta Marquina pertenecen las palabras transcriptas acerca de Pilar Millán Astray. En efecto, la presencia de ésta cautiva de inmediato, tal como si se estuviera contemplando una tela de Goya o viviendo una hora del Madrid de los chisperos y manolas. Y esa impresión inicial se avalora y completa escuchando la palabra cálida y sencilla de la popular comediógrafa, requerida por el curioso repórter.

—Pues, mire usted — dice con naturalidad; — yo no tengo muchas cosas que contar. Además, no hace muchos años que pasó por aquí Soiza Reilly, el brillante cronista de "Caras y Caretas", quien me hizo una interesante y extensa interviú. La conservo en mi archivo.

—Mejor, señora. Renovando hoy la charla, se conserva el contacto entre el público argentino y una escritora tan estimada como usted. Por otra parte, como en España se han producido transformaciones de tanta significación en los últimos tiempos, bien podría suceder que hallara usted algo de interés sobre el particular que comunicarnos.

—La política es cosa pasajera, señor. Del arte siempre queda algo: la emoción de un momento o la síntesis de una época; de lo otro, nada, pues las pasiones y los apetitos que a su conjuro surgen, se pierden pronto en la densa madeja de los acontecimientos y no queda de ello ni la sombra de un recuerdo. Humo, todo.

—Observe, señora, que los gobiernos de nuestra época no dejan de preocuparse por dar cauce a expresiones tan genuinamente estéticas como el teatro. Vea usted en Rusia. Aquí mismo, el gobierno de Azaña...

—Doblemos la hoja, por favor. Esa triste experiencia puede considerarse muerta en agraz. Aquí no pueden prosperar esos intentos absurdos de convertir el teatro en un instrumento de propaganda demagógica. ¡Por Dios! A otra cosa...

—Bien. Este verano ha estrenado usted en San Sebastián.

—Sí: "Cada uno piensa a su manera".

—¿En qué ambiente se desarrolla la obra?

—En el aristocrático.

—¿Una defección? ¿Abandona usted a las simpáticas modistillas, a los artesanos, a la gente sencilla y humilde de los barrios laboriosos de Madrid?

—De ninguna manera, — contesta con vivacidad la interpelada. — Espigo en otro ambiente, circunstancialmente, nada más.

—¿A qué atribuye usted que la crítica le sea desfavorable con frecuencia?

—Pues, no sé. Me encontrarán defectos... Además, en España no se acaba de una vez con el prejuicio de que la mujer no debe intervenir en actividades tan privativas del hombre como eso de escribir para el teatro. Imagínese usted; soy la única mujer que lo hace.

EN realidad, la producción de Pilar Millán Astray ofrece grandes blancos a los impactos de la crítica. Su técnica y sus argumentos son con frecuencia excesivamente simples: pasan los personajes de sus obras del amor al odio u otros estados de ánimo contradictorios, sin elaboración psicológica; triunfan comúnmente los seres buenos y sencillos fracasando los malos, al revés de lo que suele acontecer en la vida. Pero esta escritora toma del típico ambiente de las clases modestas del Madrid que trabaja y que sufre sus motivos teatrales, reproduce expresiones agudas que comunican a sus personajes un marcado sabor de realismo sentido. Sus obras llegan al corazón de aquellos numerosos espectadores que no van al teatro con las *prevenciones* del intelectual o del esteta consumado. Es el mismo público que nutre la gama de sus personajes, el que se muestra satisfecho con Pilar y mantiene en las carteleras algunas de sus comedias más de 100 noches. Se siente tocado en el corazón y responde a su intérprete con fidelidad. Ese es el secreto de que esta mujer venga escribiendo desde hace diez años para el teatro y de que aun se halle en toda su capacidad de producción. Actualmente, tiene seis o siete comedias en preparación y las va urdiendo *sin método* — como ella misma nos dice, — escribiendo cuando se siente dispuesta para ello y concediéndose largos descansos o interrupciones.

LA prestancia de la señora Millán Astray obliga irremediablemente a pensar en una feliz *conjunción* de esencias en que el "casticismo" madrileño, la libertad en el pensar y la prosapia de las aficiones literarias están como aliados. Hasta el nombre tiene un acento de marcado españolismo, con ejecutoria fuertemente evocativa: Pilar...



Los indianos del Baztán

Por FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Entre los muchos lugares de singular hermosura, es el valle del Baztán el más bello del país vasco. Se halla en la línea fronteriza francoespañola, y pertenece a Navarra; pero, por la naturaleza de su paisaje y el carácter y costumbres de sus habitantes, guarda más relación con Guipúzcoa, a la que, por su proximidad, está unido en todos los afanes de la vida.

Ciñe el valle un cordón de altas cumbres y rápidos desfiladeros, cuya anfractuosidad y aspereza contrasta con la dulzura de las praderas del fondo, donde se extiende un núcleo de prósperas aldeas y aislados caseríos. Entre las vetustas viviendas levántanse, proclamando el éxito en lejanísimas tierras, los "chalets" de los indianos, del pastor de las pampas argentinas o de los campos de California, los dos puntos que se distribuyen en mayor proporción las emigraciones del Baztán. Por todas partes saltan los manantiales y regatos, afluentes del río Bidasoa, que discurre a lo largo de los dispersos aldeorrios, arrullándolos con su rumor. Captada su corriente en diversos lugares, transfórmase la energía hidrológica en bombillas eléctricas que procuran a los pueblos y separados caseríos de los ribazos, recuestos y altozanos, abundante y baratísimo alumbrado. Región de frecuentes, cerradas y bajas nieblas, muchas veces, a media tarde, la luz artificial ilumina todo el valle. El arbolado frutal se confunde con el silvestre: junto al roble crece el manzano; al lado del olmo el castaño, el peral o el guindo; apenas se advierte la línea divisoria entre la naturaleza espontánea y la sometida al labrantío y cultivo del hombre.

Todo el paisaje es de una belleza serena y dulce. Altas hileras de chopos y fresnos acotan los prados en que pacen florecientes ganados, pastoreados, puede decirse, desde las mismas ventanas de las casas. En segundo término el oscuro macizo de los hayales, como una cenefa puesta al cuadro de esmeralda que forman las praderías. El bosque va escalando las montañas, pareciendo el cielo como recortado por la línea ondulante de las altas cordilleras.

Un bienestar general se observa en todo el valle. La tierra, con hallarse muy subdividida, no llega al minifundio, a la propiedad insuficiente, problema no menos grave que el latifundio. Este término medio se debe a la subsistencia de la antigua ley foral en punto a mayorazgos. Al derecho consuetudinario, que vincula en el hijo mayor el patrimonio familiar, el caserío y la tierra, con muy relativas obligaciones respecto a los demás hermanos, hay que atribuir el perdurable equilibrio de la propiedad territorial, que una forma de distribución igualitaria la atomizaría por completo, haciéndola, por tanto, insuficiente para todos. En esta tradición de los mayorazgos radica precisamente la copiosa emigración que sale del Baztán rumbo a todos los puntos de las tres Américas, dedicándose al pastoreo y las faenas rurales. La población del valle se compone de unos dieciséis mil habitantes y el número de emigrados pasa de siete mil.

Baztán es palabra vascuence, "bat-an", en su primitiva forma, y significa "todos una calidad". Los baztaneses fueron ennoblecidos en masa por Sancho el Fuerte, rey de Navarra, justo premio a su bravo comportamiento en la batalla de las Navas. Hallándose jugando a las damas fueron sorprendidos por los moros; pero, rehechos rápidamente, con la agilidad propia de la raza, empuñaron las armas y derrotaron al enemigo. En recompensa a tal hazaña, don Sancho concedió al valle y a todos sus habitantes el escudo de armas, consistente en un tablero de ajedrez. Luego, en las cristianas guerras sucesivas, según cuenta Lope de Vega en su "Jerusalén Conquistada", cada soldado bastanés llevaba estampados en el sayo o la casaca los escaques o casillas del tablero del juego de damas.

FORMAN el Baztán catorce pequeños pueblos, cuya capital es Elizondo. Todos ellos pertenecen a un solo término municipal, sin deslindes entre unos y otros. He aquí la distribución aproximada de los emigrados: en la Argentina, dos mil; en Méjico, dos mil; en el Uruguay, mil; en Nevada, Idaho, Arizona y otros puntos de California, mil quinientos; y diseminados en distintos países de Centro América y Cuba, otros mil. Propiamente, no puede decirse que sean emigrantes, pues la mayor parte fueron y siguen yendo llamados por parientes ya establecidos. De ahí que, a pesar de la crisis general que sufren las países americanos, consecuencia de la mundial, la corriente siga manteniéndose sin gran decadencia. Generalmente, el éxito en la emigración corresponde a los "baserritarras" (habitantes del monte), a los que viven en una casa aislada, un poco lejos del pueblo. Este aislamiento es la mejor preparación espiritual para adaptarse luego al desierto pampero o patagónico, que no les impresiona, agobia ni acoquina, pues, en realidad, no hacen sino cambiar de soledad. Por otra parte, la apetencia de propiedad terrícola con que salen de aquí y su excelente práctica en las tareas pastoriles, les induce a la adquisición de un pedazo de campo americano con los primeros ahorros que logran reunir. Pronto se extiende esta base inicial con nuevos agregados. Tal es el origen de las grandes estancias formadas por viejos vascos que emigraron a la Argentina a mediados del último siglo. Menor es el brío adquisitivo de los "caletarras" (puebleros o callejeros) que, al trasladarse a América, prefieren radicarse en los centros urbanos. Los "baserritarras", que al emigrar sólo hablan vascuence, habituados a la vida solitaria en los cerros pirenaicos, son los que formaron los grandes latifundios en los campos americanos. Estos Robinsones, establecidos en los más lejanos puntos, alcanzaron la opulencia con la valorización, cien por uno, de la tierra al llegar las inmigraciones agrarias y los ferrocarriles.

Las mayores fortunas las han realizado los baztaneses en la Argentina y Méjico. Generalmente, los que van a estos países se vinculan a ellos definitivamente. Los fuertes intereses creados les hacen echar raíces, no pocos son epónimos, han formado poblados que llevan su nombre, y ello ejerce en su espíritu una atracción superior a la del lugar nativo, pues el hombre, más que de donde nace, acaba por ser de donde funda algo que tiene la virtud de la duración perpetua y de prolongar la estela de su vida. Sólo de tarde en tarde, en viaje de asueto o de vacaciones, como turistas, vuelven al Baztán, pero sin ánimo de nueva radicación en la tierra natal.

En cambio, los que van a las regiones pastoriles de Norteamérica ya citadas retornan todos y vuelven a rearraigarse y continuar su vida anterior. La fortuna que logran atrapar es pequeña, diez o quince mil duros, que invierten en adquirir tierras y ganado en el propio Baztán, donde se radican para el resto de su vida. Esta fortunilla suelen realizarla en breve tiempo. No dejan vinculación alguna en Norteamérica. La mayor parte, casi todos, fueron y vuelven solteros, y como, generalmente, retornan jóvenes, cásanse con alguna "neska" del valle, colmando así su ideal de formar hogar en el solar nativo. Su emigración es un accidente transitorio, un episodio que deja escasa huella en su espíritu. Estos emigrantes, rudos pastores, son los que más vivo conservan el sentimiento localista. Sólo son felices en los montes y praderías de Baztán. Entre estos pequeños indianos es raro el que vuelve hablando inglés, pues la lengua usual en las cabañas de Nevada y California, donde los baztaneses forman colonia, es el vascuence. Por otra parte, las largas temporadas que pasan en el mayor aislamiento, lejos de los poblados, les impide adquirir el conocimiento del nuevo idioma. Todas estas circunstancias contribuyen a que sea más intensa su nostalgia y mayor su anhelo de retorno.

PERO los grandes indianos, como va dicho, son los formados en Sudamérica. Su presencia temporal y transitoria ejerce gran sugestión entre las gentes de estas aldeas. Los "chalets" y los autos de estos triunfadores son los mejores agentes de emigración. Suelen venir en junio y se marchan en octubre. La crisis reinante en América, como en el resto del mundo, ha reducido bastante este turismo anual. Resulta pintoresco oír hablar, a los que llegan, de los recursos empleados para obtener fondos en los distintos países donde radican sus intereses.

No hace muchos años, cuando la prosperidad imperaba en toda América, estuve una noche en el Club de Elizondo, capital del Baztán. Había allí en aquel momento muchos viejos indianos, procedentes de todas las latitudes del Nuevo Mundo, que hablaban de las cosas más extrañas, de los negocios más raros, de los sucesos más originales. Pero lo que mayor impresión me produjo fué escuchar las noticias que unos a otros se transmitían sobre sus hijos americanos, muchos de cuyos nombres, por su notoriedad y prestigio, me eran familiares: el político argentino, el militar uruguayo, el literato de Méjico, el poeta limeño, el orador cubano y otros brillantes actores en la historia contemporánea de los nuevos pueblos. De estas conversaciones deduje que los indianos baztaneses son excelentes progenitores de americanos talentosos, aptos para las nobles lides de la vida intelectual.

Los mismos aldeanos sedentarios, aquellos que nunca han salido del Baztán, viven, en cierto modo, como envueltos en una atmósfera americana por su constante comunicación epistolar con los familiares ausentes. Todas las conversaciones se refieren a cosas y sucesos de la otra banda de los mares. En un corro oigo hablar de Corrientes y de Entre Ríos; dos pasos más allá, la charla recae sobre Yucatán; una viejecita, toda alborozada, afirma que sus hijos y nietos, a quienes no conoce, vendrán a verla el año próximo desde Montevideo; un anciano, de blusa y boina, que fuma en una larga pipa de yeso, asegura, en vascuence, que es capaz de ir a ver a los suyos a Valparaíso.

Estos cuadros y estas conversaciones se repiten a cada instante en todo el valle del Baztán, donde el ideal de todos sus habitantes es "hacer la América", para cuya empresa son quizá los vascos los mejores dotados, y entre ellos no son los baztaneses los más tardos en llegar a la meta...

Francisco Grandmontagne

San Sebastián, 1935

UNA YERRA de ANTES

por D. Novillo Quiroga

VETEAN el horizonte las primeras brumas rosadas, cuando ya todo es movimiento en la estancia.

Rumor confuso en que se entremezclan mugidos, relinchos, bufidos, latear de cencerros, clarinear de gallos, ladridos vehementes y entrecortados, entrechocar de cuernos, redoblar de cascos y pezuñas en el suelo empavonado de playas y corrales; voces humanas, ronquecinas y como somnolientas aún que ordenan, interpelan, responden; chirriar de bombas mal enaceitadas, borbotear de agua en piletas y bebidas: el rumor polífono y universal con que la campaña despierta en voces y sonidos.

Ajetreo afanoso de gentes que van y vienen; quién, inquiriendo una instrucción; quién, demandando una herramienta; quién, imprecando a voces destempladas.

El horizonte se viene aclarando de brumas, y cuando la luminosidad del sol creciente se difunde jaspeando los pastizales, haciendo rebrillar las perlas del rocío, irrumpe de sonoridades la voz congregadora y alerta de la campana.

Se intensifica el afán de todos.

Recrudecen los rumores y las voces surgen más nítidas, como lavadas y clarificadas por la húmeda frescura de la mañana.

El sol derrama ya su magnífica plenitud por todos los ámbitos, y la tarea — que es a la vez esfuerzo agobiador y fiesta jubilosa — se inicia.



GENTES "de afuera", han caído "a bocha", atraídas por las justas mentas adquiridas de largo por cada yerra realizada en la estancia.

Fletes aperados lujosamente, orgullo y decoro de criollos que se respetan; platerío reluciente, pelajes brilladores, pilchas de ceremonia.

Chinas — para divertirse y "pa dar una manito" — en la misma populosa magnitud con que se pudiera para las fiestas del santo patrono.

Y el cascarrierío de chiquilinada que acude al regusto de la carne desbordante, de los pasteles "a juentadas"...

Y perrerío; perros del pelaje que se pida: overos, barcinos, bayos; coludos, rabones; flacos hasta exhibir el arpa de los costillares, gordos hasta desbordar de grasa las pellas trémulas y movedizas.

EN el corral grande se ha concentrado el eje de las actividades.

Se arremolina la hacienda, y es ensordecedor el escándalo de gritos, de mugidos, de resopladas, de relinchos.



Los *¡iujujús!*, los *¡jo-jo-joos!* azuzadores, corresponden al silbar de los lazos, al seco sonar de las lonjas sobre ancas y costillares, al redoble como de bombos con que los pechazos de los caballos resuenan sobre las reses embestidas de través.

Están desplegados en línea estratégica los peones más avezados, con su capataz al frente. La flor y nata de pialadores y enlazadores: Luis Felipe, el Cabito, Goyo Ortega, el Toro, el Tala, el negro Juan Torres, Francisco Manso, Angelito "la Gata", el Carancho, Tiento Overo, Barbosa, Cairé, Juan Domingo, Chiquichuva, hasta los locos Vaca Toro y Pichón de Indio, que remolinean de un lado para otro tratando de ayudar y estorbándolo todo, sacudidos por los demás a retos e imprecaciones.

A un costado, el Macuaco, el negro Alcides y el Lechuza, alimentando las fogatas en que se enrojecen las "marcas".

Sudorosos, jadeantes, pero ágiles en la línea impecable con que vuelcan la cintura, revolean el lazo, y en el ademán preciso con que lo lanzan a ceñir la cornamenta o el cogote del animal elegido.

Ahora es un torito nuevo de ojos como

brasas, cuernos agudos, corpachón nervioso, fauces tremolantes y nevadas de espuma; bravo, idioso, lleno de mañas y resabios.

—¡Animal más porfiao! — sentencia alguno. Y así es no más. En rápidos esguinces, en cegadoras volteretas, en violentas arremetidas o bruscos retrocesos, está ya dando por demás que hacer.

Pero, no se la va "a llevar de arriba"... ¿De adónde? Si ya están sobre él — y lo sacan a pechazos de la novillada en que se ha amontonado, Juan Domingo y La Gata, trayéndolo a los rebotes hacia el centro del corral.

Llegado allí, el torito se planta, fiero y desafiador.

Un lazo revolea. Mas un brusco desplazamiento del animal deja sin dirección al enlazador.

Pero ahora está cercado. Lo acosan por todas partes.

Las corridas de un lado para otro en el espacioso recinto, se hacen un crepitante redoblar del suelo playo y una tempestad de alaridos.

Se curva el animal en una violenta "sentada", se estira y encoge todo tembloroso, pero ya el tiro preciso de Luis Felipe lo ciñe por los cuernos.

Una exclamación triunfal subraya y celebra la exactitud del tiro.

Arranca el torito en una disparada violenta.

Luis Felipe le *da lazo,* y afirma el pingo *cara vuelta* contra el enlazado que dispara. Parejo y canchero, el caballo se curva hacia delante, como queriendo enterrar los vasos en el suelo, estimulado a lonja por el jinete para aguantar el tirón. Se estira el lazo como una goma.

Son ensordecedores los gritos.

Tenso y vibrante el lazo, se hace flexible y brillante como un acero empavonado.

Ahinca el forcejeo por un extremo el enlazado, jadea un supremo esfuerzo por el otro el caballo que lo sujeta.

Y un silbido agudo, como de víbora enfurecida, revienta el lazo.

—¡Guarda el cimbronaso, hermanito! — se previene por todas partes. Pero... ¿cuándo lo van a *agarrar dormido* a Luis Felipe? Un rápido salto de costado saca pingo y jinete de la zona peligrosa.

Dispara el torito furioso con la cabeza gacha y batiendo el aire con la cola.

Pero ahí está, oportuno como siempre, el Cabito.

Revolea y silba el lazo que cae justito sobre las guampas del torito.

Intenta otra disparada, pero, rápido como el pensamiento — cuando ya se estira el lazo del Cabito — Goyo Ortega, con un limpio pial de *codo vuelto,* apresa ambas manos del cautivo, baja los brazos a la cintura, "echa verija", y, en un estruendoso tumbo, el resabiado da con el costillar en el suelo, entre un remolino de tierra.

Un salto sorpresivo de Francisco Manso, le hace caer con ambas rodillas sobre el cogote del *volteado,* y ya resuena el trote de Barbosa que, empuñando la enrojecida marca, reclama a los alaridos: — ¡Apriete, qui'ahi va la marca!

Giran enloquecidos los ojos del animal, como previendo el martirio.

Con fría impavidez, Barbosa hunde en el *cuarto* el hierro candente de la marca.

Un mugido quejumbroso, vibrante al principio y entrecortado después, dice del profundo dolor de la quemazón.

Chirrían pelos y cuero calcinados, se contraen los músculos de la bestia atormentada, jadea inútiles tentativas de librarse en convulsivos estiramientos, y un humo espeso y acre que se levanta del *cuarto* marcado, difunde en el ambiente el olor de la carne quemada.

—¡Listo, larguenló! — Se aflojan los lazos. Salta Manso rápidamente poniéndose a buen recaudo, y el torito enfurecido, bramante, se incorpora mirando a todas partes con ojos enloquecidos.

Resopla vastamente, la cola hecha un molinete.

Su resoplar entrecortado barre el suelo.

El testuz, amenazante.

Y, bruscamente, embiste a cornadas de ciego hacia el espacio.

Todos están alertas y le libran puerta franca.

Endereza violentamente hacia el portal, y pasa como una flecha rozando uno de los *principales* que sostienen la *maroma.*

Y esta escena se repite interminablemente.

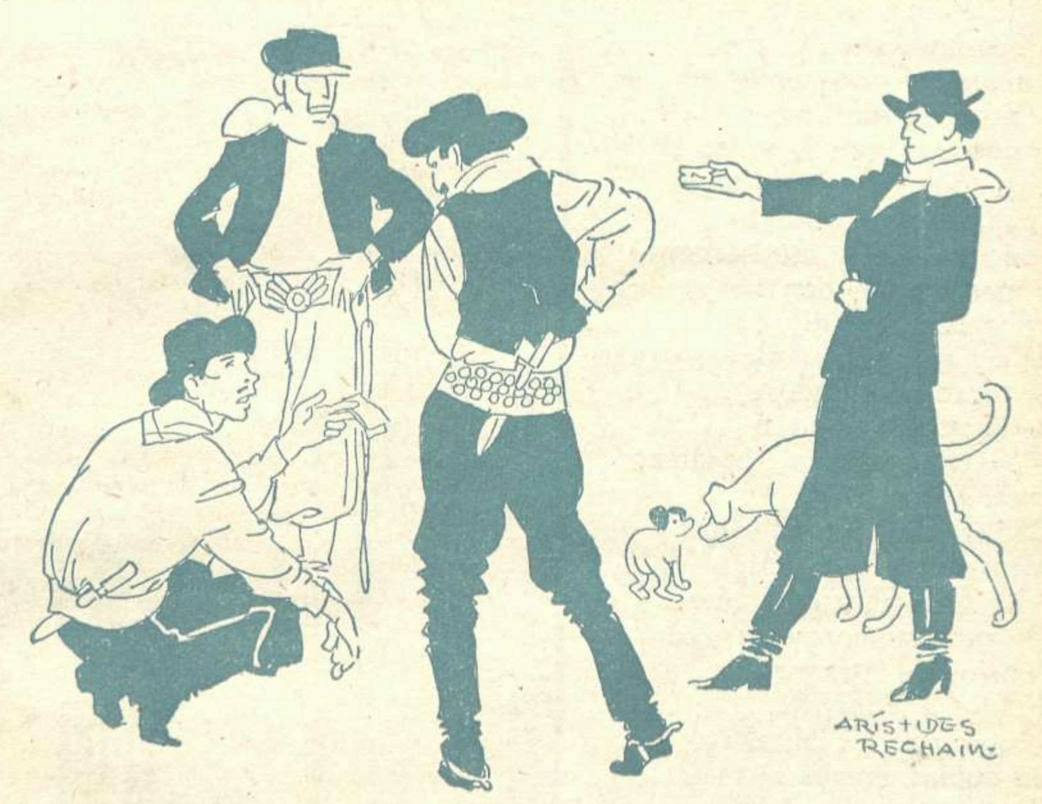
FUERA del corral, la escena reviste no menos interés y colorido.

Bajo unos aromos, el viejito Rayloba da los últimos toques al "con cuero". Los grandes trozos, asados "revolcaditos no más" entre las brasas de osamenta, proclaman la virtud del asador. Sin quemarse un solo pelo, el cuero aparece con el pelaje como enrubiecido y apenas "peinado" por el rescoldo.

Y mientras va y viene con las cosas de su atención, el viejo *matea, echa un taco de giñiebra,* cuenta *sucedidos,* miente hasta por

los codos, y aun se hace tiempo para reconvenir en su lenguaje pintoresco al "mocoserío" que merodea en torno al fogón: "¡ Saque di'ahi, pues, creatura entroducida, que se mi'anda crusando comu'iguan'en la siesta!" O: "¡ Juira, pero'e porquería, que lo viá chusiar!"

BAJO la *ramada,* el mujerío de policromas vestimentas que se afana: amasando y "friyendo" los pasteles dorados que, espolvoreados de azúcar, han de ser regalo de paladares criollos, unas; otras, aderezando las tortas fritas; otras, extrayendo del horno de barro — que se calienta, como los borrachos, por la boca, según el gráfico decir de Martín Fierro — las clásicas tortas *altitas,* levantadas a levadura y con su clásico coronamiento de azúcar melaza.



MÁS allá, un corro de paisanos que se despluman a la taba.

Bajo la sombra propicia de una carreta, otros despuntan el vicio con un "torito", eufemismo bajo el que se designa al juego del monte.

En otro concurso de hombres en cuclillas y mujeres de pie, el *rasjido* de una guitarra es preludio de *cifras, estilos, tristes* o *vidalitas* en que la inquietud amorosa halla su salida, mientras el mate se *acarrea,* y la *bota,* el *porrón* o la *limeta* corren de mano en mano.

Y en los grupos más animados, la gracia y el entusiasmo de la danza.

Las figuras vivas o cadenciosas del *gato* o de la *huella,* del *triunfo,* el *prado,* el *marote,* el *pollito,* el *remedio,* los *amores* o la *mariquita,* en que los movimientos son suma de elegancia o intención, cortadas de cuando en cuando por los sones rotundos y el contrapunto violento de un *malambo,* en que las filigranas contestan a las filigranas.

Y así, entre trabajo rudo y diversiones alígeras, las horas pasan, la tarea se cumple con entusiasmo y alegría, y se enhebran las cuentas cambiantes de una tradición que, para lástima de nuestra auténtica fisonomía de pueblo, se ha ido perdiendo, desfigurando y desnaturalizándose en las burda payasadas con que la escena, el micrófono y la pantalla de hoy nos ridiculizan.

D. Novillo Quiroga

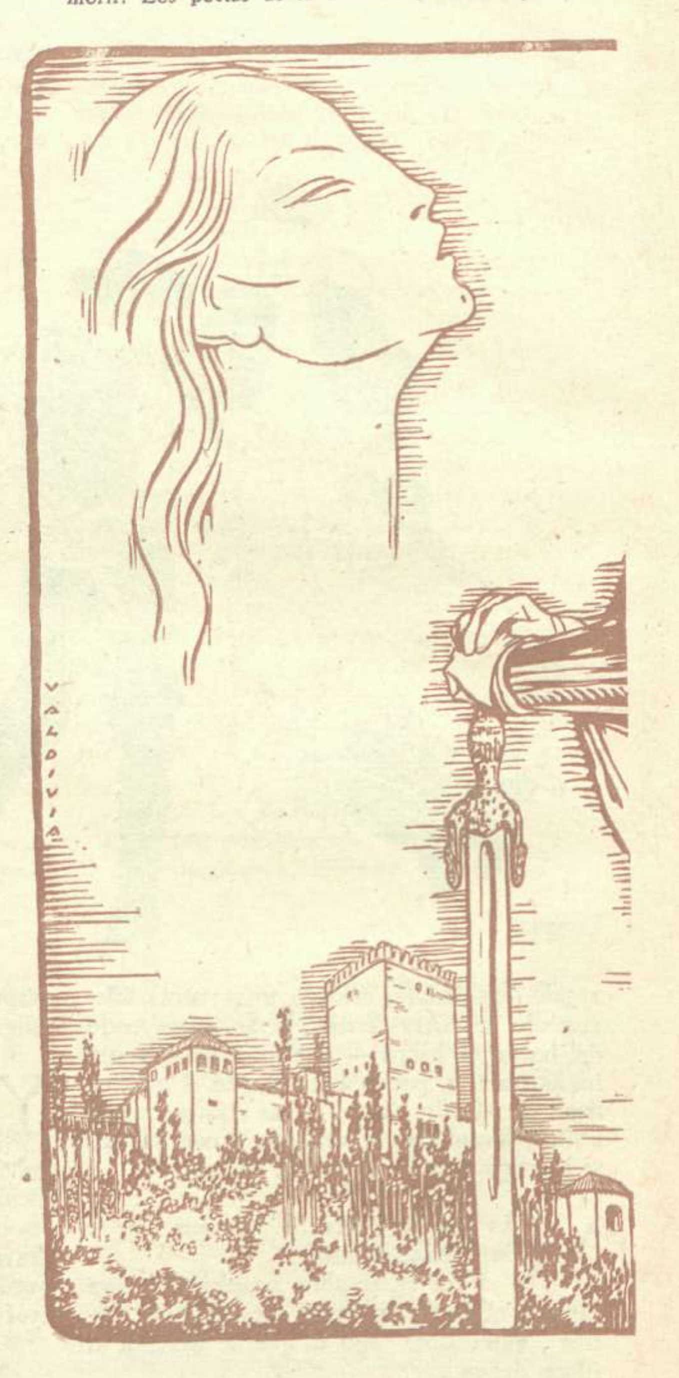
DIBUJOS DE RECHAIN

LA ETERNIDAD DEL ROMANCE

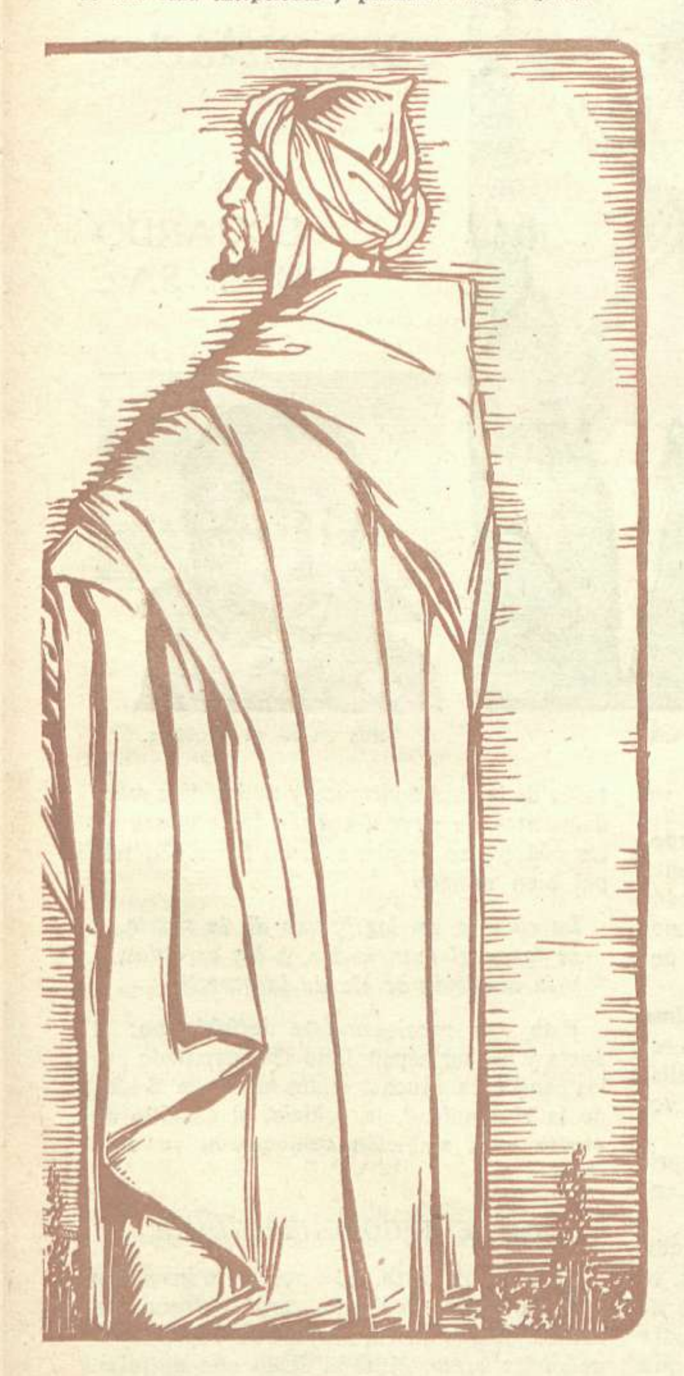
¡Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma
la luna estaba crecida:
moro que en tal signo nace,
no debe decir mentira. —
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decía:
— Yo te la diré, señor,
aunque me cueste la vida,
porque soy hijo de un moro
y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho
mi madre me lo decía:
que mentira no dijese,
que era grande villanía:
por tanto pregunta, rey,
que la verdad te diría.
— Yo te agradezco, Abenámar,
aquesa tu cortesía.
¿Qué castillos son aquellos?
¡Altos son y relucían!
— El Alhambra era, señor,
y la otra la mezquita;
los otros los Alixares,
labrados a maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra
otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
huerta que par no tenía;
el otro Torres Bermejas,
castillo de gran valía. —
Allí habló el rey don Juan,
bien oiréis lo que decía:
— Si tú quisieses, Granada,
contigo me casaría;
daréte en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.
— Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene
muy grande bien me quería.

ANONIMO

Por él, por el romance, como por una corriente, ora mansa, ora tumultuosa, el sentimiento y el pensamiento españoles van hacia la mar del no morir. Los poetas de la América también aportaron y aportan su caudal, y es que el octosílabo romancero acuerda al carácter de un idioma forjado en yunques de pasiones y de ideas definidoras de una raza excepcional y permanentemente joven.



ROMANCE DE ABENAMAR



ROMANCE DEL PEDRERO

No arrojes piedras al lago,
que truecas su paz en ira.
— Yo arrojo piedras a un alma
por no mirarla tranquila.
— Pedrero, en vano te cansas;
deja, pedrero, las guijas,
que el agua que ahora inquietas
será superficie lisa.
— Mis guijas forman tumulto
donde la muerte se mira.
— Pero el tumulto se extingue,
y al fondo se van tus guijas.

Miréle, y vió que en mis ojos
la primavera me ardía,
y que en mis labios temblaba
la furia que en mí escondía.
Por temor de mi pedrada,
huyó con su cobardía.

— ¡Galopa con tu prudencia,
no tornes más a mi vista!
¡Sigue, sigue, moderado,
y en tu prudencia confía!
¡Busca cuevas cuando llueve
y cuando el sol más calcina!
¡Anda por rutas cansadas
y no por sendas bravías!
¡Sírvante siervos sumisos,
no seres con rebeldía!
¡Y acaba en hora apacible,
después de dulce agonía!

Dije y volví a mi trabajo
de herir el alma dormida.
Sólo el ensueño de un hijo
punzaba mi valentía.
El día que el hijo nazca
me hallará arrojando guijas,
¡y el hijo será pedrero
frente a las almas tranquilas!

Eugenio Julio Iglesias

DIBUJO DE VALDIVIA



Retrato de un conquistador

Por
EDUARDO DEL SAZ



Indígenas en la ribera del Paraná.

Don Pedro de Mendoza.

EL APODO

Baltasar Diéguez no merecía el apodo de Bachiller Maltrapillo. Cierto que era sucio en el vestir, pobrete e indócil; mas no llegaba a puntos de pícaro, necesarios para justificar la poco honrosa denominación.

Bachiller sí que lo era, y por la mismísima Salamanca. Una aventura amorosa, que remató en ejemplar desengaño, le hizo alistarse a las órdenes del capitán Ochoa y venir a este Nuevo Mundo.

Y fué el capitán Ochoa quien, por caprichosa enemiga, le rebautizó con el infamante apodo.

Si una autoridad justa hubiera comparado las virtudes de Ochoa con las de Diéguez, el dictado de maltrapillo habríase unido al título de capitán. Porque el capitancito podía haber capitaneado a lo peor de lo peor que haya venido al país.

Diabólicamente poderosos son los pecados capitales en horas de paz. Durante los años de guerras y conquistas, su poderío alcanza medro inconcebible. Las sacratísimas potestades de las siete virtudes y de los diez mandamientos no sirven, cuando las páginas de los códigos se emplean como tacos. En tropel bien armado

La codicia, en los brazos de la suerte,
se lanza al mar, la ira, a las espaldas,
y la ambición se ríe de la muerte.

Esto, tan preciosamente definido por el poeta y militar español, no fué inventado por los españoles. Muchos siglos antes, en el alba de la Humanidad, la codicia, el cuchillo de piedra y la ambición comenzaron su obra salvaje.

UN PENTAGONO IRREGULAR

La primera traza, que nos ha transmitido la obra de Ulrico, tenía raro contorno. La contemplamos ahora, creyéndola capricho de geómetra orate. Muchos dicen que es falsa.

Cinco lados de distinto tamaño, hechos con muros de arcilla y toscas del río, un pentágono irregular, fortín de urgencia. Don Quijote no habría imaginado nada más loco ni más cuerdo. Toda aquella arquitectura

militar estaba inspirada por el deseo de permanecer en una tierra hostil, gigantescamente hostil.

Aun no se ha estudiado de modo científico la lógica de aquella construcción. ¿Porqué un polígono irregular?

Irregular, fuera de los límites de las cosas usadas, fué la idea que guió a don Pedro de Mendoza. Garay, el tiempo y el lejano triunfo conceden la razón al primer hombre que tuvo el capricho de elegir el lugar.

Pronto — algunos meses faltan — han de cumplirse los cuatrocientos años de la singular aventura, y todavía es inexplicable, misteriosa.

HAMBRE Y ODIO

En el fortín profético el Bachiller Maltrapillo fué roído por el hambre y el odio. Hambre y odio, despertados a fuerza de desaciertos y privaciones.

El querandí era noble, manso. La soldadesca lo convirtió en enemigo. La soldadesca quería víveres y plata: había que vivir del infiel. Y mientras tanto, entre sus maltrapillos estallaron las desavenencias, que las prontas espadas enrojecieron.

Fuera del fortín elevóse una horca ejemplar, justiciera. Allí colgaban a los malos compañeros, a los que perseguían nativos.

Porque el fortín era como una nave a punto de zozobrar, una de esas naves donde el hombre vuelve a ser antropófago.

La indiada se rebeló contra los blancos barbudos y crueles. No tenía nociones de patria; hubiera aceptado la amistad de gente superior, las protecciones y beneficios de una cultura que encerraba el trueno y la muerte en el interior de tubos, que vestía a sus poseedores con corazas de tatúes, que jineteaba animales bravos y rápidos, rica en abalorios y cuentas de cristal.

Pero la codicia y la soberbia retardaron, como siempre, la conquista verdadera, espiritual.

EL PRODIGO

El Bachiller Maltrapillo pertenecía a la especie de los que cambian una tela rica por un beso.

Falto de carácter, de ese carácter dominador, abusivo, gala de los seres coléricos, quitavidas y perdonavidas, haragán hasta decir basta, gozábase en prodigar su dejadez amable. El capitán Ochoa tuvo razón al confirmarle despectivamente.

Mientras los indios frecuentaban el fortín, cuyo emplazamiento se oculta hoy bajo



la magnificencia de Buenos Aires, el Bachiller Maltrapillo ingeniábase en tratar con ellos.

Les enseñó palabras, aprendió algunas de sus frases. Pronto fué el único del fortín que pudo ver la ingenua y amplia sonrisa querandí, transformada para los otros soldados peninsulares en un fruncimiento de bocas y de entrecejos.

Durante un alarde a las tolderías de las islas cercanas, vislumbró en el claro del monte un rostro de mujer. Quiso verla por entero, y, apartando las ramas, fué en busca de la india. Ella huía, ligera y hábil. Diéguez la acosaba, también presto, mientras decía las frases amistosas, aprendidas de los indígenas.

Hasta que surgió el peligro, el andaluz no supo que había servido de perdiguero a un cazador. Pues ya, de entre el ramaje de la orilla, una figura siniestra apareció repentinamente y se apoderó de la mujer.

LA LUCHA

Era el propio capitán Ochoa, quien al escuchar los rumores de la persecución quiso y obtuvo la presa.

Diéguez juntóse en seguida con ellos. La muchacha lloraba, luciendo toda su hermosura grácil, mientras se debatía entre los brazos del soldadote.

El Bachiller Maltrapillo, conocedor del alma negra de su capitán, decidióse a rescatarla.

Sin hablar, con todo el cuerpo crispado y

los ojos llameantes de odio, Diéguez asió de un brazo a Ochoa.

Este percatóse del peligro, y, dejando a la muchacha, enfrentó a su subordinado, también sin hablar.

Allí, ambos odios chocaron. Diéguez y Ochoa se aborrecían y se aborrecerán aún.

Tácitamente se inició la pelea, sin que uno diera al otro espacio para usar de las armas.

Y en aquel entrevero de brazos, el al parecer más débil, supo vencer al capitán bravío. Las manos de Diéguez, del buen Diéguez, se tornaron en garras, asidas al cuello de Ochoa, hasta el estrangulamiento.

La india había huído. El bachiller se lavó las manos en el agua amarillenta del canal.

EL DESERTOR

Al pie de un sauce quedaban escondidos el acero toledano y las pistolas del matasiete. Y el Bachiller Maltrapillo fué en busca de sus compañeros, para regresar al fortín. Llevaba bien prevenida su escopeta pedrera.

Allá, por donde hoy se alza Olivos, juntóse con unos soldados de su compañía, y dieron la vuelta a Buenos Aires.

Mucha hambre, pocas palabras.

En el fortín la vida de siempre, peor que de siempre. Pero el Bachiller Maltrapillo era otro hombre, en el que se habían despertado instintos de herencia.

¿Para qué seguir en la nave náufraga, en el presidio del polígono irregular? La muerte vivía dentro de los muros precarios.

Al día siguiente el bachiller hizo su hatillo y desertó. Entre cardales y yuyos metióse en la ruta de las islas, frente a la ventura.

INDIO TAMBIEN

En la sangre y el alma y en el cerebro de los hombres viven microbios que la microscopía tardará en descubrir, gérmenes adivinados, productores de caracteres mestizos. La bondad, la maldad, la predestinación son obra de esos microbios. No hay razas puras, porque el humano es impuro, y a esa mescolanza inevitable, que se impone sobre todos los prejuicios y los dictados de las tribus, de los clanes y de las patrias, debe el ser pensante su progreso. Raza pura significa aniquilamiento.

Diéguez venía de un recinto peninsular milenario, donde iberos, celtas, vascuences, fenicios, cartagineses, itálicos, hebreos, godos, árabes y, quién sabe cuántos más, habían vivido combatiéndose y aliándose.

Con otros términos, parecidos en esencia, iba pensando el Bachiller Maltrapillo, al caminar hacia su porvenir.

Porque era soñador inveterado, mozo sin soberbia de castas, ánimo enamoradizo. Instintivamente, marchaba en busca de su norte: la bonita muchacha a quien había liberado.

Y cerca del escondrijo en que, cara al cielo yacía Ochoa, encontró una parte de la tribu querandí.

¡HERMANO!

Los guerreros le rodeaban, mientras que él disponía su arma, preparado, a la defensiva.

¡Qué inútil defensa! Antes de adivinar el verdadero peligro, unas boleadoras silbaron en el aire y la cabeza de Diéguez, alcanzada por el triple proyectil tiñóse de sangre.

El golpe lo arrojó al suelo, malherido, desmayado. De madrugada pudo volver en sí, recobrando lentamente el conocimiento.

No veía más que un pedacito de celaje color rojo, a través de la ramada. Sin fuerzas, dolorido, esperó la muerte, que pronto había de llegar.

Pero su sino dispuso que acudiera el amigo en vez de la enemiga. Un rostro se unió casi a su rostro, y una voz cariñosa dijo: ¡hermano!

Allí estaba el indio que entre todos los indios a quienes el bachiller había tratado bondadosamente, él agasajó más.

Y el hermano amarillento, el rudo salvaje, haciendo una excepción al odio que sentía hacia los invasores, fué para Diéguez el hermano verdadero. Hay, a pesar de los colores de la piel, un sentimiento de mutua simpatía que reemplaza a los vínculos de la sangre. ¡La fraternidad es la salvadora, la guía, la clara estrella de los hombres!

LA MUCHACHA

El Bachiller Maltrapillo hízose amigo de toda aquella gente primitiva. Cazó y pescó con los guerreros querandíes. Pronto supo que el fortín se había convertido en un montón de cenizosas ruinas. Ya no volvería más a la civilización, entre sus compatriotas.

Fué al sitio del drama, buscó la espada y las pistolas de Ochoa. El cadáver había desaparecido. Pero, como aquella vez, advirtió un rostro entre los árboles. Nuevamente estaba en persecución de la india, y, más afortunado, la pudo alcanzar.

¿La pudo alcanzar? Ella fué quien no extremó la huída.

(Continúa en la página 116)

Dos eminentes intérpretes del arte español son argentinas



Antonia Mercé, "Argentina", la bailarina máxima.

Lola Membrives, la genial actriz.

EL SOMBRERO CORDOBES



Chela Anzoategui de Schlieper.

Margot Calleja de Heberlein, esposa del Consejero de la Legación de Alemania en Buenos Aires.

Fotos Stein (Coblenza) y Van Riel.



D A N Z A — G I T A N A

Foto de Wilenski

LAS PEINETAS

UN MANOJO DE CLAVELES BLANCOS Y REVENTONES CUBRE EL PEINETON; PEINETAS DE COLORES ADORNAN EL CABELLO ENSORTIJADO QUE ENCUADRA UNA CARA GITANA: UNAS MANOS EN ALTO QUE SE ARQUEAN EN RITMICA ARMONIA AL INICIAR LA DANZA; RASGUEO DE GUITARRAS, COPLAS Y PALMAS; MUCHA ALEGRIA. EN LAS SAETAS QUE ENTONAN LOS CANTAORES HAY UNA PENA MUY HONDA QUE BROTA A FLOR DE LABIO, Y EN EL PERFIL DE ESTA MORENA, TODA EL ALMA DE LA RAZA.

Por BIYINA KLAPPENBACH



MANTILLA BLANCA

María Clara de Gurruchaga Güemes.

Haydee de Gurruchaga Güemes.

Elena Andrade

Fotos de Wilenski.



MANTILLA NEGRA

María Clementina Villegas.

María Delia Soria Macías de Campos.

Emma Novillo Saravia.

Fotos de Wsiensk.

MANTONES DE MANILA



Adela Oyuela, Margarita Argerich y Susana Piaccentini Rosende.

Magdalena Mendieta.

Paquita Hermoso de Córdoba.

Fotos de Witcomb.

ESPAÑOLAS *en* BUENOS AIRES



María Inés Maura.

Margarita Mascías de Jacome.

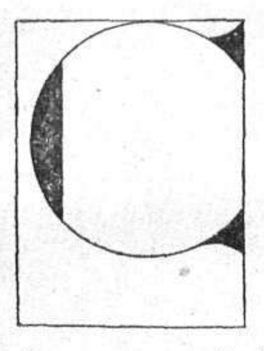
Jane González Arnao.



Clásico traje miriñaque del más puro estilo español. Tanto el vestido como el abanico y la mantilla se conservan como reliquias históricas en el Museo Nacional de Méjico, por haber pertenecido a la malograda emperatriz Carlota. La que los lleva es la declamadora argentina Berta Singerman. Foto tomada en el referido museo.

EL CLASICO MIRIÑAQUE

Nuestro aniversario



ON el presente número, dedicado a exaltar la significación de una fecha gloriosa para las Américas, CARAS Y CARETAS inicia el 39º año de su existencia periodística. Desde los días primeros, en visible afán, nos hemos esforzado por ser un reflejo fiel y honrado de la vida nacional en sus múltiples manifestaciones, y no sería difícil para el que lo quisiera, adquirir una noción cabal del rápido y asombroso desenvolvimiento del país, en la simple lectura de los sucesos reflejados en nuestras páginas. La vida intelectual toda de la república está contenida íntegramente en nuestra revista y los escritores que hoy marchan a la cabeza de la intelectualidad argentina dieron a nuestra imprenta sus primeras concepciones, páginas literarias que conservan esa romántica frescura de la juventud generosa y optimista. Conscientes, pues, de la misión de cultura encomendada a CARAS Y CARETAS por el consenso público, hemos procurado marchar de acuerdo con los tiempos, es decir, renovarnos a cada hora, a cada momento, para ser siempre distintos sin dejar por ello de ser los mismos. Para nosotros el porvenir vale tanto como la tradición, y el público lector habrá reparado cómo en el presente CARAS Y CARETAS luce en sus páginas una renovación tan completa que llega a la raíz misma de su esencia sin haber perdido esa indumentaria argentinista que fué en todo momento tan cara a los hombres que rigieron los destinos de la empresa. Una revista siempre joven y siempre renovada: he aquí el emblema de nuestro trabajo. Y así marcharemos hacia el porvenir, confiados en el vigor pujante y creciente de la magnífica democracia argentina.



MLISS

POR

F. BRET HARTE

(Continuación)

Al levantarse el sol a la mañana siguiente, abrióse camino al través de los helechos a modo de palmeras, y del espeso matorral del pinar, asustando a la liebre en su madriguera y despertando la mal humorada protesta de algunos grajos calaveras, que al parecer habían pasado la noche en orgía, y así llegó a la selvática cumbre donde una vez había hallado a Mliss. Allí encontró el derribado pino de enlazadas ramas, pero el trono estaba vacante. Al acercarse más, algo que pareció ser un animal asustado, movióse por entre las crujientes ramas del árbol y se corrió hacia arriba de los extendidos brazos del caído monarca, amparándose en algún follaje amigo. El maestro, subiendo al viejo asiento. encontró el nido caliente aun, y mirando a lo alto hacia las enlazadas ramas, se halló con los ojos negros de Mliss. Se miraron sin hablar. Ella fué la primera en romper el silencio.

—¿Qué quieres? — preguntó secamente.

El maestro se había decidido por un plan de conducta.

—Quiero algunas manzanas silvestres — dijo con humildad.

—No las tendrás; vete. ¿Por qué no las pi-

des a Clitemnerestera? — Y parecía que Mliss se desahogaba al expresar su desprecio por sílabas adicionales al título ya algo dilatado de aquella dórica joven. — ¡Oh, qué malo eres!

— Tengo hambre, Lizzy. Desde ayer a la hora de comer no he probado nada. ¡Estoy muerto de hambre!

Y el joven, en un estado de inanición extraordinaria, se apoyó contra un árbol.

El corazón de Mliss se enterneció. En los días amargos de su vida de gitana, había conocido la sensación que él tan artificiosamente simulaba.

Vencido por su tono acongojado, pero no del todo exenta de sospecha, dijo:

— Cava bajo el árbol, cerca de las raíces y encontrarás muchas; pero cuidado no lo digas.

Mliss tenía a la par que los ratones y las ardillas, sus escondrijos; pero, naturalmente, el maestro fué incapaz de hallarlas, probablemente porque los efectos del hambre cegaban sus sentidos. Mliss se inquietaba. Finalmente, le miró de soslayo al través de las hojas, a la manera de una hada y preguntó:

— Si bajo y te doy algunas, ¿me prometes que no me tocarás?

El maestro lo prometió.

— ¡Así te mueras si lo haces!

El maestro aceptó como castigo la disolución instantánea.

Mliss se deslizó del árbol. Durante algunos momentos no se oyó más que el mascar de piñones.

— ¿Te sientes mejor? — preguntó con algún interés.

El maestro confesó que se iba recobrando, y entonces, dándole gravemente las gracias, comenzó a volverse por donde había venido. Como lo esperaba, no se había alejado mucho cuando ella le llamó. Volvióse. Ella estaba allí, de pie, pálida, con lágrimas en sus abiertos ojos.

El maestro comprendió que había llegado el momento propicio. Yendo hacia ella le tomó las dos manos, y contemplando sus húmedas pupilas, dijo gravemente:

— Lizzy, ¿te acuerdas de la primera tarde que fuiste a verme?

Mliss se acordaba.

— Me preguntaste si podías venir a la escuela, pues querías aprender algo y ser más buena, y yo te dije...

— Ven — dijo la niña prontamente.

— ¿Qué dirías tú si el maestro viniese ahora a buscarte y dijese que estaba triste sin su pequeña alumna, y que deseaba se volviera con él y que le enseñase a ser más bueno?

La niña bajó silenciosamente la cabeza por algunos momentos. El maestro esperaba pacientemente.

Tentada por la tranquilidad, una liebre corrió hasta cerca de la pareja, y alzando su brillante mirada y aterciopeladas patas delanteras, se sentó y los contempló. Una ardilla se deslizó por medio de la corteza resquebrajada de un árbol derribado, y se paró allí.

— Te estamos esperando, Lizzy — dijo el maestro en voz baja, y la niña se sonrió.

Movidas por el bullicioso céfiro las cimas de los árboles se balanceaban, y un largo rayo de luz se abrió camino entre sus enlazadas ramas, dando de lleno en la indecisa cara e irresoluta figurita. De repente tomó a su manera pronta la mano del maestro. Lo que dijo, apenas fué perceptible; pero el maestro, separando de su frente el negro cabello, la besó, y así, tomados de la mano, salieron de las húmedas y perfumadas bóvedas del bosque por el abierto camino bañado en luz.

III

Algo menos malévola en su trato respecto a los demás alumnos, Mliss conservaba todavía una actitud ofensiva respecto a Clitemnestra. Tal vez el elemento de los celos no estaba apagado del todo en su apasionado y pequeño pecho. Tal vez sería tan sólo que las redondeadas curvas y la rolliza silueta, ofrecen una superficie más extensa y apta para los pellizcos. Pero como que tales efervescencias estaban bajo la autoridad del maestro, su enemistad a veces tomaba una forma nueva e irreprensible.

El maestro, en su primer juicio del carácter de la niña no pudo concebir que jamás hubiese poseído una muñeca. Pero es que el maestro, parecido a muchos otros perspicaces observadores, estaba más seguro en los raciocinios "a posteriori" que en los "a priori". Mliss tenía muñeca, pero era propiamente la muñeca de Mliss, una copia en pequeño de ella misma. Su infeliz existencia fué un secreto descubierto casualmente por mistress Morpher. Había sido la compañera de antaño de las excursiones de Mliss, y llevaba señales evidentes de sufrimiento. El tiempo y el barro pegajoso de las zanjas borraron prematuramente su color originario. Se parecía mucho a la Mliss de pasados días. Su única falda roja, ajada, estaba sucia y harapienta, como lo había sido la de la niña. Nunca se había oído a Mliss aplicarla cualquier término infantil de cariño. Nunca le enseñaba en presencia de otros niños. Era severamente acostada en el hueco de un árbol cercano a la escuela, y sólo le estaba permitido hacer ejercicio durante las excursiones de Mliss. Cumpliendo para con su muñeca, como lo hacía consigo misma, un severo deber, aquélla no conocía lujo ninguno.

Ocurriósele a mistress Morpher, obedeciendo a un laudable impulso, comprar otra muñeca que regaló a Mliss. La niña la recibió seria y curiosamente. El maestro, al contemplarla un día, creyó notar en sus redondas mejillas encarnadas y mansos ojos azules, un ligero parecido a Clitemnestra. Pronto se echó de ver que Mliss había reparado también en el mismo parecido; de consiguiente, cuando se veía sola, le golpeaba la cabeza de cera contra las rocas, la arrastraba a veces con una cuerda atada al cuello, al ir y volver del colegio, y otras, sentándola en su pupitre, convertía su cuerpo paciente e inofensivo en un acerico.

Si hacía aquello en venganza de lo que ella consideraba una nueva e imaginaria intrusión de las excelencias de Clytie, o porque tuviese como una intuición de los ritos de ciertos paganos, y entregándose a aquella ceremonia fetichista, imaginaba que el original de su modelo

de cera desfallecería para morirse más tarde, es una cuestión metafísica que ahora no discutiré.

A pesar de esas divagaciones morales, el maestro no pudo menos de observar en sus varios temas, el trabajo de una percepción rápida y vigorosa. Mliss no conocía ni el titubear ni las dudas de la niñez. Sus contestaciones en clase estaban ligeramente impregnadas de audacia. No era infalible, a la verdad, pero su valor y aplomo en lanzarse en honduras por las que no habrían osado bogar los tímidos nadadores que la rodeaban, suplían los errores del discernimiento. Imagino que los niños en cuanto a esto no valen más que las personas mayores; pues siempre que la pequeña mano encarnada de la niña relucía por encima del pupitre para pedir la palabra, reinaba el silencio de la admiración, y el mismo maestro estaba a veces oprimido por una duda de su propia experiencia y discernimiento.

Sin embargo, ciertas particularidades que en un principio le entretenían y divertían su imaginación, comenzaron a afligirle con graves dudas. No podía dejar de ver que Mliss era vengativa, irreverente y voluntariosa, que sólo tenía una facultad superior propia de su condición semisalvaje, la facultad del sufrimiento físico y de la abnegación, y otra, aunque no muy constante, atributo de selvática nobleza, la de la verdad. Mliss era a la vez intrépida y sincera; tal vez en aquel carácter estos dos adjetivos eran sinónimos.

El maestro meditó mucho sobre este particular y había llegado a la conclusión ordinaria de aquellos que piensan sinceramente, esto es: que él era esclavo de sus propias preocupaciones, cuando determinó visitar al reverendo Mac Snagley para pedirle consejo. Esta decisión humillaba su orgullo, pues él y Mac Snagley no corrían bien. Pero pensó en Mliss y en la noche de su primer encuentro, y tal vez con la superstición perdonable de que la mera casualidad no había guiado sus voluntariosos pies hacia la escuela, y con la conciencia satisfecha de la rara magnanimidad de su acción, venció su antipatía y se avistó con Mac Snagley.

El reverendo señor se alegró de la visita. Además observó que el maestro tenía buen semblante, y que esperaba verle curado de la neuralgia y del reumatismo. A él también le había molestado con un sordo dolor, desde la última conferencia, pero tenía de su parte la resignación y el rezo, y callándose un momento a fin de que el maestro pudiese escribir en su libro de memorias una receta que le dictó para curar la sorda intermitencia, míster Mac Snagley acabó por informarse de la hermana Morpher.

—Ornato de la cristiandad, es tan buena señora y su tierna y hermosa familia prospera — añadió míster Mac Snagley, — miss Clytie está perfectamente educada, y es tan cariñosa como atenta.

En efecto, las perfecciones de Clytie parecían afectarle hasta tal extremo, que se extendió en consideraciones sobre ellas durante algunos minutos. El maestro se vió doblemente confuso. En primer lugar resultaba un contraste violento para la pobre Mliss, en toda aquella alabanza de Clytie. En segundo lugar este tono confidencial le desagradaba al hablar de la primogénita de mistress Morpher; de manera que el maestro, después de algunos esfuerzos fútiles por decir algo natural, creyó conveniente el recordar otro compromiso y se fué sin pedir los informes, pero en sus reflexiones posteriores, daba injustamente la culpa al reverendo míster Mac Snagley de habérselos rehusado.

Esta negativa colocaba de nuevo al maestro y a la alumna en la estrecha comunión de antaño. La niña pareció reparar el cambio en la conducta del maestro, forzada desde hacía algún tiempo, y en uno de sus cortos paseos vespertinos, deteniéndose ella súbitamente, y subiendo sobre un tronco, le miró de hito en hito con grandes y escudriñadores ojos:

—¿No estáis loco? — dijo con un sacudimiento interrogativo de sus negras trenzas.

—No.

—¿Ni fastidiado?

—No.

—¿Ni hambriento? (El hambre era para Mliss una enfermedad que podía atacarle a uno en cualquier momento).

—No.

—¿Ni pensando en ella?

—¿En quién, Lizzy?

—En aquella chica blanca. (Este fué el último epíteto inventado por Mliss, que era muy morenita, para indicar a Clitemnestra).

—No.

—¿Palabra? (Substituído al "así murieses", a propuesta del maestro).

—Sí.

—¿Y por vuestro sagrado honor?

—Sí.

Entonces Mliss le dió un beso salvaje, saltó del árbol y se escapó corriendo. Durante los dos o tres días siguientes se dignó parecerse más a los niños en general, y ser "buena", como ella decía.

Dos años habían transcurrido desde la llegada del maestro a Smith's-Pocket y como su sueldo no era grande y las perspectivas de Smith's-Pocket, para convertirse eventualmente en capital del estado, no parecían del todo positivas, meditaba un cambio. Había descubierto, privadamente, sus intenciones a los patronos de la escuela; pero, siendo en aquel tiempo escasos los jóvenes de un carácter moral intachable, consintió en continuar el curso por todo el invierno, hasta la próxima primavera. Nadie conocía su intención excepto su único amigo, un tal doctor Duchesne, joven médico criollo, conocido de la gente de Wingdam por "Duchesny". Nunca lo comunicó a mistress Morpher, ni a Clytie, ni a ninguno de sus alumnos. Su reserva fué el resultado de una antipatía constitucional a enredar, de un deseo de ahorrarse las preguntas y conjeturas de la curiosidad vulgar y de que nunca creía que iba a hacer algo hasta que lo había hecho.

No le gustaba pensar en Mliss. Tal vez por un instinto egoísta se esforzaba en figurarse su sentimiento por la niña como necio, romántico y poco práctico. Hasta quiso convencerse de que sus adelantos serían mayores bajo la dirección de un maestro más viejo y más severo.

(Continuará)

F. BRET HARTE

DIBUJO DE RECHAIN



Felipe II, símbolo de la realeza

Todavía se discute la singular personalidad de este emperador que solamente quería titularse rey. El poder absoluto ha llegado pocas veces a extremos tan amplios y dictatoriales. Era un político de sagacidad profunda, un esclavo de su España. La leyenda le atribuye crueldades, la crítica imparcial ve en él al soberano que cumplió de sobra los deberes que una época semibárbara imponía a los gobernantes. El sol de Carlos V, aquel astro que jamás dejaba de lucir en el día sobre los dominios del imperio, comenzó su ocaso. Mas la obra de civilización proseguía. Felipe II fué un gran rey, digno de una gran nación.

Diálogo sobre las

Ideas, imágenes, impresiones, más de una vez me ha sobrecogido la idea de que sufrimos involuntariamente la influencia de corrientes psíquicas cuyas ondas forman una atmósfera espiritual en la que estas imágenes cobran vida, transmitiéndonos alguna orden mental o proporcionándonos una colaboración inesperada, pero siempre oportuna.

Amontonadas bajo el halo luminoso de mi lámpara de trabajo las cuartillas inmaculadas, mi pensamiento debe ceñirse a llenarlas evocando a la amada madre España, como homenaje al Día de la Raza. Concentrada mi voluntad —tan debilitada hoy por el quebranto físico, — me sorprende la grata visita de una amiga, cuyo talento y amplia ilustración admiro, y le confío el temor de no poder fijar estas imágenes e impresiones que se agolpan en desorden.

—¿Acaso no tiene usted el hábito — me dice — de reflejar en esa página suya las impresiones del momento? Vamos a tratar ambas el tema elegido, y al correr de nuestra conversación iremos ordenando esas ideas. ¿Cuál es el tema básico de su comentario?

—España. La idiosincrasia de sus mujeres, ejemplo de dignidad, de acendrada fe cristiana, de recato señoril, de cultura...

—No puede haber asunto más hermoso ni más noble.

—Sea este concepto suyo a manera de preámbulo para mis notas de hoy.

—Encantada, amiga Duende, si puedo complacerla. España, el noble y recio tronco de la raza hidalga que nos dió la vida, estructura su existencia desde los lejanos tiempos de Pelayo, alrededor de los tres altísimos conceptos: *Dios, rey, honor.* Entendiéndose el primero en la plenitud de lo que la palabra Dios significa; el segundo, más allá de lo que en la letra del circunscripto término se encierra, hasta llegar a las ideas de patria y autoridad; y en el tercero, muy especialmente en la limpia y pura conducta femenina, en cuya inquebrantable línea fincaban su mejor y mayor orgullo los heroicos castellanos. De esta decantada estirpe procedemos, y a la clara herencia que sus manos marcan, debemos responder.

—Y esas magníficas características de nuestra raza inundan de luz el poema inmortal del "Mío Cid", rodeando con un halo de ideal a la dulce figura de Ximena, la esposa modelo, prototipo de la mujer cristiana.

—Temor de Dios, lealtad, amor henchido de ternura, culto del hogar. El poema inmortal que abre en el siglo XII la literatura castellana, presenta ya las grandes características de la raza, legado que deberíamos conservar como en custodia sagrada. Poemas que evocan y encarnan las virtudes y heroísmo de otros pueblos, han creado figuras femeninas legendarias por sus arrestos de energía, tan tenaces en sus rencores como heroicas en el sacrificio. Pero la voz de la sangre nos hace evocar con verdadera unción los nombres milagrosos de la amada España. La excelsa figura de Isabel la Católica, representa para mí — prosigue mi amiga — el símbolo augusto de todas las virtudes castellanas, rodeada de un noble círculo de damas cultísimas, su ejemplo promovió en su época un gran movimiento intelectual en España: estimulada en su afán de cultivar su espíritu, por el cardenal Francisco Ximénez de Cisneros, ilustre fundador de la Universidad de Alcalá, estudió latín con la célebre Beatriz Galindo, apodada la *Latina.*

—Y con ellas, si mal no recuerdo, Juana de Contreras, cuyas cartas literarias estaban escritas también en latín.

—Y otra latinista más, amiga Duende: Lucia, que llegó a ocupar cátedra en Salamanca. Otras figuras muy destacadas en la corriente de aquella época, en la que las mujeres descollaran por sus virtudes cristianas y su talento, fueron María de Pacheco, la condesa de Monteagudo, Isabel de Vergara...

—¿Y Francisca de Nebrija?

—Figura magnífica también, que se destacó en retórica, sucediendo a su padre en esta disciplina. Las ideas se agolpan, como decía usted hace un momento, Dama Duende. El talento y el saber de la mujer española han sido luminoso ejemplo en el período del renacimiento español, por el que se laboraba ya el siglo de oro que se va a iniciar.

—Siglo que ilumina con fulgor radiante Santa Teresa de Jesús con "Las moradas". La Doctora de Avila ha sido el espíritu místico que ha llegado más alto a la comprensión de la Divinidad.

—Pero las horas del presente, amiga Duende, nos han llevado tan lejos, en este ambiente nuestro, de la luminosa tradición de las mujeres de España... Tan cristianas, tan ávidas de saber, en el afán de cultivar sus dotes espirituales, tan llenas de dignidad en su gracia y su donaire.

—Nuestros antepasados hicieron gala, sin embargo, de ese culto por el estudio. En las postrimerías de la vida colonial, en vísperas del glorioso advenimiento de nuestra emancipación, en las amplias casonas de patios cuadrados en los que jazmines y madreselvas, rosas trepadoras y flores del aire aromaban las salas y apo

mujeres de España

Por La Dama Duende

sentos íntimos, la gran dama porteña era, como la dulce Ximena, el modelo de la esposa fiel y recatada, del señorío y la lealtad. En la majestad de su estrado, como en la gentilicia familiaridad de la vida en el campo, supieron nuestras abuelas infundir amor y respeto a los caballeros de gallarda presencia, atildados o arrogantes, pero cultísimos siempre. Muchas de aquellas damas patricias cultivaron las bellas letras, y no temieron el árido estudio del latín.

—Pero recuerde usted, Dama Duende, que en el solar de nuestras casonas hidalgas se levantan hoy los gigantescos rascacielos de la cosmópolis moderna; que vivimos con el ritmo del fox de moda y que la vieja hospitalidad en los hogares criollos se substituye hoy con los cócteles o *soupers* en las *boites* elegantes. Usted añora, casi sin darse cuenta, los austeros principios de la vida castellana.

—No tanto como usted cree. Vivo mi tiempo, pero no puedo resignarme a la nueva sensibilidad, o, mejor dicho, "insensibilidad", que arrolla con todos los principios de ética y de moral. Precisamente en las corrientes del estudio se infiltran hoy, y me refiero a determinados grupos juveniles, conceptos de una moral desorbitada, de un materialismo que me aterra.

—Ya vendrá le reacción, amiga Duende. Recuerde usted que a todas las culminaciones políticas y civilizadoras que registra la historia, han seguido períodos de desorganización, de desorientación; estados caóticos, en los cuales gérmenes de toda clase depositados en ella por las corrientes de la misma historia se han fusionado a "nuevas" o "renovadas" corrientes por ideas que en estos momentos de transición elaboran a su vez una nueva época. En uno de esos grandes laboratorios de "nueva" o "renovada" humanidad nos ha tocado vivir. Asistimos y somos actores a la vez del peregrino combate de lo "viejo" y de lo "novisimo" tantas veces renovado en la historia de la humanidad. Y como nada escapa en este vórtice enorme a la ebullición de todo lo que es vida, ahí tiene usted cómo pudor e impudor juegan también su valiente partida en el tablero de los hechos. La tradición de España, con su altísimo concepto del honor femenino, transmitido a sus colonias y mantenido por éstas con celoso empeño, sufre hoy los embates violentos de una ideología que podríamos llamar de "desnudez", y que preconizan con ardoroso entusiasmo grandes núcleos femeniles de las últimas generaciones. No se expresa con ellos nada original, nada nuevo — discúlpeme la repetición de este término en aras de la claridad. En el fondo, *pudor* e *impudor* no son más que reflejos de un problema mayor: *materialismo* y *espiritualismo*, planteado desde que el mundo es mundo. La teoría de la desnudez de los sentimientos, y sus reflejos en las actitudes humanas, la sinceridad afectiva como le llaman algunos, el retorno a la naturaleza, como le llaman otros, no es una novedad. Miles de ejemplos la presentan en la historia también, desde que el mundo es mundo.

—A eso voy, amiga mía. Las legiones juveniles se lanzan hoy, ávidas de disfrutar de estas conquistas, que no son más que una vieja novedad; y éste es el problema moral latente en nuestra juventud, en la que el materialismo, como el *egotismo*, van ganando terreno.

—Sí; alguna vez hemos de ahondar este tema. Comprendo su íntimo sentir: *pudor e impudor*. Todos los tiempos los conocieron. El viejo padre Homero, en la inmortal "Odisea", los encara admirablemente en la figura de la voluble Helena y de la purísima Nausicaa. Los conceptos del paganismo no han podido destruir en un ápice la belleza transparente de la gentil Nausicaa, aunque haya permitido al mismo tiempo la desordenada vida afectiva de la fatal Elena. Es que la vida, como un inmenso mar, trae y lleva los elementos que la integran, contorneando hombres, pueblos, civilizaciones, edades; pero los elementos esenciales que determinan su movimiento permanecen indestructibles e inmutables. Así, las épocas más púdicas no han podido desterrar de su seno al impudor, y las más impúdicas no han desterrado jamás a la purísima figura de Nausicaa.



Isabel la Católica.

—Esperemos que se renueve el milagro de la reacción, y que la advocación de las figuras excelsas de la madre España exalten nuestros corazones. El "eterno femenino" se impone en todos los tiempos, como el ritmo de una fuerza invencible. Tan altos ejemplos nos enseñan que el pudor y el recato, unidos a la más amplia cultura, pusieron en aquellas almas el sello de la más alta espiritualidad.

Confortadas por su recuerdo, confiemos en el porvenir.

La Dama Duende

Los presidentes de prestigiosas y Caretas", sobre



De don Antonio Polledo, presidente de la Cámara Española de Comercio

Se conmemora el 12 de Octubre, fecha del descubrimiento del continente americano hecho por las naves españolas el año 1492, el más grande acontecimiento que registra la humanidad.

El hallazgo de este ignorado continente, sumido por siglos y siglos en la penumbra bárbara y salvaje de la ignorancia, trajo para el mundo civilizado una nueva era de vida y prosperidad insospechadas.

Para nosotros los españoles tuvo esta epopeya finalidades insuperables: pobló España este continente, al que dió todo lo mejor que entonces poseía, su religión, su idioma, sus buenas costumbres, sus Universidades, sus conventos, sus iglesias, sus telares, sus trapiches, sus viñedos, sus ganados y además las vidas de sus misioneros y de sus valientes exploradores que perecieron en la conquista.

Ya exteriorizamos nuestro sentir en el monumento erigido en Palermo con estos dos lemas grabados en mármol imperecedero:

De una misma estirpe.
Uno mismo el idioma.

La estirpe, que es raíz, tronco y linaje de una misma familia, y el idioma, verbo divino que deja de ser una figura retórica para convertirse en cohesión internacional de inteligencia recíproca y que vincula y atrae; porque la maravillosa lengua de Cervantes y Garcilaso fué transmitida como vínculo a todos los ciudadanos de las dieciocho naciones que como astros rutilantes de gran magnitud forman la constelación de esta maravillosa América que nos cupo la gloria de descubrir.



Del doctor Luis Méndez Calzada, presidente de la Institución Cultural Española



Cuando España perdió las tierras colonizadas por ella en América creyóse que había concluído su misión en este Continente. Leyendo los escritores peninsulares de la época no se encuentra otro tema que el de la "ingratitud".

Los hispanoamericanos, a su vez, después de emancipados, mantuvieron el ímpetu pasional que hacía ver en España todos sus defectos, apenas sus cualidades.

Allá, indiferencia; aquí, prejuicios. Pasamos así todo el siglo último sin entendernos. Pero como la conciencia histórica vuelve por sus fueros, cada amanecer trae una rectificación. Al hecho secular consumado que es la independencia política tendrá que seguir, para americanos y españoles, una aceptación voluntaria de la comunidad de nuestra cultura: arte, ciencia, literatura, formas dialectales.

Los hombres que hoy dedican sus afanes a elaborarla, desde la Argentina a Méjico y a la vez en España, saben bien que comienza a ser una realidad aunque esté ausente todo énfasis verbal para proclamarla.

Luis Méndez Calzada

De don Leandro Anda, presidente de la Asociación Patriótica Española

Un nuevo aniversario de tan magna fecha celebramos en este día. La sublime epopeya realizada por España en el descubrimiento y colonización de América, toma mayor importancia según van transcurriendo los años. Las naciones todas del orbe, a medida que sus vinculaciones comerciales, espirituales y de todo orden, van tomando contacto con estas repúblicas van también reconociendo la obra inmensa realizada por aquella nación, que volcó en estas nuevas tierras las virtudes de una raza que a través de los siglos se ha mantenido enhiesta como la bandera con que realizó tan señaladas conquistas.

Legó España a estos pueblos de América, sus costumbres, sus leyes, su espíritu, su acción y hoy, a través de cuatro siglos, contempla con orgullo la obra civilizadora rea-

entidades escriben, para "Caras el Día de la Raza



Del doctor Ricardo Levene, presidente del Centro Correspondiente Argentino de la Unión Ibero-Americana

El 12 de Octubre no es el día de la raza en sentido restrictivo o antropológico, sino amplio y filosófico: es el d a del genio hispánico y de la indestructible unión por el vínculo del idioma de los pueblos hispanoamericanos.

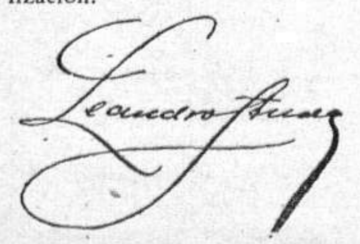
Mucho se habla de los cambios del mundo contemporáneo, pero los realizados por España en América fueron enormes y esa experiencia se agrandará con los siglos al punto de constituir uno de los patrimonios más valiosos con que pueblo alguno ha contribuído a la civilización.

Desde el punto de vista racial ha hecho la fusión y mezcla entre los tipos más distintos y el Nuevo Mundo continúa poblada por razas diversas y reconocidas iguales como lo reclamaba en sus escritos polémicos Bartolomé de las Casas en el siglo XVI; desde los puntos de vista social y político, ha fundado sociedades para la libertad y la soberanía, como lo anticipaba Juan de Solórzano Pereira, en la primera mitad del siglo XVII, autor de "Política Indiana", el libro más importante escrito en los tres siglos de la dominación; desde el punto de vista de las relaciones de España y el mundo, echó las bases del derecho Internacional Público y de la tradición pacifista de América, con Francisco de Vittoria, el autor de "Reelecciones teológicas", que se anticipó al holandés Hugo Gracio; y desde el punto de vista espiritual, ha realizado este milagro de la supervivencia de la unidad idiomática de más de veinte Estados libres, que no pudo crear la Roma antigua, y que harán del castellano el idioma del porvenir, como es una de sus anticipadas pruebas esta inmensa y progresista Buenos Aires que lo enseña y lo extiende con sus dos millones de habitantes.

Ricardo Levene



lizada por estas generaciones, de cuyo tronco racial ha surgido esta raza cuyo porvenir está señalado en la evolución mundial, como avanzada del progreso y asiento de la civilización.



Del doctor Fermín F. Calzada, presidente del Club Español

Al conmemorar la gloriosa efemérides del Descubrimiento de América, que hoy se celebra con jubiloso entusiasmo en todos los pueblos de nuestro idioma, los españoles recordamos con íntima gratitud al precursor del Día de la Raza en la Argentina, al entonces modesto intendente de 25 de Mayo, después senador nacional, don Liborio Luna, quien, en aquel municipio, decretaba anualmente fiesta oficial el 12 de Octubre, hace apenas un cuarto de siglo, cuando en el resto de la República pasaba casi inadvertida la magna fecha.

¡Honor a todos los hombres de las generosas tierras americanas, que, orgullosos de su estirpe, contribuyen a dar mayor grandiosidad y significación a este aniversario, pues con ello enaltecen el nombre de España, hacen noble justicia a su acción civilizadora en el Nuevo Mundo y rinden culto a las virtudes de la raza.

Fermín F. Calzada



DON SANTIAGO RAMON Y CAJAL, hombre de ciencia, filósofo y humorista

Nadie hubiera dicho que la agilidad de pluma que encuentra el lector en *Chácharas de café* y en otras de las recopilaciones de recuerdos y aforismos de Ramón y Cajal, fué practicada, durante largos años, conjuntamente con la delicada y firme labor junto al microscopio. Cajal, hombre de ciencia y filósofo; maestro de maestros y humorista. En él se ha repetido el fenómeno poco frecuente de Echegaray. Echegaray fué dramaturgo y, a la vez, el matemático más insigne de su tiempo. Cuando le otorgaron el premio Nobel, Edison y Marconi le felicitaron como a una de las glorias mayores de nuestro tiempo; mientras, algunos escritores subalternos recogían firmas protestando contra la concesión... También Cajal fué el histólogo más notable de su tiempo. En su patria, puede decirse, inició estos estudios. La universalidad de sus descubrimientos celulares fué refrendado por cuantas academias existen. Sus obras convirtiéronse en el texto obligado de los estudiantes del mundo entero. En cambio, por espacio de largos años, la labor filosófica de Cajal estuvo olvidada y desconocida. Sólo Joaquín Costa — una de las sólidas personalidades de España en las postrimerías del siglo último — las conoció, difundió y enalteció. ¿En qué consiste esta filosofía? En el conocimiento de las cosas y de los hombres, sin atender prejuicios de ninguna naturaleza, ni religiosos, ni científicos, ni políticos, ni artísticos. Ni materialista ni espiritualista. Un caso de objetivismo subjetivo, de integralismo, como lo habría denominado él si alguna vez hubiera otorgado importancia a su labor de pensador, tan recta y admirable como la científica.

Las sonatas de don Ramón del Valle-Inclán



Las anécdotas de Valle-Inclán son infinitas. Agresivas, ingeniosas, taladrantes, nada respetan y todo lo desmenuzan. En los días de la dictadura, más de una vez fué a parar a la comisaría, ya por ponerse a declamar incendios frente a cada una de las estatuas de los reyes, ya por comentar a gritos y en plena representación de cualquier obra de teatro que no era de su agrado y hasta pedir, como en la plaza de toros, que "le dieran la oreja" al autor.

En cierta oportunidad, se empeñó en continuar siendo el marqués de Bradomín. Acompañado por algunos amigos fieles, luego de un discurso explosivo pronunciado en la plaza de Oriente, compareció ante el comisario de policía.

— Nombre — le dijo el funcionario.

— Don Ramón María del Valle-Inclán.

— Ocupación.

— Coronel general de los ejércitos de Aguas Calientes, en Méjico.

Se produjo el consiguiente altercado. El policía resistíase a sentar aquella graduación, mientras, airado, el autor de *Flor de santidad*, agitando el bastón con el único brazo que tiene, clamaba:

— ¡Cómo! ¡Ahora lo que falta es que me discutáis el grado!

Y para evitar mayores complicaciones, se sentó en el acta: "Militar retirado".

Allá, por 1896 — dice Azorín, — vinieron de provincias a Madrid algunos muchachos con ambiciones literarias y se reunieron aquí con otros que comenzaban a escribir. Todos formaron un grupo que pronto comenzó a destacarse en periodiquitos y revistas de escasa circulación. Uno de estos jóvenes era Ramón del Valle-Inclán; nuestro gran prosista y exquisito poeta gozó pronto entre aquellos jóvenes de un profundo ascendiente. La leyenda que envolvía a cierto libro que había publicado daba a Valle-Inclán un prestigio misterioso y novelesco".

Este prestigio y esta leyenda son los que corresponden a su famoso personaje, el enamorado, andariego y valentón marqués de Bradomín, alma y nervio de esas cuatro novelas que el gran escritor gallego ha reunido bajo la enseña de "Las sonatas". Y, naturalmente, el marqués no es otro que el propio autor, quien, desde los comienzos de su carrera literaria se ha afanado en parecérsele. Así, en el volumen de *Alma española*, conjuntamente con uno de sus aderezados retratos, dice él mismo: "Este que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo: don Ramón María del Valle-Inclán. Estuvo el comienzo de mi vida lleno de riesgos y azares. Fuí hermano converso en un monasterio de cartujos y soldado en tierras de Nueva España. Una vida como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en los tercios de Italia para buscar lances de amor, de espada y de fortuna... A bordo de "La Dalila" — lo recuerdo con orgullo — asesiné a sir Roberto Yones. Fué una venganza digna de Benvenuto Cellini. Os diré cómo fué, aun cuando sois incapaces de comprender su belleza: pero mejor será que no os lo diga; seríais capaces de horrorizaros".

Tal el personaje que llena con sus andanzas e inquietudes los cuatro cofres de armonías que son: *Sonata de Otoño*, *Sonata de Invierno*, *Sonata de Estío* y *Sonata de Primavera*, que serían motivo más que suficiente para inmortalizar al gran don Ramón, el de las barbas de chivo, que cantó Darío, si todavía no estuvieran los inimitables "Esperpentos", género suyo, exclusivo, en el que está como compendiada toda su obra de artífice y de rebelde.

La Gitanilla

Ya tenía aviso la señora doña Clara, mujer del señor teniente, cómo habían de ir a su casa las gitanillas, y estábalas esperando como el agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver a Preciosa. Y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa como la luz de una antorcha entre otras luces menores. Y así corrieron todos a ella: unas la abrazaban, otras la miraban, éstas la bendecían, aquéllas la alababan.

Doña Clara decía:

—¡Este sí que se puede decir cabello de oro! ¡Estos sí que son ojos de esmeraldas!

La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacía pepitoria de todos sus miembros y coyunturas. Y llegando a alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo:

—¡Ay, qué hoyo! En este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren.

Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo:

—¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mía? ¡Pues yo sé poco de hoyos, o ése no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos! ¡Por Dios! ¡Tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata o de alcorza no podría ser mejor! ¿Sabes decir la buenaventura, niña?

—De tres o cuatro maneras — respondió Preciosa.

—Y ¿eso más? — dijo doña Clara. — Por vida del teniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbuncos, y niña del cielo; que es lo más que puedo decir.

—Denle, denle la palma de la mano a la niña, y con que haga la cruz — dijo la vieja, — y verán qué de cosas les dice.

Echó mano a la faltriquera la señora tenienta, y halló que no tenía blanca. Pidió un cuarto a sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco.

Lo cual, visto por Preciosa, dijo:

—Todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata o de oro son mejores. Y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, a lo menos la mía; y así tengo afición a hacer la cruz primera con algún escudo de oro, o con algún real de a ocho, o por lo menos de a cuatro. Que soy como los sacristanes: que, cuando hay buena ofrenda, se regocijan.

—Donaire tienes, niña, por tu vida — dijo la señora vecina.

Y volviéndose al escudero le dijo:

—Vos, señor Contreras, ¿tendréis a mano algún real de a cuatro? Dádmelo, que en viniendo el doctor mi marido os le volveré.

Miguel de Cervantes Saavedra

Cómo se prueban los novillos

PARA derribar, hay que saber acosar, o lo que es lo mismo, obligar al animal a que vaya corriendo en una dirección determinada hasta que los caballos de la pareja que ejecutan el acoso alcanzan más velocidad que la res vacuna. Entonces, como el acto de derribar es la diferencia mayor de velocidad del caballo sobre aquélla, hay que calcular este exceso: si la diferencia es mucha, soltando el caballo *sobre largo* para poder corregirle; y si las diferencias son cortas, *echándolo sobre corto,* porque no da lugar a corregir: suéltase aquél, como para pasar por delante de la cabeza del novillo, y poniendo la puya de la garrocha en el nacimiento de la cola, y con el empuje vigoroso de la velocidad del caballo, sin dejar de apretar con el palo, consíguese que la res caiga. Este resultado tiene que obtenerse naturalmente formando un ángulo de unos 30 a 40 grados entre el caballo con la prolongación de la garrocha y la res, cuya posición la facilita el jinete que va a la izquierda *amparando,* aligerándose por delante del que va a derribar.

Una vez que el novillo se levanta, si es bravo arráncase a los caballos; y si no, huye en demanda de la querencia. Cámbianse entonces los jinetes, y el que amparó antes es el que derriba luego, cuya faena se repite hasta que el becerro se para: en ese momento acude el jinete que monta el caballo de la tienta, que suele ser o un hombre de campo o un picador de oficio, con su pierna derecha defendida por la *mona* de hierro. Pone el caballo contra querencia, en cuya posición se colocan los jinetes que lo han acosado con el dueño de la ganadería o el director de la tienta, y dejando al novillo libre todo el terreno de su querencia, adelántase el picador a una distancia prudente; y si se arranca con *buena voluntad* en todas las buenas condiciones de un toro de lidia, vuélvese a buscarlo, porque si el becerro es bravo no se va del sitio, y si toma bien un segundo puyazo se le deja libre, y a la tarde se les busca y recoge con los cabestros para llevarlos al cerrado, no volviendo a inquietárseles hasta que son llevados a la plaza para lidiarlos.

J. G. Pérez.

Génova, ciudad de constructores

GÉNOVA es una de las ciudades más equilibradas del mundo moderno; y hasta pudiera decirse, sin temor de exagerar, que lo fué desde los más lejanos tiempos de su edad. Ella fué cuna de hombres esforzados y geniales que expandieron por el orbe su voluntad de cultura y su resolución de grandeza, de progreso, de labor en bien colectivo. De esas cualidades, palpitantes a través de los siglos, da Génova a la patria entera de los italianos de hoy.

Cuna de Cristóforo Colombo, el hecho de que el maravilloso almirante fuese descubridor de América, es un fasto que, él solo, podría cubrir de gloria — como los cubre, — no digamos a una ciudad, sino a una nación, a un pueblo, a una raza.

Otros iluminados navegantes vieron la luz en Génova. La lista de esos nombres sería larga; y por temor a omitir aunque fuese uno solo, más vale evocar globalmente la obra titánica de haber llevado el genio y la aventura genoveses a las regiones más apartadas del entonces lejano mundo.

En comercio, Génova dictó los cánones más benéficos, llevando su potencialidad y su crédito a los centros más ricos del planeta. Fué aquella ciudad — como lo sigue siendo — un emporio de trabajo, de producción y de bienandanza. Sus hombres, sus numerosos hombres superiores, se distinguieron sobremanera en las matemáticas serenas. Pero ello no significa que Génova dejase de sentir las preocupaciones supremas del espíritu que hicieron de ella una capital de cultura envidiable.

Y como es Génova una de las ciudades, uno de los grandes puertos europeos que mayores relaciones tienen con nosotros, ella nos es particularmente cara. El grato hecho de erguirse en una de sus más bellas plazas la estatua ecuestre de nuestro Belgrano, hacen de Génova una noble preferencia argentina.

Génova, en sus tradiciones más hermosas y en el encadenamiento de sus hechos, tiene una historia llena de fastos que honran la humanidad. Así, puede considerarla el mundo — y la considera — como uno de los centros más autorizados y fecundos del progreso latino.

España y Rubén Darío

Por Carrasquilla Mallarino

España y Rubén Darío... ¡Qué asociación magnífica de ideas! ¡Qué complemento conceptuoso y profundo el que sugieren estos nombres mágicos! Porque no hay un español que no se sienta honrado al recordar que el genio americano escribió en castellano y dió al mundo del pensar, del sentir, del crear; al mundo del arte divino y gayo, lo mismo que a la prosa robusta y honda, nuevos vuelos y valores insólitos.

No hay que olvidar — como no lo olvidamos los que conocimos en persona al maestro inmortal, — no hay que olvidar que Rubén Darío era feliz sabiendo que lo amaban, que lo comprendían en España, y que lo consideraban suyo.

España... Rubén Darío. Es algo como decir D'Annunzio e Italia; Rostand y Francia; Kipling e Inglaterra... Morike y Germania; Maeterlinck y Bélgica; Portugal y Texeira de Pascoes.

Rubén Darío amó a España con un amor apasionado y profundo, de toda la vida. La amó en el alma y en la tierra, en el espíritu y en la carne. Si no fuera por tantas páginas como escribió sobre España; si las alusiones a la Madre Patria no fuesen tan frecuentes, y tan naturales, en la obra del nicaragüense maravilloso, bastaría con su invocación a "Nuestro amo Don Quijote", sobraría con su "Marcha triunfal", para que España, y todos los que hablamos su idioma y creemos en ella, malgrado los eventos de la época y los errores, bastaría para que la ilustre Hispania fecunda lo amase con un amor de madre.

¡España y Rubén Darío! Nombres que se enlazan amorosamente, asombrosamente, en el alma y en el corazón de millones de hombres libres y ardientes.

¡España y Rubén Darío!... El título de esta breve página podría llegar a ser el de un volumen. Como lo llegará un día.

Del pensamiento español

Por FRANCISCO DE QUEVEDO

Es cosa averiguada, así lo siente Metrodoro Chío y otros muchos, que no se sabe nada y que todos son ignorantes. Y aun esto no se sabe de cierto: que, a saberse, ya se supiera algo; sospéchase. Dícelo así el doctísimo Sánchez, médico y filósofo, en su libro cuyo título es *Nihil scitur*: No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden a la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada y estudian para saber, y éstos tienen buenos deseos y vano ejercicio: porque, al cabo, sólo les sirve el estudio de conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada y no estudian, porque piensan que lo saben todo. Son de éstos muchos irremediables. A éstos se les ha de envidiar el ocio y la satisfacción y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada, y a éstos se les había de castigar la hipocresía con creerles la confesión. Otros hay, y en éstos, que son los peores, entro yo, que no saben nada ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada y todos dicen dellos mismos y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencias tiene que perder tan poco, se atreven a imprimir y sacar a luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer a las imprentas, sustentan a los libreros, gastan a los curiosos y, al cabo, sirven a las especierías.

La copla y el sentimiento popular

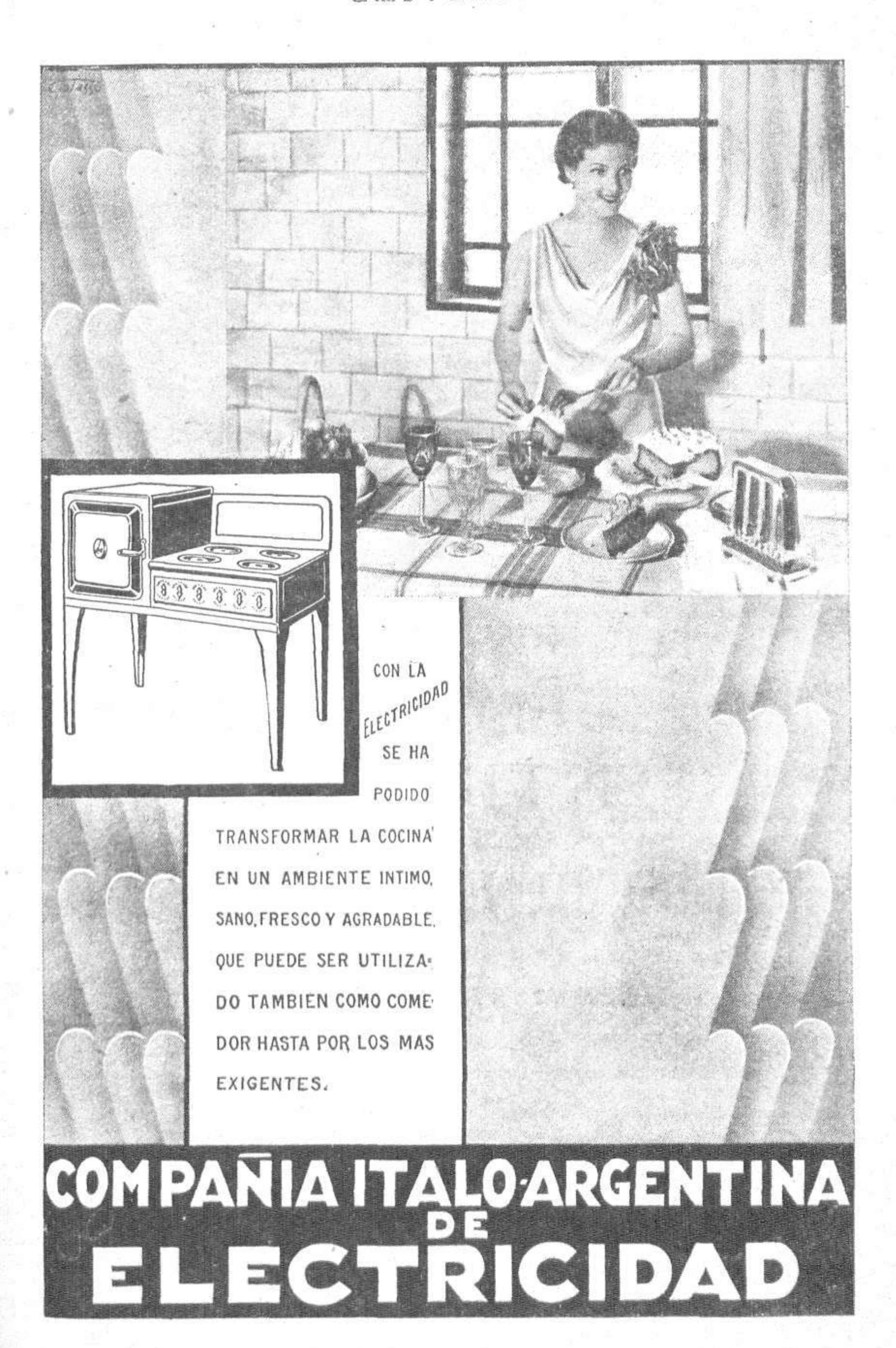
Don Francisco Rodríguez Marín, autoridad cumbre en la materia, define del siguiente modo el valor sentimental de la copla:

"Así como todo el pensar de un pueblo está condensado y cristalizado en sus refranes, todo su sentir se halla contenido en sus coplas. ¿Queréis saber de qué es capaz su corazón? Estudiad su cancionero, termómetro que marca fielmente los grados de su calor afectivo. Ingenuo biógrafo de *sí propio*, que no tira a engañar, pues "No canta porque lo escuchen", sino unas veces *porque está alegre*, y otras *para espantar sus males*, el pueblo narra su vida entera en larguísima serie de coplas: coplas solemnizan el bautismo del hijo, como si la palabra sacramental *éfeta* le hubiese de abrir los oídos, no sólo a las sublimes enseñanzas de la religión, mas también a los dulces cantos de la musa popular; con sus coplas arrúllale el sueño la enamorada madre, a quien se le antoja que todo ha de molestar a su ídolo: hasta el cantar de los pájaros. Por eso entona esta canción:

Pajarito que cantas
en la laguna,
no despiertes al niño
que está en la cuna.

Pero ¿a qué detenerme en este punto? Baste con decir que cantando el hijo del pueblo aprende a rezar y leer, y cantando juega, y, cuando llega la sonriente primavera de la vida, y se abre la flor del alma, y el amor ,tocándola con sus alas de mariposa, le hace sentir inefables estrecimientos, entonces rómpese el copiosísimo venero de la inspiración, y esperanzas, vacilaciones, ternezas, celos, pesares de la ausencia, burlas del desdén, acibares del odio, todo eso y mucho más brota a borbotones del manantial inagotable de la popular poesía. En ella y por ella se echa de ver cómo ama, cómo cree, cómo espera, cómo desconfía, cómo sufre y cómo aborrece cada pueblo. ¡Y hay — mentira se me antoja — quien niega valor subidísimo a los cantos populares!"

Juzgue el lector criollo de la verdad de estas palabras, examinando las joyas de nuestra literatura popular, rica en sentimientos.


CON LA ELECTRICIDAD SE HA PODIDO TRANSFORMAR LA COCINA EN UN AMBIENTE INTIMO, SANO, FRESCO Y AGRADABLE, QUE PUEDE SER UTILIZADO TAMBIEN COMO COMEDOR HASTA POR LOS MAS EXIGENTES.
COMPAÑIA ITALO-ARGENTINA
DE
ELECTRICIDAD



PUERTO DE SAN SEBASTIAN (España).

ELOGIO SENTIMENTAL DEL VIEJO PUERTO VASCO

Por

JOSE MARIA SALAVERRIA

Ustedes tienen ahí grandes puertos, atestados de naves de todas las banderas del mundo; pero los miran ustedes con indiferencia y casi los desconocen. Llevan el nombre de "porteños", pero la verdad es que sólo se deciden a bajar a la dársena cuando necesitan despedir a un amigo que parte para Europa, y entonces van en carruaje y no se enteran de la vida fuerte y original que se desarrolla en aquel ángulo del mundo. El puerto que yo quiero elogiar en estas páginas es pequeñito, tan menudo como una miniatura. Pero pequeño y todo, estoy por decir que ninguno de los que he podido ver durante mi vida, y he visto muchísimos, me ha inspirado tan hondas sensaciones marineras, tantos ensueños de alta mar oceánica, como el diminuto puerto de San Sebastián.

Siempre que paso por la ciudad me apresuro a dedicarle una visita al puerto, que es como encontrarse con el amigo más antiguo, y el más fiel y estimado. ¡Qué mundo de recuerdos se oculta en la intimidad de nosotros dos! ¡Qué es lo que no sabe el puerto de mi niñez y mi primera juventud, de mis sueños y mis alegrías, de mis tristezas y mis angustias inexplicables! ¡Cuántas veces me habrá visto llorar, de bruces sobre el pretil del ma-

lecón, o me habrá contemplado pasar al crepúsculo, fijos los ojos en los nacientes luceros, coordinando con torpe ritmo la correspondencia aconsonantada de los primeros versos que empezaban a torturar la mente!

Aparentemente ha cambiado poco. Las dos pequeñas dársenas parejas se hallan casi lo mismo que entonces; ahí veo los cañones hincados en el muelle para servir de amarre a las embarcaciones; ahí está la grúa a vapor; allí las compuertas para retener el agua de la pleamar en el dique de los buques de carga, y en el otro lado se amontonan como antes las embarcaciones de pesca y las lanchitas vagabundas. Todo parece lo mismo, y, sin embargo, yo sé que el viejo puerto de mi infancia se ha transformado profundamente. Ya no veo a mis amigos, aquellos lobos de mar que yo conocía por sus nombres y por sus rasgos personales; los naufragios, los años, tal vez las borracheras, los han ido abatiendo uno tras otro. Ya no puedo ver a Carril, el patrón de la barca que en las homéricas regatas de la costa ganó, y bien ganado, el título de invencible; tampoco veré más a aquel remero formidable, Pepe, alto, delgado y musculoso como un valiente boxeador de viejo estilo; ni a "Ipurdioquer", que al nadar torcía el cuerpo en una contorsión cómica; ni "Malacara", ni tantos otros veteranos de aquéllos.

¿Y los barcos? ¿A dónde se fueron aquellos grandes y airosos barcos de vela que abrían en mi imaginación de adolescente el presentido panorama de las largas navegaciones, y la vocación inconfesable de llegar a hacerse un piloto de altura? Ahora ya no atracan al muelle más que buques de vapor; proletarios del mar, simples cargadores de mercancías sin belleza ni aliento de aventura. Ya no se encuentran por ninguna parte los grandes y sugerentes barcos de vela. Los he buscado en balde en Veracruz y en la Habana, en Brooklyn y en Oslo, en Hamburgo y en Cádiz. Del pequeño puerto de San Sebastián hace mucho tiempo que se ausentaron.

Yo los recuerdo todavía como si los tuviera delante. Venían, sobre todo, de los países escandinavos, con cargamento de madera en tablones o pesados bloques de hielo extraídos de los lagos de Suecia y Finlandia. Cada vez que llegaba un barco de aquéllos, la fantasía muchachil celebraba una fiesta. Hermosas corbetas noruegas y dinamarquesas, olientes a abetos aserrados; barcos holandeses de proa chata, barnizados como un mueble familiar, y el camarote con cortinillas en las ventanas; esbeltas goletas inglesas, limpias y elegantes como yates; bergantines sucios y feos de Nantes; quechemarines gallegos en que un grumete con la cara sin lavar se pasaba el día pelando patatas; pailebotes blancos y airosos trayendo sal gruesa de las marismas de Cádiz. Y los veleros que hacían la carrera de las Antillas para volcar sobre el muelle toda la fastuosidad olorosa y azucarada de los frutos tropicales.

Otra cosa esencial ha cambiado también. En el puerto de San Sebastián, cuando yo era chico, no se hablaba otro lenguaje que el vascuence, y hoy casi todos hablan en castellano. La desaparición de la lengua vernácula me contrista de tal modo, que siento deseo de escapar y no volver a pasearme por las dársenas. Es como si me hubiesen escamoteado, disfrazado, estropeado cruel y estúpidamente la cosa amada. Con su rudeza y selvatiquez, con su arisca independencia xenófoba, el barrio de los pescadores, que por algo recibía el apodo de "barrio de la jarana", tenía un hondo sabor de ingenua originalidad. Parecía una región aparte, una tribu autónoma y arisca a la que el mismo guardia municipal se aproximaba a disgusto y con precauciones cuando las sardineras se trenzaban en alguna trifulca de las suyas, esmaltadas de gritos feroces, tacos y blasfemias. Pero era gente tan buena como brava, con el corazón hecho a la generosidad y el sacrificio en la dura escuela de los temporales y los naufragios.

Las dos torres gemelas de Santa María ponían paz y método en el abigarrado barrio, y la elegancia barroca del hermoso templo hablaba de éxitos indianos, de opulencias dieciochescas, de cuando la Compañía Guipuzcoana de Caracas podía permitirse el lujo de levantar a sus expensas un gran faro en el monte Igueldo y una iglesia tan lujosa como la de Santa María. Las onzas de oro circulaban entonces en grandes arcas desde la Guayra a San Sebastián, mientras las fragatas traían las bodegas repletas de fardos de azúcar y de cacao.

Hoy no existen fragatas veleras, ni onzas de oro, ni sortilegio y fantasía del ensueño indiano. Hoy el pequeño puerto de San Sebastián está sucio de pesados buques de vapor y de barcas pescadoras que navegan a máquina. Hombres y embarcaciones se han proletarizado. Ya no se escuchan las canciones vascas de otrora, sino el acento internacionalista del obrerismo moderno. Y, sin embargo, contemplándolo un poco desde lejos para que la realidad del cambio no me apene, ¡con qué tierna emoción suelo asomarme a veces al puerto de San Sebastián, ese pequeño mundo que guarda los recuerdos más profundos de mi edad primera, y que conoce toda la historia del amanecer de un alma anhelante que la vida, como a nave ilusa, había de arrastrar a horizontes tan extraños.

José Mª Salaverría

San Sebastián, 1935.

El pollo de las ánimas

UNA ilustre escritora gallega, al analizar sagazmente el porqué de las subastas o remates, ponía como ejemplo esta costumbre popular regional.

"¿Qué es el pollo de las ánimas?, preguntará alguien que no esté al corriente de los usos y costumbres de mi tierra. Es un donativo en especie que algún devoto ofrece a las benditas ánimas del purgatorio, y que el párroco, a fin de convertirlo en numerario, vende en el atrio de la iglesia "a pujas" a la salida de la misa mayor. De pie sobre el tapial que cerca el atrio o sobre una silla traída de la sacristía, el sacristán eleva la mercancía con la diestra, la columpia de las patas y chilla: "¡Un real, a la una! ¡Un real, a las dos!" (Allí se cuenta todavía por reales, cuartos y hasta ochavos). El pollo de las ánimas no suele ser de los más gordos y lucidos; por lo regular tiene la pluma aborrascada, el pescuezo flaco y los ojos tristes. No obstante, la gente aldeana, que es ducha y que da *tres vueltas* a la faja antes de malgastar un céntimo, puja con ahinco el pollo, cuya adquisición produce emociones semejantes a las de la caza y la pesca, o a las del contrabando.

"La subastas satisfacen este instinto de lucha y de porfía que existe en la naturaleza humana. Divierten más que una sencilla compra, un rápido contrato verbal. Tienen lances. El mismo violetero que se vendió minutos ha en tres reales — es decir, el mismo no, pero uno idéntico, — se vende ahora en seis o en ocho. ¿Por qué? Porque los licitadores están más vibrantes, más animados y con más humor de quitarse unos a otros el gusto. Además hay dichos, agudezas, incidentes, comentarios; todos vuelven la cabeza cuando alguien *sube* de pronto, y este movimiento halaga la vanidad del que acaba de revelar que posee una respetable suma y va a gastársela en un capricho. "¿Quién es ese Creso?" Y el Creso ríe, y otro Creso desconocido salta, impensadamente, con una oferta mayor, dejando tamañito a su contricante... Todo alarde de fuerza entraña un goce de amor propio; toda discusión enciende y exalta.

Un idioma varonil: el castellano

La pureza de las vocales, los tres acentos (agudo, llano y esdrújulo) dan al castellano algo de la sonoridad italiana, al mismo tiempo que la libertad de la construcción lo hace particularmente propio para la expresión poética u oratoria; pero las guturales aspiradas, la caída frecuente de las vocales finales le dan una energía particular".

De esta manera reconoce el "Larousse" la virilidad y la cadencia del idioma nuestro, esa lengua que tiene en Castilla acrópolis. Allí ruedan de boca en boca las erres, silban las eses, crujen las jotas, tabletean las eles, chistan las haches, golpean las tes, y todas las demás consonantes son afirmaciones claras, decisivas, imperiosas.

El énfasis del castellano está en la energía, en el silabeo bien marcado. El castellano es ronco, no busca la musicalidad; idioma grave de soldados y de hidalgos que quieren hacerse entender bien y respetar. Y aun en los innumerables dialectos, que suavizan la reciedumbre del castellano, la tendencia varonil se conserva claramente.

Nuestro castellano ha seguido una tradición. A medida que el rudo idioma de la meseta desciende hacia el sur, fué adquiriendo más rapidez. En el camino perdió buena cantidad de consonantes finales y se hizo más dulce. Y en la ruta de los descubridores, continuó adquiriendo musicalidad, rapidez.

Pero siempre es el mismo: viril, amplio, acogedor del verso sonoro, de la rima grata y cadenciosa. Y mediante él los hombres de la raza expresaron briosamente sus ideales, delicadamente sus sentimientos y sus ansias, llegando a extremos de genialidad, admirada por el mundo.

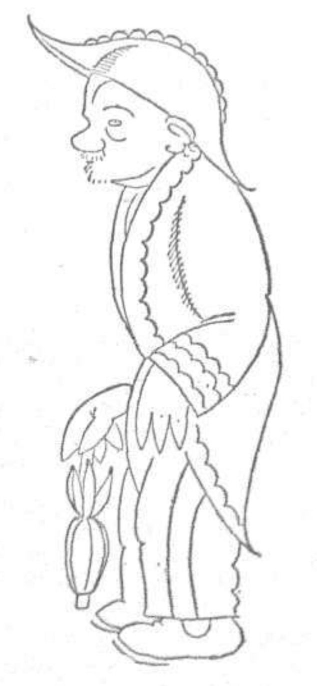


PIO BAROJA DE CONTRABANDO

Por E. M. S. Danero

1910. El centenario y el cometa de Halley. Los festejos subrayados por aquel trazo verdusco que, en el cielo, en los amaneceres, ponía un guión de angustia y acuciaba nuestra curiosidad de muchachos. Para contemplar el cometa que, madrugada tras madrugada, aumentaba de tamaño y acentuaba su venenoso color, debíamos burlar en el internado jesuítico la estricta e implacable vigilancia del hermano sereno. Así y todo, por las enrejadas ventanas de las salas de "camarillas" del Salvador, en aquel mes de mayo, muchas fueron las desgreñadas cabezas juveniles que se asomaron... Se podía ver al cometa, mas se tenía la certeza, también, de una penitencia. Lo uno por lo otro.

También en 1910; también en el Salvador; también en ese silencio frío y monacal de las camarillas, el vicio no impune sino severamente castigado de la lectura, nos deparó otro descubrimiento. Pío Baroja, y con él, Silvestre Paradox.



¿Cómo llegó Pío Baroja, el anárquico, el incrédulo, el rebelde hasta aquella ciudadela inexpugnable que era el colegio? Milagros del ingenio estudiantil. Larga práctica, adquirida en una constante introducción de todas aquellas cosas prohibidas: chocolates, lápices, cortaplumas... Para todas estas cosas había una terminante prohibición. No se podía ni usarlas, ni consumirlas. El alumno que era sorprendido con un lápiz, podía decir que perdía la libertad dominical durante un mes. El que dejaba ver una inofensiva hoja de cortaplumas de dos centímetros, bordeaba la expulsión ignominiosa. Así y todo, llegaban hasta los dormitorios los lápices, las cortaplumas y los chocolates. Estos últimos, desaparecían a la primera noche; pero, los otros útiles, para permanecer en poder de los muchachos, debían ir a parar a los más inconcebibles rincones y ocultamientos: el interior de los forros de los trajes, los colchones, los barrotes de las camas de hierro, todos cuantos lugares podían pasar inadvertidos para la requisa diaria que, con celo inconfundible, llevaba a cabo el hermano Román.

Y, no obstante, Baroja entró al internado del Salvador. Lo hizo con disimulo, en un amarillento ejemplar de *Las aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, adquirido en la librería Del Colegio a la vez que los libros de texto, pero que debió llegar oculto bajo la impoluta y almidonada pechera de la camisa del "smoking" reglamentario, bajo la que per-

(Continúa en la página 141)



Cabellos sanos, abundantes y sedosos, dóciles a la ondulación, con Petróleo Gal. Fortalece la raiz. Suprime la caspa. (Frasco, $ 3,15 y 1,90.)

La victoria naval de Lepanto

A las primeras detonaciones de la artillería que denunciaron el combate siguió pronto el clamoreo y los alaridos con que los musulmanes acostumbran a comenzar las batallas.

Chocó primeramente el ala derecha de los turcos mandada por el virrey de Alejandría con la izquierda de los cristianos que guiaba el proveedor Barbarigo. Los venecianos peleaban a rostro descubierto, con la saña, el brío y el encono de quienes combatían contra los verdugos de sus compatricios. Habíaselas el genovés Doria con el argelino Uluch-Alí, el cual apresó la capitana de Malta y pasó a cuchillo a todos sus defensores, a excepción del prior y otros dos caballeros, que acribillados de heridas se salvaron por contarlos entre los muertos. Buscáronse con igual anhelo Alí-Bajá y don Juan de Austria, hasta el punto de chocar con terrible estruendo ambas galeras, pero haciendo la artillería y arcabucería de la Real de España estrago grande en la gente de la del turco. Hízose general el combate, y revolviéronse entre sí las galeras enemigas. Blanqueaba el mar con la espuma que formaba el hervor de las olas; el humo que brotaba de los cañones y arcabuces obscureció el horizonte, haciendo noche en medio del día, y las chispas que en su choque despedían las espadas y escudos parecían relámpagos que salían de entre negras nubes. Cruzábanse en el aire las balas y las flechas. Tragábase el mar los leños, cayendo revueltos turcos y cristianos, abrazados como hermanos con el odio de enemigos. Al lado de una nave que engullían las olas, devoraba otras el voraz incendio. Sobre un bajel turco se veía enarbolada una bandera cristiana, y encontrábase una galera de Castilla guiada por un comandante turco. Peleábase cuerpo a cuerpo después de rotas las espadas; todo era estrago y muerte; la sangre llegó a enrojecer el mar. "Nunca el Mediterráneo — dice con exactitud y elegancia el autor de la Memoria sobre Lepanto — vió en sus senos, ni volverá a presenciar el mundo conflicto tan obstinado, ni mortandad más horrible, ni corazones de hombres tan animosos y encrudecidos".

MODESTO LAFUENTE

Una tertulia literaria

TIEMPOS hubo en España, y no andan tan lejanos, de los cuales Clarín ha dicho graciosísimamente que por poco nos volvemos entonces tontos todos los españoles; cuando a Eguílaz se reputaba dramático sin rival, y don Gregorio Romeo Larrañaga (del cual se dijo que su nombre y apellidos parecían, ¡oh colmo de la onomatopeya!, una riña de gatos) era tenido por poeta lírico de lo más selecto, y las novelas de entregas pasaban por cosa mayor y se llamaba escritores amenos a cuatro desahogados insulsos. Por entonces regresó Zorrilla de América, y llegó a tal punto entre la mayoría del público la estupidez, que de los versos de don José se dijo que no encerraban nada, que habían pasado de moda (¡como si pasaran de moda Calderón y Lope!), y poco menos que se llamó al gran Zorrilla poeta cursi y *desaborío*. Cierto día y en un corro de literatos *soi-disants*, mientras Balart y don Gabriel Tassara permanecían en nervioso mutismo, salió a la conversación el asunto de moda (¡la moda siempre, esta gran tirana!) y aquel grupo de necios nacidos para escribientes y disfrazados de escritores, dióse a poner a Zorrilla de oro y azul. En vista del prolongado silencio de Balart, no faltó quien le preguntara:

— ¿Y usted qué dice, don Federico?

— Digo — *repuso con viveza* — que Zorrilla es el poeta nacional, el poeta más inspirado de este país, el más grande de nuestros líricos contemporáneos.

— Tiene usted razón — le interrumpió García Tassara con su marcado acento andaluz. *¡Ese ez er malo!*

— ¿Cómo el malo?

— Sí, señor; el que siempre hará mejores versos que todos nosotros.

RICARDO J. CATARINEU
(1897).

La magia del verso d'annunziano

ENTRE los dominadores, entre los verdaderos adivinadores, magos, exégetas del alma humana, Gabriel D'Annunzio tiene su altísimo lugar. El verso es en sus labios música propia, música suya, varia, infinita, natural. Y como el poeta es en el un príncipe que impera sobre todo lo que hace del alma humana un valor sutil y profundo, la maravilla de su obra recoge, pule, explica, todo cuanto se relacione con la vida. En D'Annunzio se admira lo humano y lo divino.

Así vemos cómo en la rima genial del maestro itálico, latino, palpitan los secretos de la luz en un inaudito acorde melódico de valores que no sólo sinceran el genio en una demostración magnífica, sino que lo hacen centro de un sistema de pensamiento, de idea, de armonia, en torno del cual girará durante mucho tiempo el espiritu de su raza fina.

Los versos de D'Annunzio, compuestos todos ellos en un sopio inspirado y creador, van quedando en el registro de la memoria humana como una irradiación de pedrerías vitales. La palabra, cada una de las que usa el maestro, tiene por él vibración y gracia propias. Así se explica que cada uno de sus poemas, de sus cantos, concrete elementos de verdad eterna, esto es: de arte inmortal.

En cada estrofa de D'Annunzio va sintiendo el alma del lector cómo pasa la corriente de sus mágicas electricidades. Porque la obra del poeta tiene una coherencia, está garantizada con una tan asombrosa unidad, que pudiera decirse que la ya larga vida del hombre es una sinfonía humanizada.

La existnecia de D'Annunzio es, en efecto, una sola pieza en su sentido armónico y entrañable. Nunca desentonó. Ni siquiera cuando — convertido en volador de guerra — hizo un vuelo asombroso y largo, no para llevar las bombas de la muerte, sino para decirle a Viena, en prosa digna de llegar del espacio, que la cultura latina prevalecia sobre los horrores de la hecatombe...

Y aquellas palabras, caídas de la altura, fueron augurios felices en las relaciones de dos pueblos que habrán de llegar a ser grandes amigos.

La América que habla portugués

La América que habla portugués tiene su maravilloso imperio en la república de los Estados Unidos del Brasil, nación que a los argentinos nos es cada día más grata y fraternal. Sobre todo después de las visitas cambiadas recientemente entre los presidentes Agustín P. Justo y Getulio Vargas, visitas que han alentado las más hermosas esperanzas y las más nobles garantías del asombroso porvenir de nuestra América.

La parte del Nuevo Mundo que habla la lengua armoniosa de Portugal ocupa una extensión territorial inmensa, y el aumento de su población ha llegado a sorprender a los estadistas en los últimos años. Con lo que queremos significar que el porvenir de nuestros vecinos y amigos se abre cada día más como un horizonte de ilimitadas perspectivas.

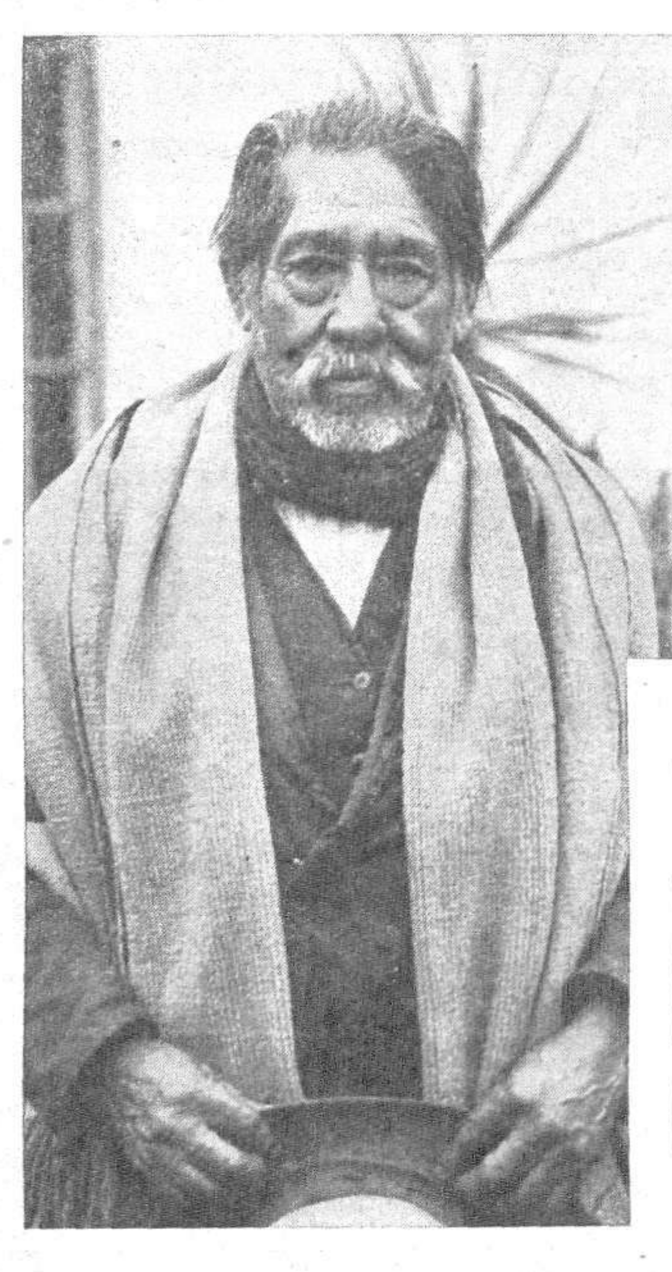
El Brasil es uno de los tres grandes valores que integran el Nuevo Mundo; uno de los grandes núcleos lingüísticos de este tríptico de nacionalidades potentes donde la humanidad podrá resolver sus más graves problemas. Europa lo sabe. Y si algún día, tras formidable conflagración de los pueblos y naciones del Viejo Mundo, conflagración mayor que la iniciada en 1914, quedase un grupo impaciente y conquistador de naciones vencedoras... ese día tendrían los tres grupos que integran la América que pensar con más precisión en lo que no ha dejado aún de ser un panamericanismo retórico...

Los pueblos de lengua inglesa, los de idioma portugués y los plurales de expresión castellana, tienen mucho que hacer todavía en el camino de América ante los problemas de los grandes pueblos angustiados de exceso poblador, de maquinismo, de economía desequilibrada...

En ese tríptico, la América de habla portuguesa es un valor digno de los mayores miramientos.

En el Brasil, cada día mejor organizado, mejor encauzado, en las corrientes del progreso general, el mundo portugués tiene su mayor emporio. Pueblo inteligente y digno, la conciencia de sus destinos es, como la nuestra, una garantía del futuro de paz.

E. E.



El cacique Truquel Saihueque (Hombre Flor), único jefe sobreviviente de la tribu manzanera (sub-raza tehuelche).

COMO SE PIERDE UNA RAZA

Hacia el Hotel de Inmigrantes, en la dársena Norte de Buenos Aires. Allá voy a entrevistar... ¿A quién? ¿Ha venido algún notable indigente que merezca la atención de esta revista?

No; no ha venido nadie. Es a hijos de esta tierra a quienes voy buscando. Son aborígenes argentinos que han llegado de la precordillera del Chubut. ¿A qué han viajado esos hombres? ¿De paseo? No. Vienen a reclamar, a rogarle al gobierno argentino, que no los despoje de sus tierras: ¡qué los ampare en su derecho secular!

¡Paradoja! ¡Paradoja! Hombres mansos, laboriosos, civilizados a la europea, en posesión supertreintenaria, podemos decir atávica, de unas tierras que Dios les entregó, deben batirse entre normas del derecho humano, si es que hay derecho donde hay razón.

Oigamos su verdad; veamos sus causas; midamos sus razones. Publicarlas es casi una obligación de una revista que no tiene intereses creados, y que circula libremente entre hombres cuya voracidad aún está menguada por la conciencia.

Bien. ¿Quiénes son los personajes? ¿Qué documentos traen? ¿Qué derecho los asiste?

Primer hombre: Cacique Truquel Saihueque, 65 años. Su nombre, traducido, significa Hombre flor. Su padre, conocido por los blancos con el nombre de Valentín Saihueque, pactó con el general Julio A. Roca, incorporando así toda su gente a la nacionalidad. Destácanse en la cara, en los gestos y en el hablar de este hombre, varias representaciones de la virtud: sobriedad, de hijo de una raza que vivió siempre frente a la naturaleza; serenidad del vuelo de los halcones y las águilas que otean su suelo; y cordura singular hay en sus frases, hasta cuando expone la emergencia

dolorosa en que se encuentran... Parece un sacerdote antiguo. Y es dable hacer esta comparación, porque las lecturas folletinescas, las publicaciones *sensacionaleras* y ¿por qué no decirlo? la poca intuición de raza que tenemos los porteños, nos hace suponer a un cacique argentino como a una fiera sanguinaria. ¡Ojalá algunos caciques de nuestra civilización — muchos comisarios y jueces de la campaña, — tuvieran un poco de lo paternal y justo que denota este hombre en el trato con sus acompañantes.

Segundo hombre: Emilio Prané, *lenguaraz de la delegación.* Aquí se debe aclarar que actúa de lenguaraz a los efectos de expresarse, la delegación, ante el presidente general Justo, por la claridad y precisión requeridas; pero los demás hombres manejan el castellano y entre ellos así se entienden. Este ciudadano (todos lo son) es hijo del cacique fallecido Eduardo Prané, quien le dejó amplios poderes. Hizo servicio militar en la caballería de frontera y luego fué policía montada hasta la muerte de su padre, fecha en que volvió a vivir entre su gente. Tiene 34 años; su hablar y su rostro denotan vivacidad, inteligencia, penetración... Un hermano suyo, llamado Cecilio, también sirvió a la patria en el 10 de caballería, y también anduvo, en 1925, aquí en Buenos Aires, defendiendo sus derechos ante la Dirección General de Tierras y Colonias, pero ahora las cosas han cambiado... — Parece que ya no vale ser argentino — comenta, después de relatar algún suceso inadecuado para su causa.

Tercer hombre: Manuel Millán Mellau. Nació el año 1860. Estaba ubicado con su gente en la Colonia 16 de Octubre, jurisdicción de Tecka; es el más tehuelche de todos, pues estos hombres pertenecen a lo que podíamos llamar una sub-raza denominada Manzanera, cuyo dialecto hablan bien.

El también sirvió a su nación en el regimiento 2 de caballería. Sobre su mano tiembloquea un certificado deshecho por los años, a cuyo pie hay esta referencia: "Campamento Las Lajas. Noviembre 1º de 1898. Firma José D. Tristán (alférez)", Luego toma razón Mariano Aráoz de Lamadrid en Junín de los Andes, el 26 del mismo mes y año.

Cuarto hombre: Juan Ramírez.

Pero no nos vamos a detener más en descripciones individuales. No será extraño que llame mucho más la atención de los lectores el hecho de que estos hombres vean entrar en sus tierras alambradores extraños... Como ellos no tiene escrituras, no están dentro de la ley... ¿Y el sentido común? ¿No dicen que el Derecho se basa en el sentido común?



Emilio Prané, lenguaraz de la delegación por sus conocimientos del castellano.



Manuel Millán Mellau, integrante de la delegación que viene a reclamar sus tierras.



Juan Ramírez, el cuarto de los componentes de la embajada enviada hasta nuestra Capital Federal.



Uno de los hijos de Millán Mellau, que no hace mucho prestó servicio militar como todo ciudadano argentino apto.

— Sí; pero a veces falla. — ¿Será la respuesta?

El caso es que las únicas tierras que valen para ellos son unas que, no sabemos cómo, escrituró Saihueke. Pero por una tarjeta que, fechada hace 15 años, exhibe Saihueke, fueron protegidos por las autoridades. La recomendación dice:

"El secretario de la gobernación del Chubut (firma ilegible) recomienda a la debida consideración de las autoridades de la zona de San Martín a los hermanos Saihueke y su tribu, por quienes el señor gobernador, doctor Orestes Franzoni, se interesa muy especialmente en el sentido de que se los respete y haga respetar en la tranquila posesión y trabajo de los campos que ocupan, amparándolos en las frecuentes tentativas de extorsión y exacción de que son víctimas por su escaso conocimiento de la Ley. — Rawson, Octubre 1º de 1920".

Dejamos al lector los comentarios de esta nota y seguimos apuntando la irónica situación en que se encuentran tales "entenados" de la patria, que ya se han gastado hasta el último centavo en ir y venir a la Casa de Gobierno. El hecho de vivir en el Hotel de Inmigrantes los coloca jardín de por medio con las oficinas de la Dirección General de Tierras y Colonias, desde cuyas ventanas se los contemplará como quien mira unos antropomorfos destronados de nuestra fauna...

Si este papel tiene la suerte de caer en manos del señor general Justo, y el asunto se soluciona, habré tenido la oportunidad de ser útil a estos argentinos, para quienes el señor general Roca firmó un documento que dice así:

"El presidente de la República recomienda al cacique Saihueke y su tribu, para que los dejen en tranquila posesión de los terrenos que ocupan. — Octubre 29 de 1898".

Este es a mi modesto juicio, el más grande de todos los derechos, otorgado por Roca mismo, el infatigable peleador al indio.

Si estos hombres pierden su derecho secular, mal podemos pretender nosotros afianzar doctrina jurídica alguna en nuestro medio social, y bien podemos decir melancólicamente: Así se deja perecer una raza; primero pactando, atrayéndola, enviándole gentes que le enseñen la justicia...; peleándola después, en lo posible, con elementos reclutados entre sus propios descendientes (1), y luego, en vez de continuar asimilándola con todos sus derechos, relegarla y renegarla en nombre de la civilización.

RAFAEL RICARDO LLERENA

(1) Esto se confirma por el hecho de haber servido casi todos en las filas nacionales, desde la época de las luchas fronterizas, según explican sus relatos. Ver "Un soldado de la frontera", por el autor de esta nota.

El trágico destino de JULIO ANTONIO

El juicio de Ramón Pérez de Ayala es definitivo: "Julio Antonio era un genio". Empero, cuando falleció, en 1919, era casi un desconocido para el público. Fiaba en él un minúsculo puñado de amigos. Trabajaba en silencio. Rehuía los certámenes oficiales. Se le ignoraba tanto que una de las glorias académicas de la escultura española, días antes de que la muerte lo llevara, no sabía con certeza si su nombre era Julio Antonio o Marco Antonio... Fué la suya una vida trágica. Tenía un alma refinada, alojada en un cuerpo hermoso y gentil. Vivió espléndidamente las formas superiores de la existencia: el arte, la amistad, el amor; y miserablemente, las bajas. El escasísimo dinero que recibía de algunos admiradores invertíalo en la adquisición de materiales preciosos e indestructibles para salvar del barro bajo a sus obras magníficas. Más de una vez no comió en todo un día sino un trozo de pan pringado en aceite... En plena orgía de inmoralidad estética, vivió y trabajó Julio Antonio sin macularse. Cuando falleció no tenía cumplidos los treinta años. En aquellos días, en Madrid, se dijo y se repitió que con él renacía, después de dos siglos de obscuridad y amaneramiento, la escultura española. El pueblo y la aristocracia, el rey y el modesto obrero congregáronse en torno de esa admirable estatua que representa un mancebo muerto cuya cabeza reposa sobre el regazo materno y que, dando repentinamente a los cuatro vientos lo definitivo de su arte, se expuso en Madrid, en el salón de Amigos del Arte. Pero, aquel mismo día, el artista, pobre y destrozado por una cruel enfermedad, falleció en brazos de sus compañeros dilectos. Los artículos laudatorios, en los periódicos, debieron ceder el lugar a las notas necrológicas. Trágico destino el suyo. Fué un escogido de los dioses: murió joven...





Ramón Pérez de Ayala, novelista y ensayista.



LA república lo ha arrebatado momentáneamente de las letras. Está en Londres, como embajador, desde los primeros días de la revolución española. Es casi el único escritor — hay meritorias excepciones — que no ha fracasado en sus gestiones. Y, empero, para salvación de la novela española y del ensayo en lengua castellana, debiérasele arrancar la cartera protocolar. Como poeta, como novelista, como crítico, Ayala es el portaestandarte de la intelectualidad moderna. A él le debemos algunos de los más hermosos poemas de la literatura castellana. Sus novelas, desde aquella realísima "Tinieblas en las cumbres" hasta "Los trabajos de Urbano y Simona", pasando por "A. M. D. G." (la más exacta de las pinturas de la vida en el internado) y "Belarmino y Apolonio" (sin par en las letras universales), todas están saturadas de su fuerte personalidad, en la que el intelecto y la vida se compenetran y equilibran. Pérez de Ayala, como crítico y ensayista, no ha vacilado en arremeter contra las consagraciones quizá demasiado apresuradas; tampoco ha cedido en celo y entusiasmo cuando se necesitó levantar a otros artistas o borrar algunas injusticias, como la perpetrada con Julio Antonio. Polemista diestro, censor alerta, liberal siempre y con algo de "gentleman" en el arte y en la vida, es nombre español familiar en todos los labios europeos.

ORTEGA Y GASSET, filósofo, busca al lector ideal



Cuando, en lo futuro, se estudie en conjunto la obra del autor de "El espectador", habrá que otorgar capítulo especialísimo a aquel que se refiere a su labor de difusor de cultura. Nadie como él desde el libro, la revista, el folleto, la cátedra y la organización editorial ha hecho tanto ni puesto tal empeño en llevar a los hombres de habla castellana las más recientes palpitaciones del intelecto mundial. Ortega y Gasset no se ha dado reposo, y es por esto que su nombre, agregado al legítimo título de filósofo, debe ostentar el no menos meritorio de educador.

De todas las enseñanzas que la vida me ha proporcionado — dice Ortega y Gasset, — la más acerba, más inquietante, más irritante para mí ha sido convencerme de que la especie menos frecuente sobre la tierra es la de los hombres veraces. Yo he buscado en torno, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la pura verdad, lo que las cosas sean por sí mismas — y apenas he hallado alguno. Los he buscado cerca y lejos, entre los artistas y los labradores, entre los ingenuos y los "sabios"... Hace falta afirmarse de nuevo en la obligación de la verdad, en el derecho de la verdad... El escritor, para condensar su esfuerzo, necesita de un público, como el licor de la copa en que se vierte... Lectores meditabundos, que se complazcan en perseguir la fisonomía de los objetos en toda su delicada, compleja estructura. Lectores sin prisa, advertidos de que toda opinión justa es largo de expresar. Lectores que al leer repiensen por sí mismos los temas sobre que han leído. Lectores que no exijan ser convencidos, pero, a la vez, se hallen dispuestos a renacer en toda hora de un credo habitual a un credo insólito. Lectores que, como el autor, se hayan reservado un trozo de alma antipolítico... En suma, lectores incapaces de oír un sermón, de apasionarse en un "meeting" y juzgar de personas y cosas en una tertulia de café..."





Piel natural   Chair   Ocre   Rachel   Morocho   Rosado

los seis tonos del polvo LE SANCY

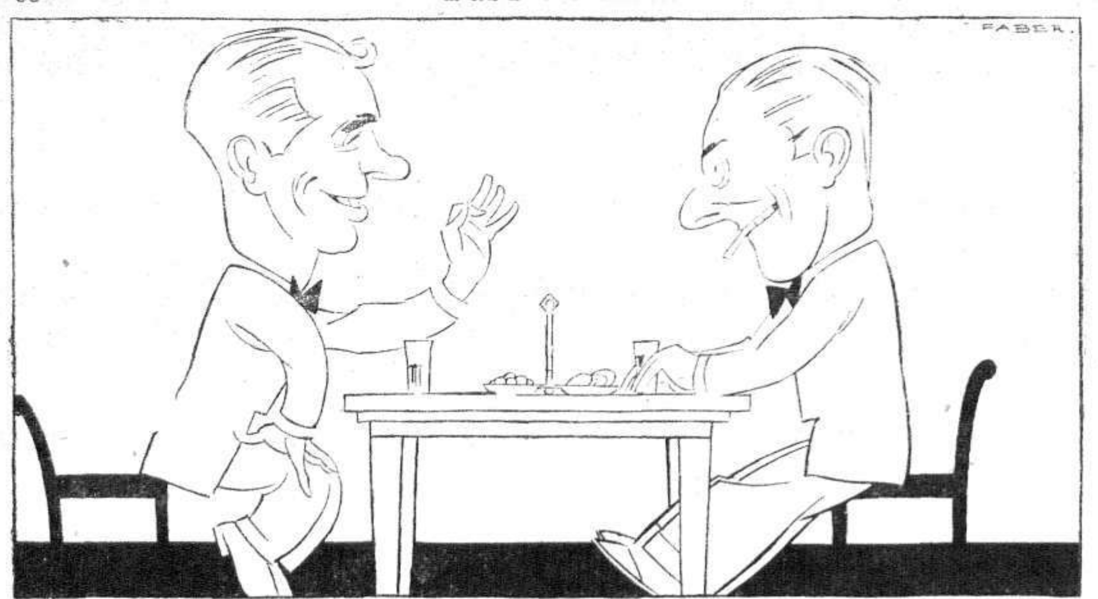
... satisfacen todas las necesidades, en el tocador de la mujer moderna; de la que gusta embellecerse con naturalidad y sin exotismos de dudoso gusto.

Elija el que convenga más al color de su cutis, teniendo presente que como los tonos del Polvo Le Sancy son combinables entre sí se pueden obtener, mezclando dos ó tres tonos en proporciones adecuadas, matices nuevos, absolutamente individuales.

Cajas de
0.60
- · -
0.90 y 1.70 (con un cisne)

Perfumeria
Dubarry
Soc. Anón.





Una hipótesis andaluza sobre el descubrimiento

Por PEDRO LEMAIRE

DON Pedro de mi alma, lo que yo he dicho no es ninguna blasfemia!

—Blasfemia, no, mas sí un poco irrespetuoso se me antoja el aserto—le respondí.

—Es que usté no se ha bebío toavía na más que una caña.

—¡Cómo! ¿Usted se figura que yo puedo aceptar ni en broma una hipótesis tan descabellada?

—Es que usté toma las cosas muy en serio. Yo he dicho lo que he dicho, y... la jaca en la puerta. Pruebe este jamón serrano, dos aceitunitas más y luego quítele la espuma a esta otra cañita de manzanilla.

El jamón era bueno, las aceitunas, también, y la manzanilla, óptima.

—Yo le vuelvo a asegurar que los vinos generosos, y tal vez el aguardiente de Cazalla, arrimaron el hombro en el descubrimiento de América. ¿En dónde parlamentaron Cristóbal Colón y Martín Alonso Pinzón, para ponerse de acuerdo? Primeramente en la celda de fray Juan Pérez, el más barbián de los guardianes que ha habido en el convento de la Rábida. Allí, al lao del astrólogo fray Antonio de Marchena, hicieron buenas migas. Yo no aseguro que en la celda habría alguna botellita de lo güeno, aunque no sería cosa del otro mundo; pero en las conferencias que don Cristóbal el Grande celebró con el gran Martín Alonso, en casa de éste, sí que, indudablemente, se descorcharía más de una botella de lo caro. ¿Usté comprende que dos marinos de empuje y rumbo, como eran el genovés y el de Palos, se iban a tratar los asuntos a palo seco? Mire usté, mientras se mete por debajo del bigote esta otra caña, desde los tiempos de Noé, eso que los superferolíticos llaman alcohol, haciéndose los pudorosos, ha representado un papel animador en toas las acciones humanas. ¿Qué me dice de esas almejas; no están pidiendo otra cañita olorosa?

—Yo no niego — respondí, ya medio inspirado, — que el alcohol, si se presenta gratamente disfrazado con perfume y sabor deliciosos, no influya en el ánimo y preste energías al hombre.

—¡Eso es! Yo no he querido llamar borrachín al genio y a la generosidá de dos ilustres varones, gloria del orbe terráqueo. Yo lo que digo y sostengo es que en la magna empresa hubo sus brindis y... na más. ¡Por la memoria sagrá de Colón y los Pinzones apuremos la nueva cañita, que ya vendrá otra botella!

Mire usté estas palabras que he copiao de un dicionario. Las pronunciaba Pinzón para animar a la gente marinera, que consiguió enganchar como tripulantes de las carabelas. Aquí las tengo, y dicen de este mo: "Amigos, andad acá; idos con nosotros esta jornada, que según fama habemos de fallar las casas con las tejas de oro, e todos vernéis ricos o de buena ventura".

Y tales promesas no se las hizo en ningún convento ni en ningún palacio, sino, ¿en dónde había de ser?, al lao del mostrador, pagando vueltas y vueltas de chatos, cañas y jarros de vino, más o menos decente. ¡Esa es la chipén, la fija, don Pedro de mi alma! Lo que es que hasta ahora nadie se atrevió a lanzar esa idea. ¿Usté se cree que aquellos tres días angustiosos que el Almirante pidió de plazo se los pasó bebiendo agüita?

En cuanto despenemos la otra botella, que nos está esperando, va usté a quedar convencío de la influencia provechosa de los caldos generosos en el descubrimiento del Nuevo Continente. ¡A su salucita!

—¡Que a usted le sirva de provecho! — contesté entusiasmado.

DIBUJO DE FABER


CONSUMA
PRODUCTOS
Bassi

Los mármoles de Roma

ROMA se hizo para los mármoles y los mármoles se hicieron para Roma. Otra piedra no hubiera logrado concretar con mayor símbolo ni con igual belleza los fastos de la Ciudad Eterna.

El mármol es la carne de la gloria romana; como son su espíritu los artistas que lo infiltraron en ese mismo mármol. Los que tallaron las piedras perdurables, los que las emplazaron y ordenaron, los que las inscribieron e ilustraron con palabras inmortales, interpretaron siempre la insigne gracia romana. La gracia que irradia desde la capital imperial hacia todos los ámbitos del mundo civilizado, desde los tiempos arduos en que a los historiadores les fué dado encender sus lámparas exegéticas.

Las piedras de Roma, desde las del Coliseo hasta las de la más modesta y escondida fuente de la calleja historiada y sorprendente, las piedras de Roma — cada una de ellas — es algo así como un ser viviente al que se haya impartido un soplo de inmortalidad.

Los que han visitado àquel emporio en que el pasado más glorioso y el presente más deslumbrador se unen con tanta majestad, guardan en lo más vivo de sus recuerdos, en lo más brillante de sus emociones, en lo más fino de sus sensibilidades, la visión de Roma. Es una sensación de plenitud.

La realidad romana sobrepasa en mucho las gratas fantasías, las suposiciones óptimas, que alientan las almas que no han sido viajeras de ninguno de los caminos que llevan a Roma. Y ya se sabe: todos han de llevar a ella...

La emoción romana de los peregrinos es algo que perdura. Y en esa emoción evocadora los mármoles construyen un palacio al recuerdo.

Los mármoles de Roma son el lenguaje del tiempo. — *E. E.*

Elogio de la criolla

La mujer argentina, la criolla — como le decimos con ternura y con respeto hogareños, — es una de las mujeres más completas, más generosas, más femeninas, más perfectas, en este tiempo de los extravíos y de las inconformidades con la obra de Dios...

El elogio de la mujer argentina es la más fácil de las canciones que un poeta pudiera entonar. Es tan sencillo, tan lógico, tan natural, como las endechas que los ruiseñores dedican a las flores del amanecer octubrino.

La mujer argentina, la criolla legendaria y genuina, tiene alma de matrona y corazón de niña. Y como su belleza, su gracia, su sensibilidad, su inteligencia, la ponen a tono con las mayores sutilezas y los más adelantados refinamientos de la vida, no es extraño que quienes la conozcan la admiren con entusiasmos fervientes. La mujer argentina es digna de un culto soberano: ella sabe reinar con su ternura.

Ella conoce todos los secretos de la dulce tiranía que hizo de las más celebradas mujeres de la historia dechados de feminidad encantadora.

Y es tal su vigor personalísimo, que, malgrado las corrientes de todos los modernismos, a pesar de las obstinadas influencias del cosmopolitismo, ella sigue probando, entre las primeras y al lado de la verdadera mujer francesa — que los sufragismos prosaicos y las garçonadas, o garçonerías, debilitan, ridiculizan, disminuyen la gloria femenina fundamental. La que es base inequívoca y sagrada de la familia; la que da honra a la sociedad y grandeza a la patria.

En cuanto a elegancia, a donaire, a belleza plástica... Estas condiciones se encuentran frecuentemente, muy frecuentemente, en razón directa y magnífica de las virtudes y cualidades de orden espiritual y moral de la mujer de esta tierra.

Si nuestra patria sobresale, cada día más, por su eclecticismo, la mujer argentina es el más elocuente corolario de ese espíritu de selección perfectiva.

Es la enseña de nuestra cultura.

E. E.

LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS

Rodrigo de Triana. — ¡Tierra!...

Federico Pinedo. — ¡Oro!...

Caricatura de Alvarez.

PREGUNTE A SU MÉDICO, Y ÉL LE DIRÁ...

"Es NEURASTENIA; ...pero no hay que impresionarse; con constancia y Fitina la cura no está lejana. Con Fitina he tratado exitosamente muchas neurastenias rebeldes; el fósforo vegetal asimilable va regenerando los nervios hasta lograr su perfecto equilibrio. Es una científica medicación, que me merece entera confianza; sé que no crea hábito ni hace engrosar, pero vence a la temible neurastenia..."

EXITUS



FITINA

Tónico del cerebro y los nervios



G. TOZZINI

TINTAS
PARA LAS
ARTES GRAFICAS

PAPELES, MAQUINAS y ARTICULOS GENERALES PARA ARTES GRAFICAS

◆

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN LA ARGENTINA, URUGUAY Y PARAGUAY DE:

Lanston Monotype Machine Company,
Philadelphia, Pa., U. S. A.

Miehle Printing Press & Mfg. Company
Chicago, Ill., U. S. A.

Sgo. del Estero Nº 2053-65
Buenos Aires.
U. T. 23, Buen Orden Nº 1051 al 1054.

Semblanza de Isabel la Católica

A queen of queens and the making of Spain (Una reina de reinas y la reorganización de España). Este es el título ditirámbico que el historiador C. Hare puso a su notable obra. El autor británico no es sospechoso de prejuicios partidistas ni raciales, y al conceder a la Reina Católica el dictado de reina de reinas lo hizo basado en razones de imparcialidad y admiración.

Doña Isabel I de Castilla, paisana de Santa Teresa, fué, como la genial doctora, un temperamento de excepción. Casada con Fernando V de Aragón, después de peripecias políticas y guerreras, tuvo que enfrentarse con el astuto y ambicioso consorte. "Tanto monta Isabel como Fernando", así definióse la paridad de poderes, y la buena reina supo sostener su carácter. Tenía talento y entereza varoniles. Para los destinos de la Península procedió como una madre de familia admirable y como una dueña de casa singular. Hábil en la política, no tenía miedo a la espada ni a los enemigos.

En las uniones de esa clase, las diferencias de espíritu se combalancean, dando un perfecto peso. Isabel la Católica puso virtudes femeninas en el supremo encuentro de dos civilizaciones. Tal vez sin su energía la Reconquista se hubiera demorado. Tal vez Colón, sin la videncia de la reina hubiese encontrado mayores obstáculos. La leyenda de las joyas vendidas para costear el viaje es apócrifa, pero "pudo ser", porque la reina tenía arrestos para ello y para mucho más.

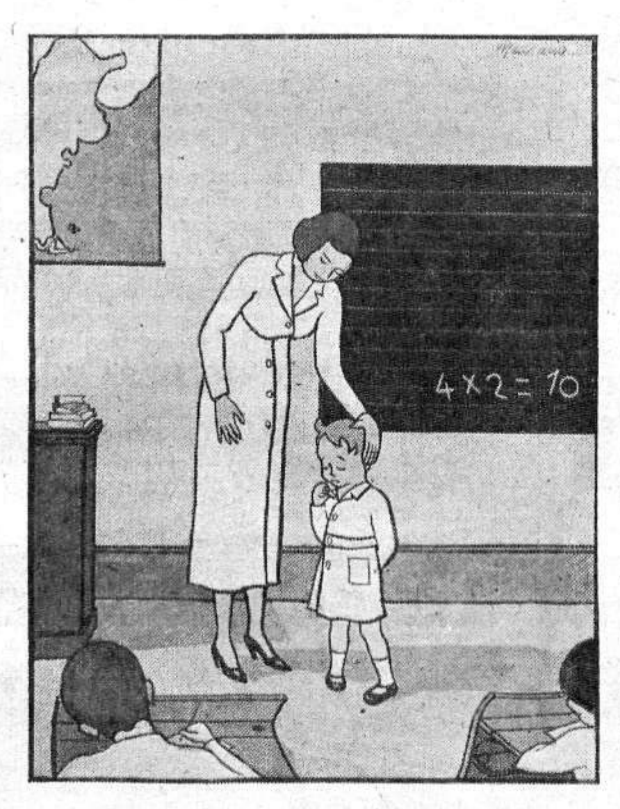
Doña Isabel nació en Madrigal de las Altas Torres (Avila), el 22 de abril de 1451 y murió en el castillo de la Mota del Campo (Valladolid), el 26 de noviembre de 1504. La fe, la virtud y el tesón fueron sus guías.

ESCOLARES:

ADQUIERAN LOS NUEVOS

CUADERNOS "IDEAL"

ESCUELA NUEVA



Con LAMINAS instructivas en bonitos colores y POESIAS DIDACTICAS INFANTILES, que les servirán de base para las composiciones y descripciones.

Cuatro series con:

MOTIVOS,
ANIMALES,
VEGETALES
y MINERALES

Trabajo Manual: coleccionando las láminas, pueden ustedes mismos formar cuatro interesantes Libros de 24 páginas cada uno.

TODO EN CUADERNOS DE $ **0.10** c/u.

SEÑORES MAESTROS:

Recomendamos a vuestra consideración este interesante CUADERNO, que responde a las últimas orientaciones Pedagógicas

PIDANSE EN TODAS LAS LIBRERIAS

EDITORES:

CURT BERGER Y Cía.

Saldos y Retazos

DE LAS MEMORIAS DE LOS HERMANOS PINZON

Colón se enamoró de un cuadro. El cuadro es la "Santa María", y ahora la "Niña" la "Pinta".

Hoy la tripulación se ha sublevado. Es que hace muchos días que salimos del puerto de Palos, y no se ve tierra ni sobre los muebles. El Almirante nos ha manifestado que está dispuesto a todo menos a que lo hagan volver a Palos.

Hoy, 12 de octubre, hemos pisado tierra firme, y ¡oh, maravilla!, los indios lo han conocido en seguida a Colón. ¿Y saben por qué lo han conocido? Por la "Pinta".

¡ T I E R R A !

Al señor Felipe Triana,
inspector municipal,
a cumplidor y formal
ningún inspector le gana.

El ve en el caracolillo
más porotos que café,
y en el chocolate ve
puro polvo de ladrillo.

Ve azúcar, y grita: ¡Harina!
ve vino, y grita: ¡Agua sucia!
Y hace derroche de astucia
en todo lo que examina.

Hoy, por eso, en lo de Sierra,
yendo en pos de otra victoria,
como el Triana de la historia,
vió la yerba, y gritó: ¡Tierra!



F R A G M E N T O

—Y usted, ¿qué carrera desea seguir?
—Yo, Derecho, profesor David.
—Yo, Medicina, señor.
Y a uno, que, distraídamente, mira hacia el patio, también David lo interroga.
—¿Yo?... Yo, señor, aun no lo he pensado.
"Este — se dice David — tal vez llegue a ser un buen empleado público".

Guillermo F. Elordi. — "David Ximénez"

PARA EL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA ARGENTINA

Abombao. — El que atropella un ómnibus con una bicicleta; el que grita contra Lanús en las oficiales de Lanús; el que cree que el arte se aprende de oído.

Pastena. — Un candidato a diputado del P. S. Independiente que se la pilla en serio.

Cortao. — Por misho; por forfait, por pato, por águila. Si es empleado, lleva un pagaré que no le aceptan; si es un senador, la seguridad de una Presidencia salvadora.

USTED, ¿QUE QUISIERA SER?

Duhau. — ¿Ahora? ¡Vegetariano!

Camila Quiroga. — ¡La papirusa!

Patrón Costas. — Me niego a declarar: Justo aun es presidente.

Senador Suárez Lago. — *(Ruborosamente)* Nijinsky...

Lisandro de la Torre. — "El hombre que está solo y espera".. la gobernación de Santa Fe.

Manucho Iriondo. — Prometeo... desencadenado.



LA LITERATOFOBIA DEL DIPUTADO VIGNART

Al proponer el señor Pueyrredón, en la Cámara de Diputados, que se acordaran los 300.000 pesos solicitados por el Poder Ejecutivo para sufragar los gastos del XIV Congreso Internacional de Escritores, a realizarse en Buenos Aires, dijo su colega Vignart:

"Que se den a los escritores que están muertos de hambre en la Argentina. Sería mucho mejor. Que coman, y van a escribir mejor; mejor que los extranjeros."

Florencia y su gracia eterna

CIUDAD de los palacios — *citá dei palazzi* — nombráronla los artistas de los mejores tiempos culturales de la noble Europa.

Los encantos de Florencia son como los de una mujer que a la vez fuera bella, espiritual, inteligente. Una mujer perfecta. Eso es aquella ciudad de maravilla, cuya historia ocupa lugar preferente en la civilización de que la humanidad se enorgullece.

En Florencia pareciera que los mármoles se hayan dado cita, para que los cinceles más puros los tallasen y convirtiesen en monumentos imperecederos.

El Renacimiento tuvo en esa ilustre ciudad uno de sus centros más fecundos y brillantes. La pintura de que hizo escuela magistral, que todavía asombra a las generaciones, tuvo — para no hablar de todos sino de uno... tuvo a Leonardo de Vinci. Pero qué arte, qué manifestación de la inteligencia y de la inspiración no encontró siempre en Florencia su propio elemento? Cuando un pueblo, una sociedad, una nación, han tenido y tienen ciudades como ella, ese pueblo, esa sociedad, esa nación, merecen el respeto de los hombres y de los tiempos.

Florencia lleva en la significación sugestiva de su nombre uno de los más vastos florecimientos. Así se conserva — insigne y altiva, — malgrado las corrientes, que hacen de las sociedades laboratorios de atrevida demagogía. Florencia sostiene los blasones que le dieron su indiscutida gerarquía; y no sólo los sostiene, sino que los hace irradiar sobre el mundo. Es como si la célebre ciudad quisiera, con su solo prestigio, sostener el de los hombres superiores de todos los pueblos y de todas las épocas. Florencia es templo de glorias inmortales y de gracia eterna.

E. E.

Nápoles, la bella

CUANDO el viajero espiritual ha visitado Nápoles, la reina de aquella bahía encantadora, la deidad guardada celosamente por aquel volcán enamorado, dejan en el alma un recuerdo seguro y animado. Nápoles es única en su gracia. El Mediterráneo, acaso no menos amorosamente que el Vesubio, ha puesto allí el vértice de todos sus encantamientos. Que no hay puerto alguno, en todo el *Mare Nostrum* — ni Marsella riente, ni Barcelona condal, ni Alejandría historiada, ni la misma Atenas divina — que tenga, como Nápoles, la gracia del conjunto.

Sí. La linda ciudad lo tiene todo. Sus barrios altos son balcones abiertos ante horizontes de magia, de historia, de luz. Sus barrios, que besan el nivel marino, son encajes de infinito primor. Sus islas — aquellas islas de leyenda y de amor — guardan idilios seculares. La sola Capri, de color de esmeralda y de oro, es uno de los paisajes, uno de los sitios, más poéticos del mundo entero.

Los jardines, los palacios, los monumentos que el viajero admira en Nápoles, quedan en la memoria de manera imborrable. Sus museos ofrecen sorpresas documentales; sus teatros, músicas siempre nuevas; sus bibliotecas, curiosidades magníficas. Y quienes la hayan conocido en épocas no lejanas de desorden, de holgorio demagogo, de indolencia, y la vuelvan a visitar ahora, experimentarán una sorpresa tal, que, por poco políticos que sean, habrán de convertirse en admiradores de quienes han hecho de aquella ciudad, de aquel puesto, de aquella población, de aquel paisaje, uno de los centros más pulcros, ordenados y bellos del mundo moderno. Todo ello dentro del marco sin igual que la naturaleza dió.

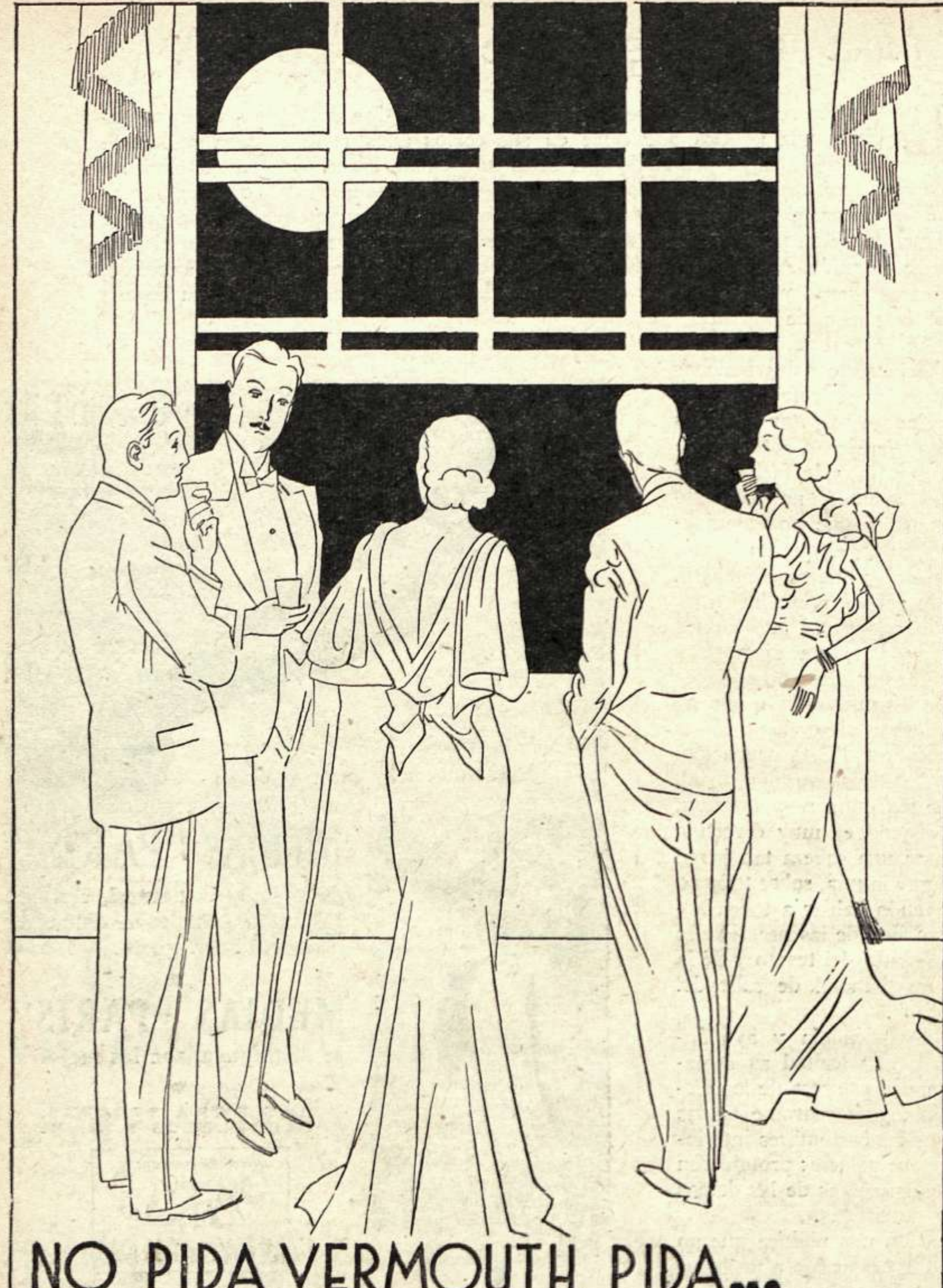
¿Quién no se encanta hasta con la música callejera de Nápoles? — *E. E.*

La esposa de Felipe V

LLEGÓ la reina a Madrid el 30 de junio de 1702. Con un talento, una prudencia y una política admirable en sus cortos años (que contaba solamente catorce), había prevenido que se excusasen de hacer para su recibimiento comedias, ni toros, ni otra clase alguna de regocijos, pues que estando el rey ausente no quería que se hiciesen gastos ni alegrías públicas, y se contentó con que la aguardasen en palacio, donde se encaminó en derechura, y sin ostentación ni aparato, ni ruido. A todos asombró la modestia, el desinterés, la rectitud, la discreción, la inteligencia y afán con que la joven María Luisa se consagró desde su llegada al despacho de los negocios públicos, asistiendo diariamente a las sesiones de la junta de gobierno, haciéndose respetar de todos los consejeros, enterándose con admirable facilidad de los asuntos, no habiendo consulta que no examinara, ni papel que no leyera, ni queja que no escuchara, sin vérsele nunca ni en las diversiones ni aun en los paseos, adicta siempre a remediar las necesidades de los pueblos, y a que no faltaran al rey los posibles socorros. "Esta ocupación, solía decir con aire jovial, es sin duda muy honrosa, pero no es muy divertida para una cabeza tan joven como la mía, sobre todo no oyendo hablar a todas horas sino de las necesidades urgentes del tesoro y de la imposibilidad de salir del paso".

Asistiéndola y ayudándola con lealtad su camarera la princesa de los Ursinos, reformaron entre las dos las costumbres interiores de palacio: prohibieron los galanteos de las damas y camaristas.

Con una política que no habría ocurrido a un hombre de madura edad y experiencia, cada vez que recibía noticias del rey, no se contentaba con comunicarlas al consejo y a los grandes, sino que ella misma, saliendo a un balcón de palacio, las ponía verbalmente y en alta voz en conocimiento del pueblo.



12 DE OCTUBRE DE 1935
CARAS y CARETAS
AÑO XXXVIII JOSE S. ALVAREZ, fundador NUM. 1932



ALCALÁ ZAMORA

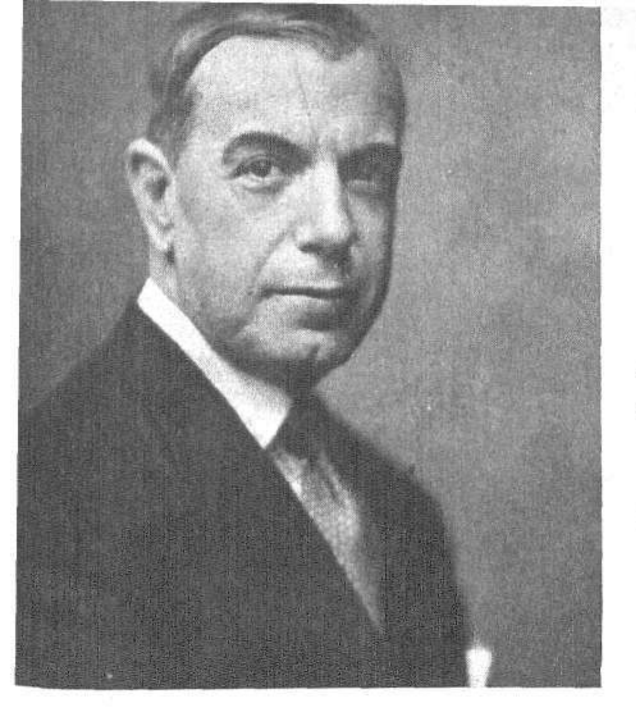
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

JURISCONSULTO DE NOTA, ELOCUENTE ORADOR Y HABIL POLITICO, DON NICETO ALCALA ZAMORA DIRIGE, DESDE EL 14 DE ABRIL DE 1931, LOS DESTINOS DE LA MADRE PATRIA CON MANO Y PENSAMIENTO FIRMES.



Castelar

La vigorosa figura de este astro de la oratoria y eminente político, llena toda la historia de España en los últimos años del siglo pasado. Su elocuencia arrebataba a las muchedumbres y entusiasmaba hasta a sus propios adversarios. Escaló todas las posiciones públicas llegando a presidente—último presidente—de la primera república. Castelar había nacido en Cádiz el 7 de setiembre de 1832 y murió en San Pedro del Pinatar, el 25 de mayo de 1899.





El Embajador de España, D. Alfonso Danvila, evoca, para "Caras y Caretas", el Día de la Raza

El ideal que pretendemos consagrar con la celebración anual de la fiesta de la raza es un etnismo espiritual y no antropológico, un patrimonio tradicional común, ya que el pasado condiciona a todos los hispanoamericanos actuales y futuros sus motivos de vida, sus preferencias, sus estimaciones de las cosas, sus anhelos e ideales.

Somos dueños de una cultura peculiar que consiste en un sistema coordinado de modos de convivencia, de motivos de conducta, de valores exaltadores de la acción humana, de creencias en lo que es estimable y lo que es reprobable; una cultura hispanoamericana que si se pudiera resumir aproximadamente en una palabra tendríamos que decir consiste en la constante presencia de la idea del prójimo (del hombre próximo) y que por eso es la cultura en la que los valores del hombre acicatean más que en otra alguna los móviles de obrar.

Mas, por esto mismo, si celebramos nuestro pasado común o hermanado, no es sólo, ni es principalmente, para extasiarnos pasivamente en la contemplación de glorias pasadas, sino, más que nada, porque ese pasado nos hace conscientes de nuestra responsabilidad histórica. Por eso nos vemos impelidos, no a repetirlo, sino a continuarlo, con ansia inacabable de perfección en todos los órdenes de la cultura científica, artística y moral, aspirando colectivamente a mantenernos todos en trato tan amistoso y comunicación tan constante, que los adelantos de cualquier orden, conseguidos en uno cualquiera de nuestros países, sean inmediatamente disfrutados, asimilados y difundidos por todos los demás.

Para el cumplimiento de este hispanoamericanismo de porvenir, contamos con un instrumento de incalculable valor: la lengua que nuestros antepasados nos dejaron en herencia mancomunada a los españoles y a los americanos.

Gracias al idioma que todos hablamos, las mejoras culturales de una nación corren por todo el cuerpo hispanoamericano como por una instalación eléctrica. Por eso, no puedo menos de ver el Día de la Raza identificado con la fiesta de nuestro idioma: honrémosle, conservándolo y continuando su hermosa tradición de modo que dentro de la necesaria evolución resulte mejorado y cada día más apto para la expresión de las necesidades de la más alta espiritualidad.

Alfonso Danvila



Frente del teatro Cervantes, construído bajo los auspicios de Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero.

El teatro Cervantes es un símbolo de amistad hispano-argentina

Don Fernando Díaz de Mendoza, el exquisito y culto actor español.

Doña María Guerrero, una de las glorias más puras de la escena hispana.

Los soberanos de España

Reyes visigodos



Los soberanos de España

Reyes de León


GARCIA (909 a 914)


ORDOÑO II (914 a 924)


FRUELA II (924 a 925)


ALFONSO IV (925 a 930)


RAMIRO II (930 a 950)


ORDOÑO III (950 a 955)


SANCHO I (955 a 965)


RAMIRO III (965 a 984)


BERMUDO II (984 a 999)


ALFONSO V (999 a 1027)


BERMUDO III (1027 a 1037)

Reyes de Navarra


IÑIGO ARISTA (839)

GARCIA IÑIGUEZ (882 a 884)

SANCHO GARCES (905 a 925)

GARCIA SANCHEZ (925 a 970)


SANCHO II (970 a 994)


GARCIA II (994 a 1000)

SANCHO III (1000 a 1035)


GARCIA IV (1035 a 1054)


SANCHO IV (1054 a 1076)


SANCHO V (1076 a 1094)


PEDRO I (1094 a 1104)


ALFONSO I (1104 a 1134)


GARCIA V (1134 a 1150)


SANCHO VI (1150 a 1194)


SANCHO VII (1194 a 1234)


TEOBALDO I (1234 a 1253)


TEOBALDO II (1253 a 1270)


ENRIQUE EL GORDO (1271 a 1274)


JUANA I (1274 a 1307)


LUIS EL HUTIN (1307 a 1316)


FELIPE I (1316 a 1322)


CARLOS I (1322 a 1328)


JUANA II (1328 a 1349)


CARLOS II (1349 a 1387)


CARLOS III (1387 a 1425)

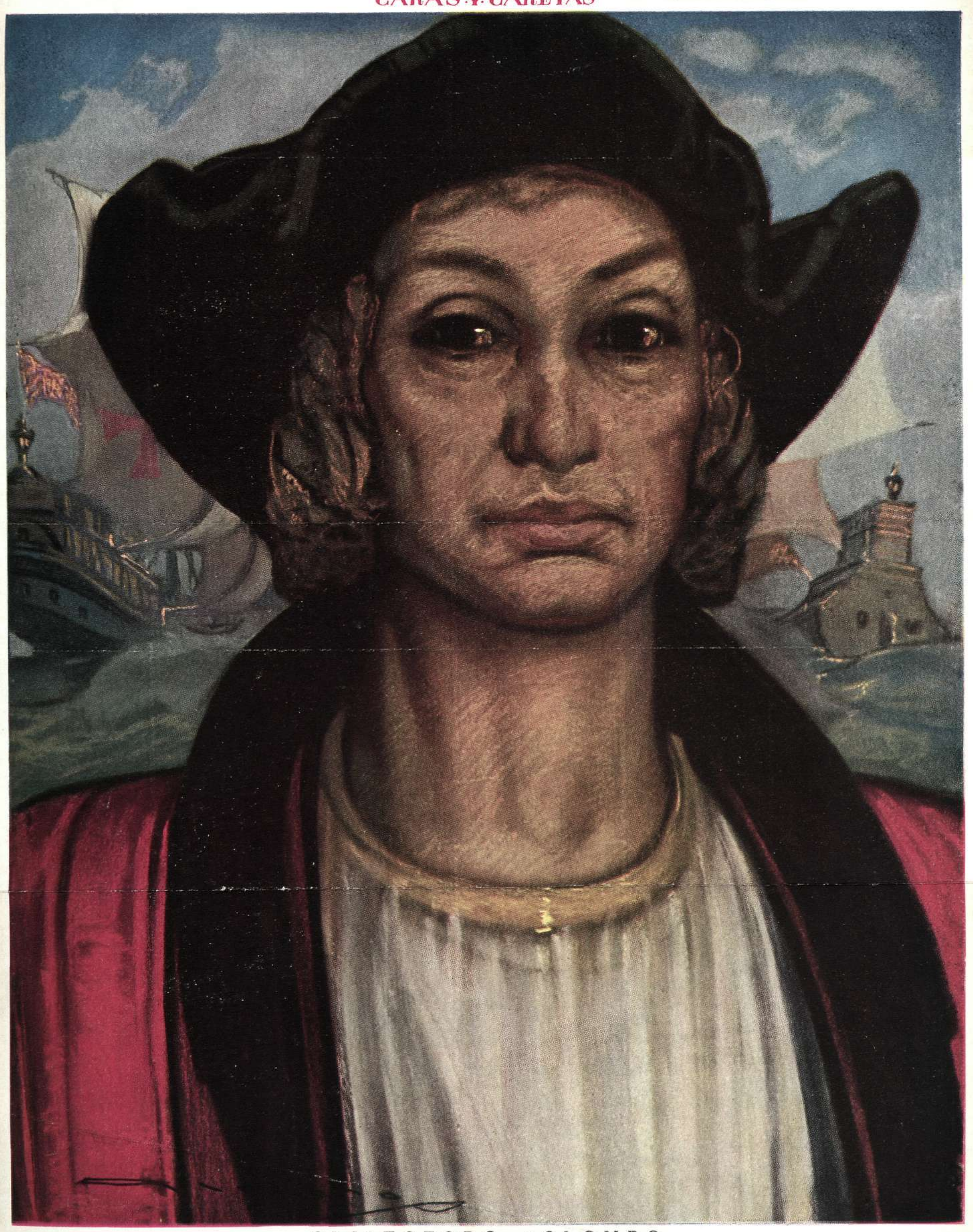

DOÑA BLANCA (1425 a 1441)


JUAN I (1441 a 1479)


LEONOR (1479)


FRANCISCO DE FOIX (1479 a 1483)


DOÑA CATALINA (1483 a 1512)



CRISTOFORO COLOMBO

POR CASTILLA Y POR LEON, EL GENIAL NAVEGANTE ITALIANO DESCUBRIO UN NUEVO MUNDO

PASTEL DE ALONSO

Cuadros célebres sobre la vida de Colón

Conferencia de Colón en el convento de la Rábida, por E. Cano.

Colón ante el Consejo de Salamanca, por Barabino.

Los soberanos de España

Reyes de Castilla y de León


FERNANDO I (1035 a 1065)


SANCHO II (1065 a 1072)


ALFONSO VI (1072 a 1109)


DOÑA URRACA (1109 a 1126)


ALFONSO VII (1126 a 1157)


SANCHO III (1157 a 1158)


FERNANDO II (1157 a 1188)


ALFONSO VIII (1158 a 1214)


ALFONSO IX (1188 a 1230)


ENRIQUE I (1214 a 1217)


DOÑA BERENGUELA (1217)


FERNANDO III (1217 a 1252)


ALFONSO X (1252 a 1284)


SANCHO IV (1284 a 1295)


FERNANDO IV (1295 a 1312)


ALFONSO XI (1312 a 1350)


PEDRO I (1350 a 1369)


ENRIQUE II (1369 a 1379)


JUAN I (1379 a 1390)

ENRIQUE III (1390 a 1406)


JUAN II (1406 a 1454)


ENRIQUE IV (1454 a 1474)


ISABEL I (1474 a 1504)

Reyes de Aragón y Cataluña


RAMIRO I (1035 a 1063)


SANCHO I (1063 a 1094)


PEDRO I (1094 a 1104)


ALFONSO I (1104 a 1134)


RAMIRO II (1134 a 1137)


DOÑA PETRONILA (1137 a 1173)


ALFONSO II (1162 a 1196)


PEDRO II (1196 a 1213)


JAIME I (1208 a 1276)


PEDRO III (1276 a 1285)


ALFONSO III (1285 a 1291)


JAIME II (1291 a 1327)


ALFONSO IV (1327 a 1336)


PEDRO IV (1336 a 1387)


JUAN I (1387 a 1395)


MARTIN I (1395 a 1410)


FERNANDO I (1412 a 1416)


ALFONSO V (1416 a 1458)


JUAN II (1458 a 1479)


FERNANDO II (1479 a 1516)

Dinastía austriaca


JUANA (1506 a 1555)


FELIPE I (1506)


CISNEROS (1506 a 1517)


CARLOS I (1517 a 1558)


FELIPE II (1555 a 1598)


FELIPE III (1598 a 1621)


FELIPE IV (1621 a 1665)


ANA DE AUSTRIA (1665 a 1676)


CARLOS II (1676 a 1700)

Dinastías borbónica, napoleónica y de Saboya, y jefes de estado


FELIPE V (1700 a 1721)


LUIS I (1721)


FELIPE V (2º vez) (1721 a 1746)


FERNANDO VI (1746 a 1759)


CARLOS III (1759 a 1788)


CARLOS IV (1788 a 1808)


JOSE I (1808 a 1814)


FERNANDO VII (1814 a 1833)


MARIA CRISTINA (1833 a 1840)


B. ESPARTERO (1840 a 1843)


ISABEL II (1843 a 1868)


F. SERRANO (1869 a 1871)


AMADEO I (1871 a 1873)


B. FIGUERAS (1873)


F. PI Y MARGALL (1873)


N. SALMERON (1873)


E. CASTELAR (1873 a 1874)


ALFONSO XII (1874 a 1885)


MARIA CRISTINA (1885 a 1902)


ALFONSO XIII (1902 a 1931)


N. ALCALA ZAMORA (1931 a 1937)





Fermín Galán.

Angel García Hernández.



LOS MARTIRES DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA





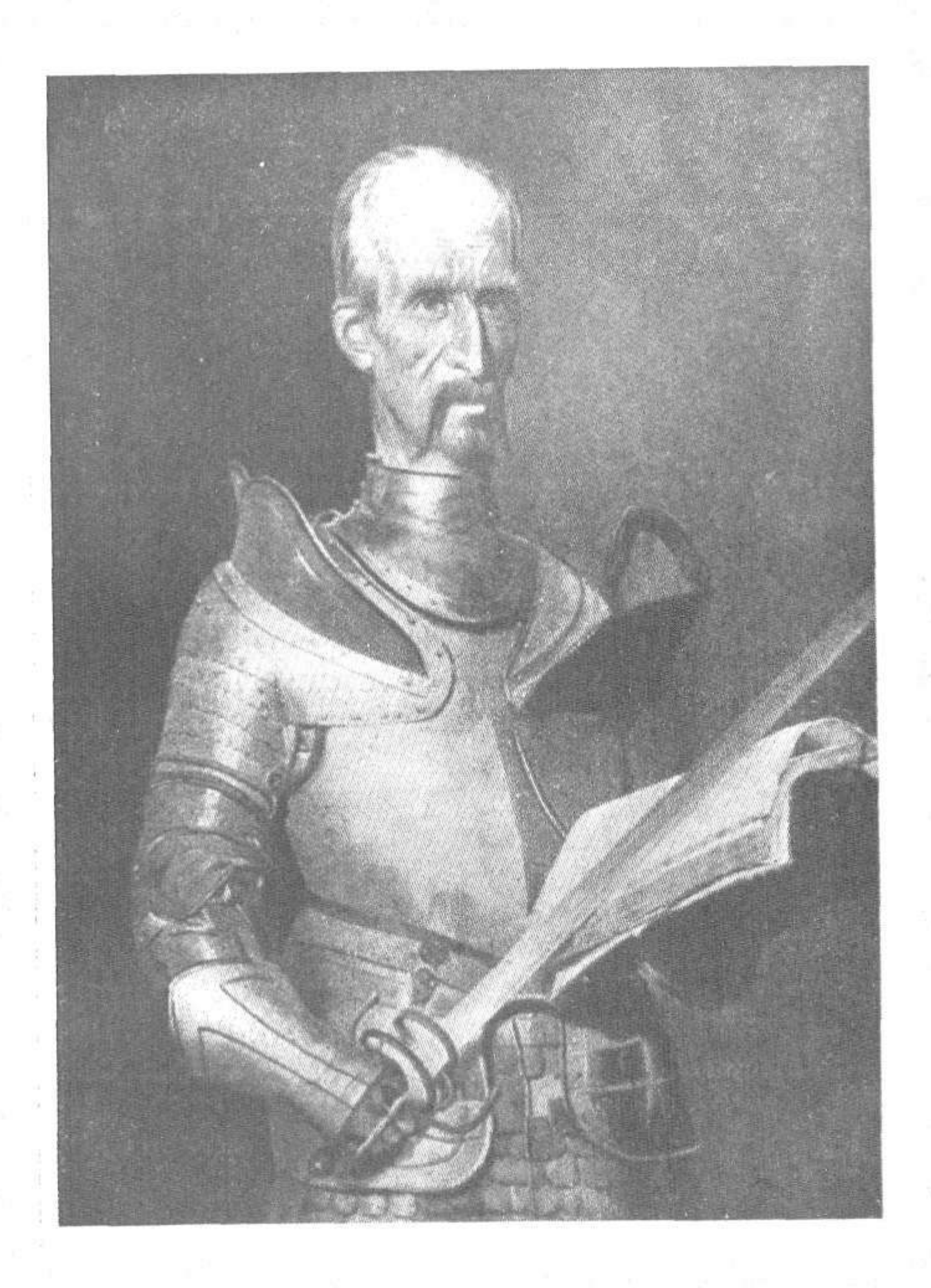
COMO todo acontecimiento histórico donde se producen desgarramientos de importancia, la república española tiene sus mártires. Ellos son aquellos dos heroicos muchachos Fermín Galán y Angel García Hernández que, olvidando la disciplina militar, tuvieron el coraje de lanzar, en Jaca, el primer grito revolucionario. Fracasada aquella tentativa, los dos militares pagaron con la vida su osada conducta. Pero, triunfante la república poco tiempo después, Galán y Angel García Hernández fueron exaltados a la categoría de mártires, y toda España se dispuso a rendir homenaje a su bravura y heroicidad. Así los bravos militares hallaron más allá de la vida honores y recompensas otorgados por un pueblo que rinde culto al coraje y al heroísmo.



Estatua de don Rodrigo Diaz de Vivar, más conocido por el Cid, que se levanta en la intersección de las avenidas Gaona, Parral y San Martín.

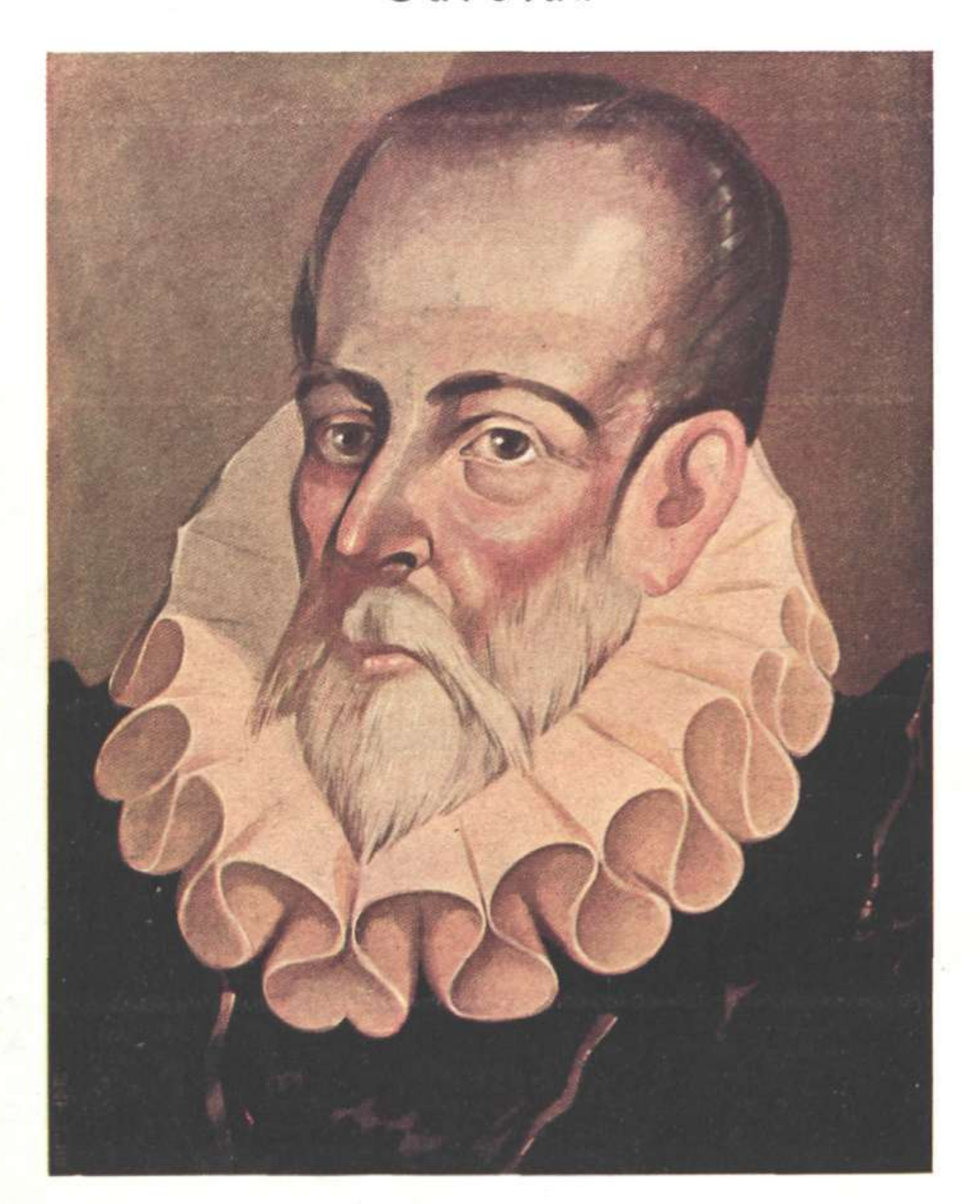
El Cid Campeador

El monumento al Cid Campeador ha sido donado a nuestra ciudad por su autora, la escultora norteamericana Anna Hyatt de Huntington. El revestimiento del pedestal, que es de piedra enviada por el Ayuntamiento de Burgos, ha sido costeado por entidades de la colectividad hispana residente en Buenos Aires.



Don Quijote

Los que pretendieron interpretar a Cervantes, dándonos la "vera efigies" del héroe tan manchego como universal, han fracasado. Don Quijote debió andar entre los extremos de la caricatura y de la belleza varonil. Este óleo antiguo nos ofrece los rasgos fisonómicos de un hidalgo, que afirman locura, dignidad, valor y juicio, todo al mismo tiempo, según nos lo pinta don Miguel. El tipo del Caballero de la Triste Figura abundó en la Mancha, abunda aún; es el celtíbero, conservado a través de las centurias. ¿No te hace pensar, lector desocupado de la inmensa novela, que te hallas frente al rostro del loco cuerdo?



Cervantes

Con una sola muestra de su magnífico ingenio, don Miguel de Cervantes Saavedra ganóse la inmortalidad. Nos referimos a "Don Quijote de la Mancha" la más alta expresión escrita del idioma español. El juicio crítico mundial, sin discrepancias, considera a Cervantes como a uno de los primeros escritores del universo. El "Príncipe de los Ingenios" nació en Alcalá de Henares en día y año ignorados, fué bautizado el 9 de octubre de 1547 y murió en Madrid el 23 de abril de 1616.

ITALIA EN GUERRA

Mussolini dirige una vibrante arenga a los camisas negras que se disponen a embarcarse para engrosar los efectivos que combaten en Africa.





General Emilio de Bono, que ordenó la invasión de Etiopía.



General Italo Balbo, jefe de las fuerzas aéreas italianas.



Vittorio Mussolini, hijo del Duce, de 19 años, que tomó parte en las primeras acciones.



Los soldados italianos parten con demostraciones de alegría y entusiasmo.



El saludo romano de un grupo de marineros de las naves de Italia.



Desfile de fuerzas italianas antes de embarcarse para Etiopía.



Bruno Mussolini, hermano del anterior, y de 18 años, que lo acompañó en el ataque.



El mariscal Badoglio, que tiene a su mando importantes fuerzas.



General Baristrocchi, otro de los jefes de las tropas italianas.



Los cañones de la flota peninsular son objeto de un prolijo cuidado.



La nota emocionante: Una madre despide con un beso al hijo que va a la guerra.



Soldados indígenas al mando de un oficial italiano, que actúan contra los abisinios.

Soldados italianos atacando con una moderna ametralladora.

El impresionante gesto de un ciudadano abisinio.

Aparición aterradora de un poderoso tanque de guerra.

Fuerzas peninsulares protegidas con máscaras durante un ataque con gases.

Los acorazados están prontos para cualquier contingencia.

Otra cabeza etíope con sus rasgos raciales bien definidos.



La NACION ETIOPE

Fotos exclusivas de "Caras y Caretas"

Tipo de mujer abisinia.

El emperador Hailé Selasié, en el trono, con su esposa y sus dos hijos.

Un guerrero abisinio.

Soldados etíopes practicando ejercicios con armas antiguas.

Ciudadanos abisinios ejercitándose en el manejo del fusil moderno.



De BuenosAires ha salido el primer contingente de voluntarios

El Embajador de Italia despide a bordo a los voluntarios.

Un futuro soldado departe con su familia antes de emprender viaje.

La gentil presencia de la mujer puso la nota simbólica en la ofrenda floral.

Todos uniformados y en correcta formación, esperan el paso del embajador Arlotta.



Para los niños



Adivinanza del palatino

Mi *todo* con cuatro miembros
Existe, y existirá.
Padrón de antiguos recuerdos,
En una *insigne ciudad.*

También indicar solía
Una ilustre dignidad,
Y hoy logogrifo o charada,
Lo voy a anatomizar.

Arráncale el *primer* miembro
Y en los tres otros tendrás
Un literato que entiende
A Virgilio y Juvenal.

Quítela el *segundo* y luego
Te queda una cualidad
Sin la cual vas extraviado
En lo físico y moral.

En fin, arranca el *tercero,*
Y una voz sola hallarás,
Poco grata al que demanda
Protección o caridad.

F. ACUÑA DE FIGUEROA

Para pensar y repetir



Sheridan, escritor inglés, en *La escuela de la maledicencia,* dice: "Cuanto menos se hable, mejor será"

Compruébalo tú mismo

Esto no quiere decir que debes ser siempre desconfiado. Pero, cuando alguien te afirme rotundamente algo que, a tu criterio, resulta una exageración, no digas ni sí ni no. Cállate aunque sólo sea por unos instantes y apresúrate a comprobarlo. Es feo contradecir a las personas; es feo desconfiar de ellas; pero, después de todo, muchacho, más feo es aún que se burlen de ti y te hagan el cuento, cómo vulgarmente se dice. De manera, pues, que lo más sensato es prestar atención a lo que se nos dice, comprobar de acuerdo con nuestros conocimientos la veracidad y, recién entonces, emitir una opinión o aceptar la información que se nos da. Hay gente muy inclinada a aumentar la importancia de las cosas más vulgares. A ella ya se le conoce nada más que en la manera de expresarse; mas, existe el peligro de que uno repita, sin comprobarlas, sus supercherías; y entonces sí que hacemos el ridículo. Nada nos cuesta comprobar las cosas. Así conocemos más y llegamos a apreciar la palabra y la amistad de los que siempre están en lo cuerdo y verídico. Ya lo sabes, muchacho, sé confiado... pero no tanto.









La juventud de Douglas Fairbanks



La sonrisa que constantemente ilumina su rostro es el más fiel reflejo de su personalidad. Jamás lo ha visto nadie malhumorado. Nunca se quejó de la mala suerte al hablar de sus fracasos. Cuando peor le salen las cosas y más turbio se le presenta el futuro, más dilatada es su sonrisa. Ha hecho de la jovialidad su norma habitual.

Nació en Denver, en el Colorado, Estados Unidos, el 23 de mayo de 1883. Su padre, de profesión abogado, fué al oeste a revisar unas minas y le agradó tanto la región que decidió establecerse en ella.

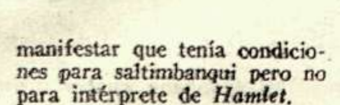
La primera nota saliente de la acrobática carrera de Douglas tuvo lugar a la edad exacta de dos años. La niñera acababa de salir de la habitación. El muchacho, sin perder tiempo, se encaramó a la ventana y sin ningún género de titubeos, saltó al jardín. Seremos sinceros. No todo le salió bien. Se hizo un corte profundo en la frente, cuya cicatriz se le ve aún hoy.

Era un chiquilín inquieto. Sólo permanecía tranquilo cuando su padre leía pasajes de Shakespeare. Douglas, a los siete años, se sabía de memoria escenas enteras del autor de *Hamlet* y *Otello*. Cuando el abogado recibía a sus amigos, el hijo hacía, a lo mejor, una súbita aparición y les recitaba aquello de *"To be or not to be"*, "Ser o no ser".

Otra de sus actividades era la de servir de monaguillo en la iglesia de San Malaquías, en Denver. Lo tuvieron que rechazar porque se bebía el vino de consagrar y se dedicaba a trepar por las torres con gran peligro para su vida y la de los que andaban por la calle.

A los 17 años, una vez que la familia regresó a Nueva York, se presentó a Frederick Warde, actor especializado en las obras de Shakespeare y amigo de su padre. Le pidió un puesto en la compañía y lo obtuvo. Los diarios estuvieron unánimes de acuerdo en





manifestar que tenía condiciones para saltimbanqui pero no para intérprete de *Hamlet*.

Decidió volver al colegio. Consiguió que su padre lo ma-



triculara en la universidad de Harward donde hizo grandes progresos en el fútbol y en el arte de fumar en pipa.

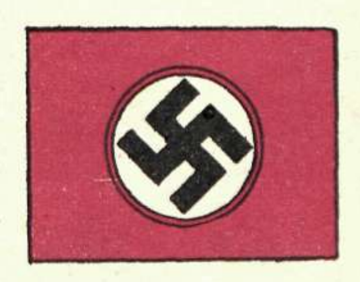
Pero, su anhelo más grande era viajar, recorrer el mundo, conocer tierras extrañas. Con un compañero de fútbol reunió treinta dólares, se embarcaron como peones en un buque que transportaba ganado en pie y, cuidándolo, llegaron a Liverpool.

Ya eran hombres; ya estaban en plena aventura; ya no les quedaba un solo centavo. Pero, les sobró entusiasmo para pasar a Bélgica y Francia y recorrer países satisfaciendo sus más caros sueños.

UN VISTAZO POR LAS NACIONES DEL MUNDO

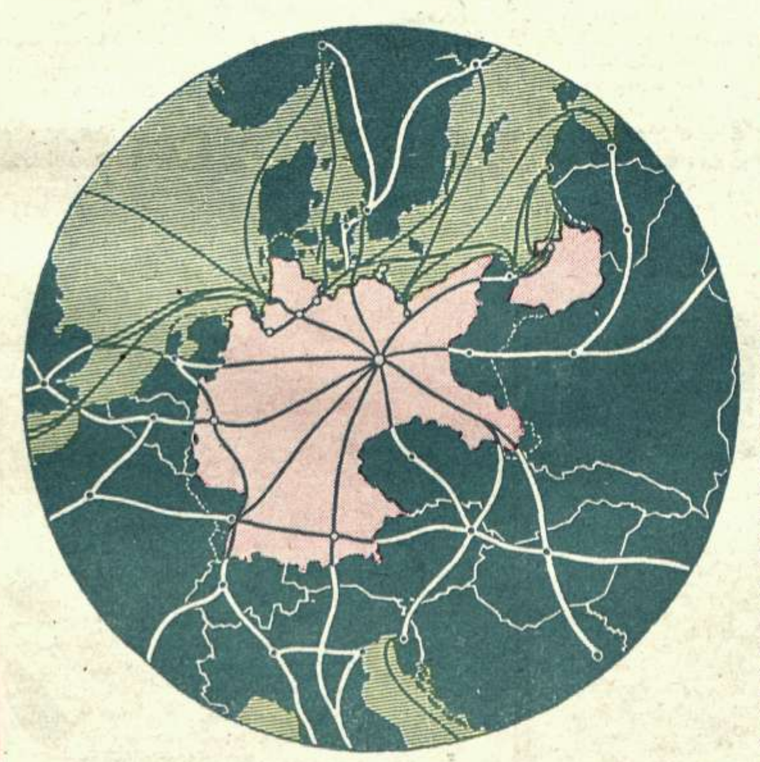
ALEMANIA





Pocos países hay en el mundo en que se haya trabajado tanto y con tal empeño para unificar la naturaleza y la cultura como en el suelo alemán. Bellezas naturales, magníficas pruebas del esfuerzo, de la inventiva y de la constancia del hombre aparecen en sus ciudades, en sus montañas, en sus llanuras y en sus ríos. La guerra de 1914 la perjudicó económica y territorialmente. Pero, en la actualidad, se ha operado en ella una evidente reacción. Dos días después del armisticio, el 9 de noviembre de 1918, abdicó el último de sus emperadores, Guillermo II. Fué proclamada la república y, el 11 de febrero de 1919, Federico Ebert fué designado presidente del Reich. Lo sucedió el mariscal Hindenburg, quien, al fallecer, tuvo su substituto, con el título de Reichfuhrer, al entonces canciller, Adolfo Hitler.

La República Alemana (Deutches Reich) comprende quince territorios federados y tres ciudades libres. La superficie es de 470.691 kilómetros cuadrados y su población está estimada en 66.165.879 habitantes (1933). Está limitada, al norte por el mar del Norte, Dinamarca y el Báltico; al este por Polonia, Checoeslovaquia y Austria; al sur por Checoeslovaquia, Austria y Suiza; y, al oeste por Francia, Luxemburgo, Bélgica, Holanda y el mar del Norte. En 1933, el comercio de importación llegó a 4.203 y el de exportación 4.871 millones de marcos. La marina mercante cuenta con un total de 4.318.000 toneladas.





Los ríos principales de Alemania, por orden, de poniente a levante son: El Rin, objeto de canciones y leyendas, el río por el cual un pueblo ha luchado como no lo ha hecho nadie por río alguno; el Weser, con la moderna ciudad de Bremen, cerca de su desembocadura; y el Elba que ha hecho de Hamburgo una gran población. El Oder, con Stettin, el puerto de exportación de Berlín. Finalmente, el Weichsel, o Vístula, con la ciudad de Danzing.



Berlín, la capital de Alemania, pasa de los cuatro millones de habitantes. La siguen en importancia, Hamburgo, con más de un millón, Colonia, Munich, Leipzig, Essen, Dresde y Breslau. Los ferrocarriles, ejemplarmente atendidos, tienen un recorrido superior a los 60.000 kilómetros. Hay 61.528 oficinas postales y telegráficas y cerca de 1.500 estaciones transmisoras de telégrafos y teléfono sin hilos.



EN EL PROXIMO NUMERO PUBLICAREMOS UNA RESEÑA DE AUSTRIA

1 Nació Mariano Moreno en Buenos Aires, el 23 de septiembre de 1778. Cuando ingresó en el colegio ya lo hizo sabiendo leer y escribir, gracias a la devoción y empeño de su madre, doña Ana María Valle.



2 Agotados los libros de su padre, don Manuel Moreno, aprovechóse de los que había en el convento de San Francisco, en el que tenía a un verdadero maestro y consejero, fray Cayetano Rodríguez.



DE OTROS TIEMPOS



5 Pero, la biblioteca del canónigo guardaba algo más que libros religiosos y el joven Mariano entró en contacto directo y prolongado con los más modernos y revolucionarios autores franceses.

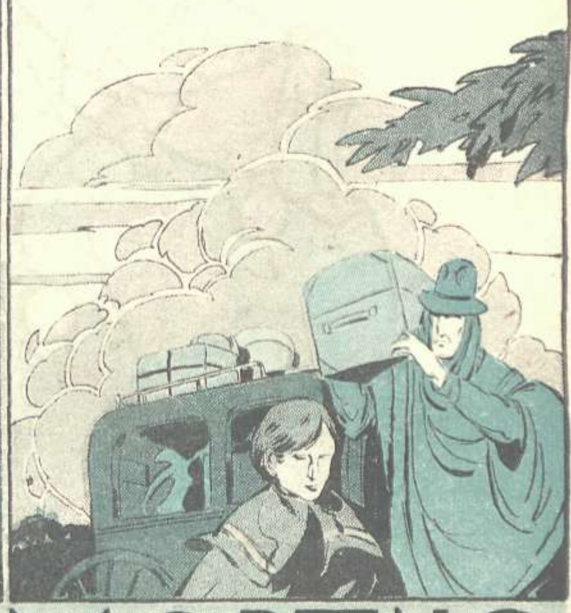


6 Una cruel enfermedad, luego que se graduó de bachiller en leyes, lo tuvo en el lecho, inmovilizado, sin poderse valer de sus manos, sin poder leer...

3 Gracias al auxilio que le prestó un sacerdote de Chuquisaca, Mariano Moreno pudo salir para aquella ciudad donde, según el sueño de sus padres, se doctoraría en teología y se abriría camino en el sacerdocio.



4 A los dos meses y medio de largo viaje, a través de todo el virreinato, llegó a la docta ciudad y se alojó en la lujosa morada del insigne canónigo Terrazas.



MARIANO MORENO

La Juventud

por BATLLE



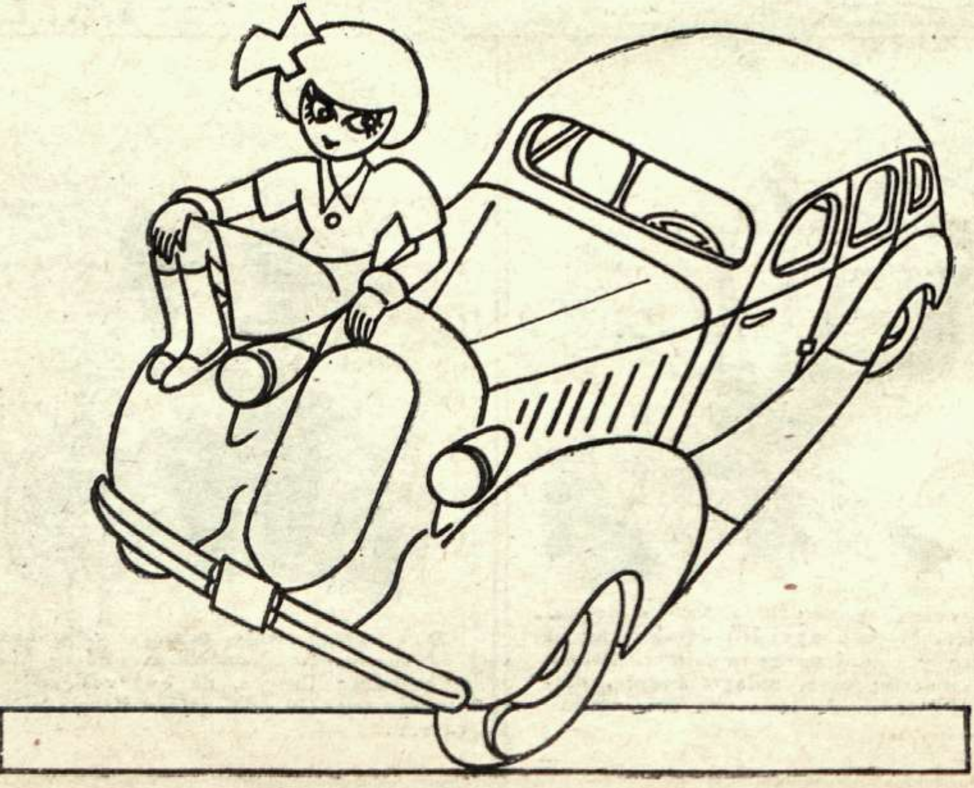
7 Deseando poner fin a aquella postración, Moreno decidió desobedecer al médico y comió varios manjares. Estuvo a la muerte; pero, milagrosamente, después del tremendo susto que dió a todos, sanó.



8 Y convaleciente, mientras retornaba a sus estudios, conoció a la jóven María Guadalupe Cuenca, de catorce años de edad, trigueña, de extraordinaria simpatía...

ENTRETENIMIENTOS INFANTILES

Dibujo para colorear de acuerdo con el modelo de la parte superior.





CURSO LIBRE DE CHISTOLOGIA



Maestro Ciruela y Juanito el contestador

—Un tren sale de Retiro a las nueve de la noche y a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora: ¿dónde estará a medianoche?...

—No lo sé, señor. Yo me acuesto a las ocho.

—¿Conoces la población de Buenos Aires?

—No toda... Sólo vivo aquí desde hace seis meses...

—La pobreza, ¿es un pecado capital?

—¡Qué esperanza, señor! Más bien es una falta... capital.



—¿Qué inventó Galileo?

—La luz eléctrica.

—¿Quién te ha dicho semejante disparate?

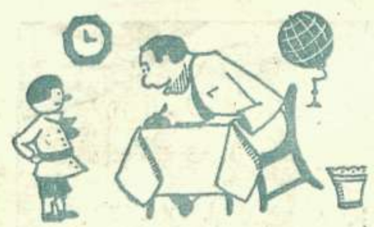
—Nadie; pero, como le llaman una luminaria de la ciencia...

—¿Dónde se encuentran las trufas?

—En los pavos trufados.

—¿Por qué ha escrito su nombre con tiza en el banco?

—Señor... porque me olvidé del cortaplumas en casa.



Algunos colmos

El de la previsión...

... Llevar siempre en el bolsillo un frasco de árnica por si se corta la conversación...

El de un fabricante de papel...

... Hacer un papel ridículo.

El de un tintorero...

... Quitarle las manchas a la luna.

El de un tenor...

... Subir hasta el sol.

El de un carnicero...

... Hacer de tripas corazón.

Aquí nos preguntan

1. ¿Dónde está el retrato de Manuelita Rosas pintado por Prilidiano Pueyrredón?

2. ¿Cuándo fué fundada la ciudad de Catamarca?

3. ¿Qué son los vientos alisios?

4. ¿Cuándo fué fundado y quién fué el primer director del Museo de Ciencias Naturales de La Plata?



Semanalmente contestaremos a nuestros lectores. Hacer las preguntas a: Martín O'Hara, "Caras y Caretas" - Chacabuco 151 - B. A.

Galerita y sus ocurrencias

por Guglielmi.



—Guarda, déme dos boletos.



—¿Y el otro para quién es?



—Para mi dolor de cabeza: es pasajero.

EL PIRATA ROJO



1 Una vez que Wilder se enteró de que la hija del general Grayson tenía que embarcarse con su *institutriz, la señora Wyllys,* decidió encaminarse a la casa de la viuda del almirante Lacey, donde se hospedaban.



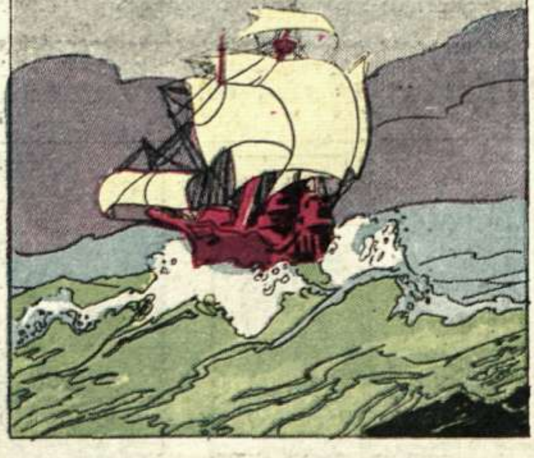
2 Desde lo alto del muro que cerraba el jardín de la casa vió a las dos damas y a la joven Gertrudis, que eran las mismas que hallara anteriormente cerca del torreón en ruinas.



3 Poco después salieron al camino y se reunieron con un anciano cuyo aspecto denotaba al marino profesional y, como Wilder las saludara, a él se aproximaron con evidente complacencia.



4 —Aquí hay un marino que puede servirnos de árbitro, — dijo Gertrudis. — ¿Qué opina usted del tiempo, es favorable para salir un barco? — agregó la señora Wyllys.



5 Intervino entonces la viuda del almirante para agregar que, como se embarcarían en un buque del porte del "Real Carolina", nada podía influir el estado del tiempo.

de James Fenimore Cooper. POR LINAGE



6 —Precisamente, lo que yo niego es su solidez, —repuso Wilder, luego de comprobar que el viejo marino era un decidido partidario de aquella imponente embarcación.



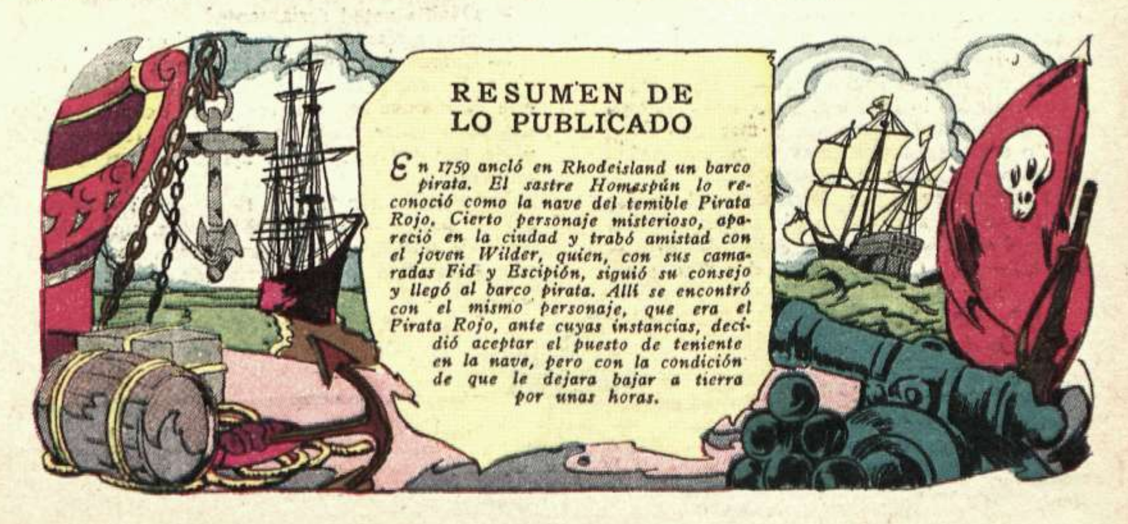
7 —¿Cree usted que hay peligro en embarcar? —preguntó Gertrudis con timidez, dirigiéndose siempre a Wilder con evidente desagrado del viejo.
—Sí; yo, a una hermana, no se lo permitiría...



8 Se estableció un verdadero duelo entre ambos marinos: Wilder empeñado en demostrar que el "Real Carolina" no soportaría la menor tempestad; el anciano, enalteciéndolo.



9 Y así parecieron darle la razón al viejo Roberto Bunt, dejando a Wilder bastante desairado ante la puerta de la casa y sin tiempo siquiera para despedirse de la bella Gertrudis.



RESUMEN DE LO PUBLICADO

En 1759 ancló en Rhodeisland un barco pirata. El sastre Homespún lo reconoció como la nave del temible Pirata Rojo. Cierto personaje misterioso, apareció en la ciudad y trabó amistad con el joven Wilder, quien, con sus camaradas Fid y Escipión, siguió su consejo y llegó al barco pirata. Allí se encontró con el mismo personaje, que era el Pirata Rojo, ante cuyas instancias, decidió aceptar el puesto de teniente en la nave, pero con la condición de que le dejara bajar a tierra por unas horas.

La venganza de Jean Bart

Relato marino de Ricardo Marx

DURANTE el otoño de 1692, el célebre marino Jean Bart, que comandaba una fragata francesa, entró en Bergen, uno de los puertos neutrales de Noruega, para renovar provisiones y hacer aguada. Quiso la providencia que atracara junto a él un corsario, esto es, un enemigo. El abordaje había hecho famoso a Bart y los buques tomados de este modo ascendían ya a una respetable cantidad.

—¡Buenos días! — gritó una mañana a Bart, que pensativo miraba el mar, el capitán corsario. — ¿No le parece bien que nos conozcamos más de cerca?

—¿Por qué no? — repuso éste, sacando de la boca su inseparable pipa. — Pero, ¿se puede saber con qué fin? ¿Quiere proponerme algunas condiciones de paz?

—¡De ninguna manera, querido capitán! — Estoy a mis anchas en la guerra y sólo en ella los marinos podemos encontrar oportunidad para alcanzar la gloria. Guerrear y triunfar... ¿No le parece a usted?

—No se equivoca, señor mío — replicóle Jean Bart. — Hace dos días, precisamente, que estoy cavilando en la forma de apoderarme de su bello barco, abordándolo.

—¡Caramba! Tenemos los mismos pensamientos; mucho más desde que nos hallamos tan próximos unos de los otros. Y... ¿no le parece oportuno que midamos un poco nuestras fuerzas?

—¡Aquí! Eso es imposible — repuso Bart. — Los tratados lo impiden. Pero, como dentro de pocos días nos haremos a la mar...

—Yo estoy en condiciones de zarpar mañana mismo — agregó el corsario.

—Perfectamente. Le agradezco el aviso; pero, tenga cuidado que no le sorprendamos.

—Le devuelvo la recomendación — dijo el corsario. — Así que, dentro de dos días, seremos los más encarnizados enemigos; mas, ello no obsta para que, hasta entonces, seamos buenos camaradas. Cuando usted guste, venga a visitarme. Será un honor para mi barco...

Al siguiente día, Jean Bart almorzaba en la fragata corsaria, acompañado del jefe y oficialidad, los cuales estaban de bastante buen humor, gracias a los vinos servidos con abundancia.

—Tarde o temprano tendremos que encontrarnos — dijo el corsario con fingida melancolía, a la vez que brindaba con Bart.

Este, aceptándole el brindis, sonriente, se limitó a decir:

—Mañana será otro día. Por hoy, agradecemos vuestra hospitalidad y nos despedimos.

El rostro del corsario cambió de expresión. Tornóse duro y agresivo:

—¿Para qué separarnos? — dijo. — Podríamos quedar juntos. Les ofrezco hospedaje gratuito en mi barco.

Bart se inmutó.

—¿Qué significa esto? — dijo al corsario. — ¿Espero que no intentará una celada?...

—¡Oh! ¡Qué esperanza! Pero, en este momento pisa usted suelo enemigo y considero un deber tomarlo prisionero.

A Jean Bart le castañeteaban los dientes de ira. Todavía le preguntó:

—¿Habla usted seriamente?

—Muy seriamente — replicó el corsario.

—Entonces, escuche bien lo que voy a decirle. Es usted un miserable y un traicionero que desconoce los deberes de la hospitalidad, sagrados entre marinos. Pero, de Jean Bart y de sus oficiales no se apoderará usted fácilmente...

Y antes de que tuviera tiempo de impedirlo corrió hacia la santabárbara; de un golpe abrió la puerta y, una vez dentro, acercó su pipa encendida a una barrica de pólvora.



El corsario y los suyos estaban aterrados. Había un silencio de muerte.

Bart lo interrumpió gritando:

—Prefiero morir antes que caer prisionero de un bandido. En mis manos está el haceros volar junto con el barco; pero, si se someten a mis condiciones, no lo haré.

—¿Qué es lo que desea el amigo Bart? —dijo el corsario, cambiando de tono. — Es ahora dueño de la situación...

—Lo sé... Su vida está en mis manos.

—Discúlpeme, camarada Bart — todavía dijo el corsario. — Habíamos oído hablar tanto de su coraje que no podíamos menos que ponerlo a prueba... Esto sólo ha sido una broma.

—Broma o no — añadió Bart — quiero darme a mi vez la satisfacción de tenerlos a todos encerrados en la bodega hasta que dé la señal de libertad disparando un pistoletazo.

El corsario, mordiendo su furia, seguido de su gente, descendió por una escotilla.

Y Jean Bart cerrándola llamó a su gente, enarboló la bandera de su patria y salió hacia el mar con aquella nueva y valiosa presa.



Las aventuras

LAS VACACIONES DEL



1 —Levantándome más temprano que nadie agarro el cuarto de baño libre.



2 —¡San Mateo sin yerba! ¡Ocupado! Uno que me ganó en el pique...



5 —Sigue ocupado como un solo hombre... Debe haber teléfono adentro...



6 —¡Y yo que me proponía ir a pescar tempranito, tempranito!



9 —¡Ya salió el sol vomitando estrellas! ¡Ay, ay, ay, que bellas!

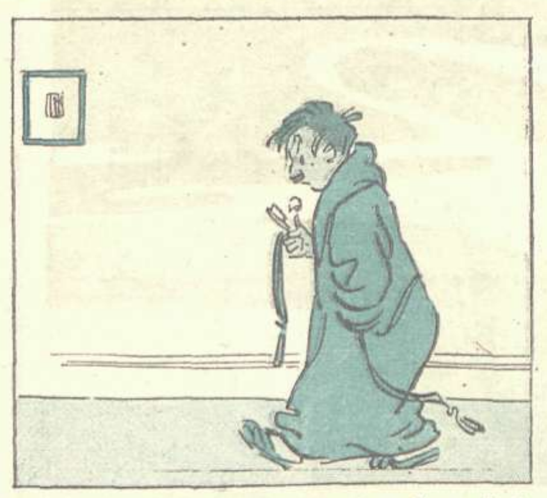


10 —¡Esto no puede seguir así, carambola!

de Chingolo

Por PERCY L. CROSBY

SEÑOR TORTACABANA



3 —¡Mala suerte! Me conformaré con llegar placé en este clásico de segunda mano...



4 —Pasó mi cuarto de hora... Vamos a ver el cuarto de baño si está libre...



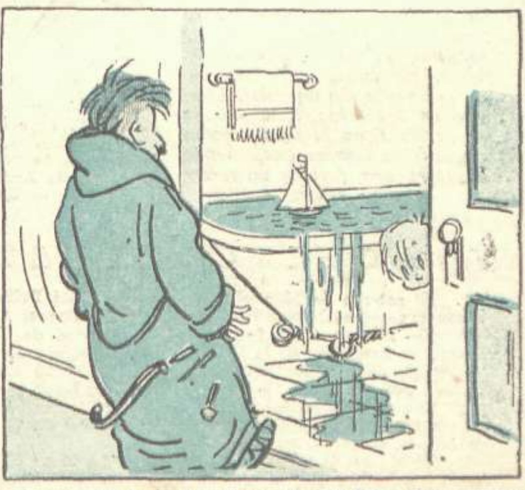
7 —¡Pensar que los pejerreyes estarán saltando en el agua, y yo aquí sentado como un mariscal!...



8 —¡Otra vez cerrado por cambio de firma! ¡Qué programa de balconeo!



11 —¿Se puede pasar?
—¡Adelante con los farolitos...!



12 —¡Hola, señor Tortacabana! Pase, pase; estoy probando mi barco en aguas de este mar tranquilo y confiado...



DE TODO

UN EPISODIO MEMORABLE

EL 25 de julio de 1909, Luis Bleriot, en una máquina voladora que fué la admiración de sus contemporáneos y de la que hoy desconfiaría el más temerario aviador — porque estaba confeccionada con cañas de bambú, tela de paraguas y alambre ordinario, — realizó la fantástica hazaña de atravesar nada menos que el canal de la Mancha. Un poco más tarde, un argentino, Teodoro Fels, atravesó solo, en un avión semejante, el río de la Plata.

El explorador José Capra asegura que los chinos, cuando niños, tienen la piel absolutamente blanca y en nada difieren del tipo europeo. Sólo más tarde, debido a las enfermedades, la desnutrición y la suciedad, pierden las características físicas que podían hacer de ellos los tipos más perfectos de la rasa amarilla.



La mariposa tiene una lengua muy larga, la que, cuando no introduce en los cálices de las flores, permanece enrollada como la cuerda de un reloj. Consiste en dos tubos, cada uno de los cuales tiene la cara interna cóncava, de manera que, cuando se superponen, forman un tercer tubo central.



ZOZAYA, por otro nombre "Don Padilla", especialista en cabezas de los Pinchas, iba al frente en la tablita de "scores", hasta que Coletta, de Lanús, lo largó a la cama.

* Un cambio en las modas femeninas, en el siglo XVII, que obligó a las mujeres a prolongar su corsé hasta debajo de la falda, fué causa de las exploraciones árticas avanzadas, para dar caza a la ballena.

* El ámbar gris es una substancia que se halla en los intestinos de las ballenas y no es más que el producto de los ataques biliares de estos cetáceos.

* En Luxemburgo las estaciones transmisoras de avisos radiotelefónicos no pagan patentes y hoy por hoy en ellas está centralizada toda la publicidad europea.

* El ferrocarril que une el puerto de Djubouti con Addis-Abeba, sólo corría de día por temor a los descarrilamientos producidos por la falta de clavos de las vías, que los naturales robaban para construirse armas.

Y AQUI CONTESTAMOS

1. El retrato de Manuelita Rosas que pintó Prilidiano Pueyrredón se conserva en el Museo Nacional de Bellas Artes.

2. En 1558 y 1607 fué fundada la ciudad de Catamarca, con el nombre de San Juan de la Rivera de Londres, siendo destruída en ambas oportunidades por los calchaquíes. En 1683 fué definitivamente fundada por Fernando de Mendoza Mate de Luna.

3. Los vientos alisios son los que entre los trópicos soplan todo el año en una dirección constante, que es la del N. E. en el hemisferio norte, y la del S. E. en el sur.

4. El Museo de Ciencias Naturales de La Plata fué fundado en septiembre de 1884 por el doctor Francisco P. Moreno, quien fué su primer director.



ZOOLOGIA PINTORESCA

Los leones con abundantes e imponentes melenas sólo se ven en los circos. Hay que desconfiar cuando en uno de esos llamados "films documentales" se nos muestran leones con espléndidas cabezas. Los leones que viven en libertad, entre matorrales y espinas, tienen poca o ninguna melena, a veces muy poca más que las hembras.

* Se ha llamado al león "el rey del desierto" y "el monarca de la selva", pero ni en los desiertos ni en las selvas los hay. Este carnívoro vive siempre en terrenos abiertos, pero accidentados, con vegetación abundante y matorrales. Esos cuadros, con un león plantado, en pleno desierto y a la sombra de una palmera son otras tantas supercherías.

* El sudor del hipopótamo es encarnado, con todo el aspecto de la sangre.

* Muchas personas, al camello de una giba lo denominan dromedario, cometiendo una verdadera inexactitud, porque precisamente esta especie es el camello propiamente dicho, el "yemal" de los árabes; el dromedario es una raza especial de este mismo camello, notable por su rapidez y que sólo se emplea para montar.

* La carne del alce africano — que tiene formas parecidas a las de un buey y sus cuernos retorcidos llegan al metro de longitud, — según algunos cazadores, es la mejor que existe. Recuerda a la de vaca, pero tiene mayor delicadeza.

"Esta carne — dice uno de ellos, — se funde, por decirlo así, en la boca; la parte del pecho es un plato digno de un rey".

* Las cebras que los antiguos romanos utilizaban en los circos, procedían de Abisinia, donde vive la llamada imperial.

* Algunos rinocerontes de la especie llamada blanca (que no lo es) tienen cuernos que miden un metro y medio de longitud.

* El ñu azul, bravo e indócil, vive siempre en compañía de las cebras y avestruces, animales que, por estar siempre alerta, le anuncian el peligro.

* Los camellos tienen los dedos reunidos en un callo único, ancho y redondo. La huella del camello es la única que no puede confundirse con la de ningún otro animal.

* La jirafa es un animal mudo. Hasta ahora nadie ha escuchado su voz. Bebe poco. Puede pasar sin agua seis o siete meses.

* El okapi, que vive en el Congo Belga, era en absoluto desconocido hasta hace veinte años. Es un rumiante de la familia de las jirafas, pero con la alzada y proporciones de una mula. Sólo el macho tiene cuernos y el pelaje es negro o castaño en el cuerpo, amarillento en la cabeza, y rayado de crema y negro en las patas. En Europa sólo hubo un ejemplar, el del Zoológico de Amberes, pero no vivió mucho.

* Los ojos de la gacela son tan expresivos que las madres en Argel siempre tienen algún ejemplar cerca de la cuna de sus hijos.



Almendrita

Una buena mujer que se había quedado sola en el mundo, acudió a consultar a cierta vieja que tenía fama de hechicera. "Yo quisiera tener una niña para que me haga compañía — le dijo. — Ayúdeme usted".

La anciana se apiadó de ella y le dijo que tomara un grano de cebada, lo sembrara en un tiesto regándolo nada más que con tres gotas de agua, y así obtendría lo que deseaba...

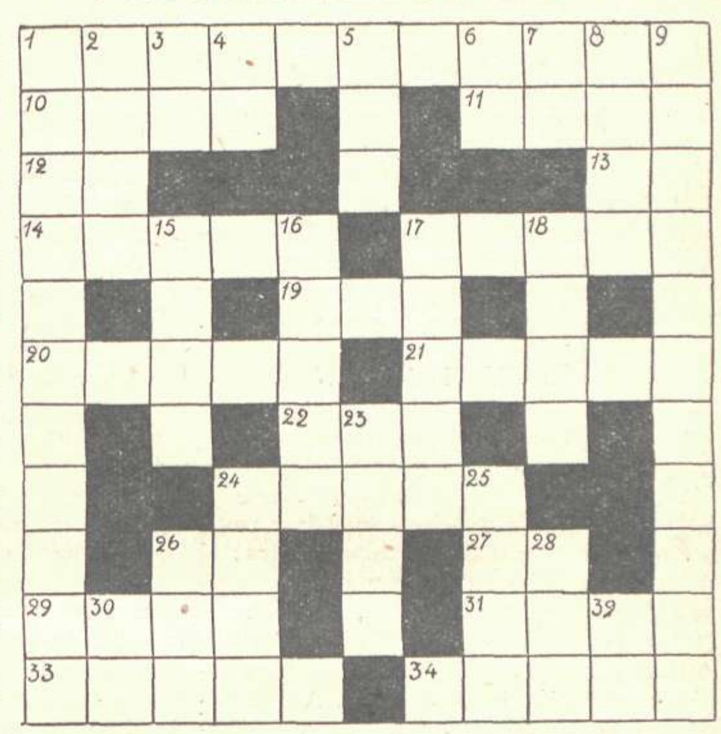
Obedeció la mujer y, a poco de derramar las gotas, vió surgir un hermoso tulipán, en el centro de cuyo cáliz, sonriente, había una niña sentada. Era Almendrita.

Para que durmiera, la buena mujer le construyó una camita con una cáscara de nuez; mas, acertó a pasar por allí un sapo enorme, padre de unos sapitos tan feos como él y, entonces... ¿Quieren saber qué le aconteció a Almendrita, nuestros pequeños lectores?... Pues, aguarden a que la semana próxima aquí mismo lo digamos.

(*Continuará*)

PALABRAS CRUZADAS

PROBLEMA NUMERO 19



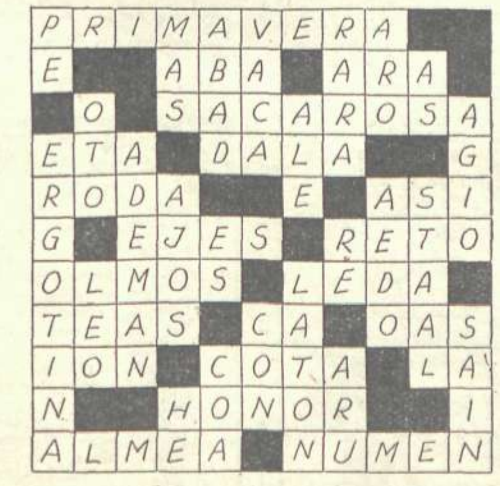
La solución en el próximo número.

HORIZONTALES

1. Nombre que se daba entre los griegos a los que llevaban luces encendidas en las procesiones (11).
10. Que niega la existencia de Dios (4).
11. Repetición de un sonido, reflejado por un cuerpo duro, plural (4).
12. Pronombre personal de segunda persona, singular (2).
13. Primera palabra del himno de San Juan Bautista (2).
14. Vano, fútil, sin importancia (5).
17. Una o agregue una cosa a otra, con dependencia de ella (5).
19. Carruaje cerrado, para la conducción de caballos de carrera a los hipódromos (3).
20. Que no pertenece a la iglesia (5).
21. Espada antigua de hoja corta, plural (5).
22. Ciudad de la Indochina francesa, capital del Annam; 61.000 habitantes (3).
24. Capital de Suiza, en el cantón de igual nombre, a orillas del Aar (5).
26. Interjección (2).
27. Transportarse, moverse de un lado a otro (2).
29. Río de Armenia, el afluente más importante del Kura; 700 kilómetros (4).
31. En el juego, número de tantos que toma cada uno, para saber lo que gana o pierde (4).
33. Acostumbrar (5).
34. Apariencia variable bajo la cual se presenta un planeta a nuestros ojos, durante su revolución, plural (5).

VERTICALES

1. Faja de púrpura que llevaban en la toga los senadores romanos, plural (11).
2. Pez de color negro azulado por encima y gris plateado por debajo. Alcanza hasta cinco metros de largo. Su carne es excelente y muy comestible (4).
3. Dativo y acusativo del pronombre personal de primera persona, sing. (2).
4. Río de Italia, el Erídano de los antiguos (2).
5. Título de cierta dignidad que se antepone al nombre de pila (3).
6. Creencia, confianza (2).
7. Lengua hablada en Francia en la Edad Media al sur del río Loira (2).
8. (Pedro Pablo Emilio) Ilustre médico y bacteriólogo francés, nacido en Coniolens, discípulo de Pasteur. Debe su fama al tratamiento de la difteria por el suero de caballo (4).
9. Manifiesto, patente, visible, plural (11).
15. Provisiones que llevan los pastores para alimentarse mientras están fuera (4).
16. Grito de las bacantes en honor de Baco (5).
17. En los ferrocarriles, acera a lo largo de la vía (5).
18. Conjunción latina que equivale a luego, por consiguiente, pues, etc. (4).
23. Vaso de forma variable, de madera, metal, etc. (4).
24. En geometría, línea o superficie en la cual se supone que descansa una figura (4).
25. Opera en cuatro actos, de Verdi (1871). Ocurre la escena en Menfis y Tebas (4).
26. Semejante (3).
28. Especie de gorra con visera que usan los soldados españoles (3).
30. Voz que se usa repetida para arrullar a los niños (2).
32. Planta de la China con que se hace una infusión (2).



Solución del problema número 18.

NOTA. — Los números que figuran al final de las explicaciones, indican la cantidad de letras de cada palabra.

MEDALLONES DE AMERICA

(Continuación de la página 2)

Santo Domingo, La Merced, elevando a los aires sus cruces, fueron signos de un pueblo temeroso de Dios. Después, todo se deslizó chato y callado, sin más estridencias y signos de vida que el aguador camino del río. el negro en la Recova mercando aceitunas con vinagre y cebolla, las lavanderas en las toscas de la ribera zurrando ropas, el galán con guitarra en el estrado familiar ensayando rasgueos, y más allá, en el "café de Marco", revolucionario desde el alumbramiento de Mayo, jugando tresillo y haciendo carambolas después de la siesta, el grupo burgués...

A B U E L O S

A la zaga de los conquistadores se embarcaron ellos para América. El orín de los tiempos les había oxidado la espada del cinto, pero bien templada y recta, *entre pecho y espalda se trajeron otra*: la voluntad, que les sirvió para lanzarse grávidos de esperanzas, a poblar, a civilizar, a florecer en realidades.

Pobres o ricos, poderosos o humildes, soñaron y vivieron como hidalgos. A diferencia de los primeros, trajeron éstos a sus mujeres; esposas resignadas, fecundas, heroicas que en la paz de la aldea anónima ayudaron a levantar la casona espaciosa espejada de virtud, con portal amplio *como los afanes*, con patio abierto como los ideales, con alberca profunda y fresca como los amores. Abuelos de la estirpe añoraron la tierra distante, pero no conocieron el viaje del retorno y pasaron desgranando oscuramente la cuenta de sus días y sus años, sin más variante que el menester sin lustre y el negocio tarado por el monopolio. Vasallos de la corona, que se repartieron las funciones de la Audiencia y los cargos del Cabildo, sin omitir la redacción retorcida del expediente. Patriotas de pura cepa, como Centenach, Varela y mil más que se batieron en las calles de Buenos Aires, para escarmentar la soberbia de Albión. Súbditos fieles, con una bandera y un rey, atisbaron los excesos de la Perichona, condenaron las andanzas de Peña y Padilla, denunciaron los manejos del francés Liniers, desbarataron las ambiciones de la Carlota.

Padres de nuestros próceres, la evocación de uno les perfila a todos. Daguerrotipo de *la colonia*; *figura alta y enjuta*, cabellera de plata y rebelde, nariz recta y afilada como un segur, el ojo zahorí, la tez pálida bajo la sombra de la barba abundosa. Figura fugada de un gobelino de Felipe II; señor de escudo con león rampante y la leyenda de Mistral al pie: "Todo o nada"; regidor de la colonia o alcalde de primer voto; bravo, ambicioso y noble; tal vez un Alzaga, con un cuello robusto y fuerte capaz de ayudar a soportar una corona, como a mantener el cuerpo en la horca; por lealtad, por rasgo, por exceso de vida que desafía a la muerte...



Poesía del mar antillano

LA poesía del mar de las Antillas? La poesía de ese mar es una parte de la poesía total de todos los mares. El Caribe, como le llamaron los antiguos y se puede seguir llamando, poéticamente, es hijo del Atlántico, lo mismo que el mar del Norte y que el Báltico. Es un mar tropical, cálido y azul, con un azul eléctrico en las grandes honduras y un esmeralda leve en las profundidades menores. En Colón, a la entrada del canal de Panamá, tiene algo de verde esmeralda, sobre todo al mediodía, cuando la luz solar cae verticalmente. Ya se sabe que la mayor parte de los tintes del mar los produce la luz. Y las inclinaciones de esa luz — la del cielo, del cielo ecuatorial — dan cambiantes, tonos y semitonos encantadores a las aguas cantoras del mar de las Antillas.

El mar de las Antillas es muy rico, además de bello. Sus islas le componen mágicas guirnaldas, cintillos encantadores y deslumbrantes, uno de los cuales culmina y se magnifica en la clásica Perla de las Antillas... En la gloriosa y poética Cuba, a que Colón mismo llamara "la perla más hermosa que ojos humanos vieron".

El Caribe tiene un hermano menor: el golfo de Méjico. Y si bien el primero es movedizo y de malos humores, el segundo suele tener cóleras violentas y trágicas. Los famosos ciclones del golfo de Méjico, son acaso más terribles que los del mar de las Antillas. Los marinos les temen.

El Caribe y el golfo de Méjico bañan, además de islas de maravilla y de gracia arcadiana varios de los países que nos son fraternos, como Colombia, Méjico, Venezuela y toda la América Central septentrional.

La poesía de aquel mar es infinita y varia, como la del mismo cielo ecuatorial que copia. Una caída de sol en las Antillas sólo tiene parecido en un crepúsculo egipcio o libanés.



Célebre grupo de estatuas orantes, en bronce, modelado y dorado a fuego por Pompeyo Leoni, existente en la iglesia de San Lorenzo del Escorial.

Enterramiento *de* Carlos V

SON las estatuas que componen el grupo del enterramiento algo mayores que el tamaño natural, y aparecen de rodillas y con las manos en actitud de orar. En este enterramiento de Carlos V figuran en primer término el emperador, vestido con armadura y cubierto con el manto regio, en el cual se ven, en grueso relieve, las águilas de dos cabezas; a la derecha está colocada la emperatriz, que viste lujoso traje de corte; detrás del emperador está la infanta doña María, hija de aquél; a su derecha doña Leonor, y entre ambas un poco retirada la hermana de ésta, doña María, hermana a su vez del césar.

Como estudio moral y físico de los personajes, como demostración del refinado buen gusto florentino que Pompeyo Leoni imprimía a sus obras, como estudio de indumentaria, como obra escultórica en la cual se advierte la maestría portentosa del artista, y por último, como monumento originalísimo, único, el enterramiento de Carlos V será siempre, en todos tiempos, motivo de admiración y al propio tiempo de orgullo para la España artística. Bien se advierte en aquellas labores de la decoración del sitial, en aquellos plegados de los paños, en aquellas combinaciones de bordados y encajes el refinamiento de un gusto estético tan depurado como el que fué patrimonio de los artistas florentinos que bajo los Médicis dieron forma a tantas obras maestras.

Retrato de Mariano Benlliure

CADA cigarro le cuesta a Mariano una caja de fósforos, especialmente cuando está trabajando. Enciende el puro, le da una chupadita, y al cabo de unos minutos, con los dedos llenos de barro, torna a encender el cigarro, que al poco tiempo de este trajín se vuelve blanco. Fuma casi tanta arcilla como tabaco. Y una de las más deliciosas distracciones de cuantos le vemos modelar es el examen de la indumentaria de trabajo de Benlliure. Unos días aparece envuelto en los pliegues de una salida de baño, larga bata del tejido de las toallas turcas; otros aparece con una chaquetilla de esgrima; otros se planta un coleto, la mitad de ante y la otra mitad, la que le cubre el pecho, de terciopelo, ribeteada de piel; otros con un largo camisón de franela blanca. Y así almuerza, y en esta guisa recibe a sus visitantes.

Sin embargo de todo esto, Benlliure es un elegante y casi estoy por decir que un gomoso. Viste siempre con riqueza, y como buen artista, con verdadero gusto. Lleva el cabello recortado al estilo de la moda *flamenca* y el bigote cuidadosamente compuesto. Mas a pesar de este esmero en el vestir y del cuidado de su persona, si se le ocurre trabajar cuando lleva el *smoking* o el frac puesto, lo hace como siempre, febrilmente, sin preocuparse de su corbata de plastrón, ni de su camisa reluciente como porcelana. No cesa un instante de modelar, de arrojar sin cuidado de su indumentaria el barro, de ir y venir para ver la línea, la media tinta, el parecido, si se trata de un retrato, como le aconteció con el famoso de *Velisla*, que lo comenzó después de un almuerzo cuasi de etiqueta.

Benlliure, por lo mismo que es un artista portentoso, no escatima su trabajo. Modela, dibuja, pinta la mayor parte de las veces, como se dice en el *argot* del arte, "para el obispo". No conozco amigo de Mariano que no tenga un busto, un dibujo, un bajorrelieve, algo, en fin, de su mano. No hay periódico ni ilustración ni empresa caritativa que necesite de la firma del ilustre escultor que no la obtenga.

R. BALSA DE LA VEGA

La emoción del cante hondo

NACIÓ el cante hondo, o "jondo", como le llaman sus cultores y el público andaluces, del choque de varios estilos musicales con la característica modalidad melódica de la gente bética. Por eso en las "soleares", fandangos, malagueñas, peteneras, granadinas y otros aires de Andalucía se notan, inconfundibles, influencias moriscas e indostánicas.

Durante la Exposición Industrial, realizada en 1910 con motivo del Centenario de la Revolución, el público escuchó sorprendido los cantos de una "troupe" hindú. Aquellas notas, aquel ritmo y aquel acompañamiento tenía bastante de música andaluza. Actualmente, la radio nos da melodías del Egipto contemporáneo, dando cadencias parecidas.

Estas comparaciones vienen a demostrar lo afirmado anteriormente, es decir, que en cante hondo existe un elemento de folklore musical nativo. Ese modo de canto resulta más rico en motivos, más perfecto en la realización. La técnica de la música popular andaluza es complicada, difícil e inimitable. Artistas líricos de maestría no logran interpretarla fielmente, y si alcanzan a una imitación buena nunca consiguen comunicarle esa emoción extrañamente dulce y comunicativa que hay en la garganta de los "cantaores" y "cantaoras".

El cante hondo se ha ganado el favor del público argentino, que ya no se burla de él, que sabe apreciar el valor relativo de los ejecutantes y gustar la emoción, ruda y delicada al mismo tiempo, puesta en la copla por un pueblo artista, capaz de transformar, mejorándolos, temas orientales e inventar temas nuevos con una inspiración feliz.

Para darse cuenta de la evolución que supone el cante hondo, piense el lector argentino en la hermosura de las vidalas, vidalitas, tristes, milongas y otros aires, nacidos del choque de la música española y de la nativa. Semejante fenómeno melódico ocurrió en Andalucía, fenómeno productor de temas de una belleza inimitable, plenos de emociones y de encantos.

RETRATO DE UN CONQUISTADOR

(Continuación de la página 16)

Me atrevo a sostener que en aquel punto tuvo su escena inicial el primer idilio mestizante del Plata. Otros de brutalidad se habían desarrollado en la invadida tierra: por amor, lo que se llama amor entre un blanco y una virgen india, allí nació por vez primera.

Baltasar Diéguez había encontrado un dulce desquite contra el sexo femenino, que tanto le hizo sufrir allá en España.

EL PRIMER GAUCHO

Carmen la llamó, y por Carmen le respondía. Se amaban tiernamente, quizás como muy pocas parejas de ahora se aman. Porque el romanticismo lleva razón cuando inventa idilios novelescos. ¡Atala, Tabare, Selika!

Y Baltasar hizo un rancho, donde nació su heredero, un hermoso mestizo fuerte y morocho.

La vida iba pasando plácida, al margen de toda lucha, de toda ambición. Baltasar Diéguez habíase habituado a la existencia salvaje. Crecía el hijo, vinieron otros, y al cabo de los años encontróse la familia en disposición de bastarse a sí misma.

León, el primogénito, durante una de sus correrías halló un caballo herido y abandonado. Su padre y él curaron al pobre animal.

León fué un diestro jinete, que no estaba al servicio de la conquista. Con su pingo salía de viaje. Cortas eran las ausencias, al principio; después comenzaron a ser más largas.

Y un día no volvió. Algunos indios noticiaron a Baltasar y Carmen que lo habían visto lejos, más allá de la laguna hoy llamada de Chascomús. Según otros informes, León evitaba las tolderías, llegando a ellos solamente para pedir alguna cosa necesaria.

El primer gaucho, viviendo sus aventuras todo lo más solitariamente posible. El espíritu indómito del gaucho, del Robinson ecuestre de la pampa; una vocación nueva, que otros habían de seguir.

León habíase llevado un trozo de la espada de Ochoa, rota. Con ella improvisó una daga. ¿Tuvo que matar con ella?

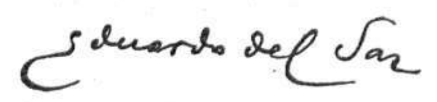
UN CONQUISTADOR

En tanto que sus compatriotas perseguían otros fines, Baltasar Diéguez, el Bachiller Maltrapillo, siguió fiel a Carmen y a su prole.

Y entre los indios murió, entre los indios, que de él aprendieron mucho.

De esa novelesca manera cumplióse el destino del conquistador, del más bueno y eficaz de los conquistadores.

Gracias a él y a muchísimos que le imitaron existe en la Argentina y en la América Latina, algo que sobrevive, que perdura fraternalmente, a pesar de los colores raciales.



La primera revista ilustrada de Madrid

CIERTO que el primer periódico ilustrado que hubo en España. y al cual me refiero especialmente en esta *efemérides*, no fué, ni mucho menos, una maravilla artística, ni siquiera tipográfica. No trataba de las Bellas Artes ni de las ciencias; en sus páginas no se reprodujo cuadro, estatua, monumento, paisaje, ni motivo alguno que tuviese conexión con las obras del pincel o del cincel. Por el siguiente *documento* que encontré en ocasión de registrar algunos armarios con papeles en la casa de mis antepasados en Galicia, podrán saber los lectores cuál era el carácter del citado periódico. Dice así el documento a que me refiero: "Excelentísima señora doña Concepción Cos, condesa de Medina, vizcondesa de Peña Parda. Muy excelentísima señora: Por indicación de la Excma. señora condesa de Montijo, que me distingue con su amistad, me dirijo a usted para suplicarle su valiosa ayuda en la empresa que voy a fundar; por su parte la señora condesa de Montijo, como la señora duquesa de Híjar y las más altas damas de la corte me prestan su apoyo, para el mismo fin, que es el de publicar un periódico que dé noticia de las *modas* de París. Creo de tanta necesidad para el buen gusto una publicación de esta índole, que más que a mis deseos, sirvo al de las señoras elegantes españolas, que para vestir bien necesitan de las costureras y modistas de Francia. Se llamará *El Periódico de las damas*, y traerá patrones y figurines, hechos en París *sobre* la última moda, y lo recibirán las señoras todas las semanas con los dichos figurines sueltos y los dichos patrones cortados de modo que sirven para todos. Ruégole, Excma. señora, me diga si cuento con su adhesión, etc., etc. — *León Amarita*".

Efectivamente, como decía el director señor Amarita en el copiado documento, escrito el día 30 de septiembre de 1822, *El periódico de las damas* apareció por vez primera el día 14 de noviembre de dicho año, pero no con la regularidad semanal ofrecida, sino dejando intervalos más o menos largos, algunos de más de veinte días.

Solamente pude alcanzar a ver unas cuantas páginas de uno de los números; dichas páginas, que estaban atestadas de versos traducidos del francés, no tenían fecha alguna.

Los figurines, que eran de señora y caballero, pertenecían al periódico parisiense *L'Observatore des Modes*, como dice (pues tampoco de éste pude lograr ver ninguno) don Eugenio Hartzenbusch en sus *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños*.

En el año de 1835, el día 5 de enero vió la luz pública (que yo sepa) el primer periódico de artes ilustrado de España. Fundáronlo en Madrid un notable escritor y un no menos notable pintor, don Eugenio Ochoa y don Federico de Madrazo. Titulóse dicho periódico *El Artista* y no vivió más de quince meses.

R. Balsa de la Vega

La honradez de Pi y Margall

Siendo Pi muy joven, hubo de ponerse al frente de una casa de comisión y giros. No eran ésas, por cierto, ni lo fueron nunca, sus aficiones; pero careciendo, a la sazón, de otros medios de subsistencia, el futuro presidente de la República Española, el que había de ser orador insigne de las Constituyentes, literato eximio, jurisconsulto notable, honra y gloria de la prensa periódica, aceptó, y lo aceptó con reconocimiento, el cargo que en esa casa de giros y comisiones se le ofrecía, y llegó a ser — pues tiene su inteligencia privilegiadísima múltiples aptitudes — llegó a ser peritísimo en asuntos bancarios y mercantiles.

Si los negocios de aquella casa hubieran ido bien, cabe en lo posible que Pi habría sido banquero opulento, viviendo alejado, por conveniencias profesionales, de las ardientes luchas de la política.

No sucedió así: la casa principal, establecida en Barcelona, suspendió sus pagos, y la sucursal en Madrid, al frente de la cual se hallaba Pi, hubo de entregar a la sindicatura de la quiebra *ocho mil reales* que se le reclamaban.

Pero Pi no entregó los *ocho mil reales* reclamados, sino *sesenta y cuatro mil* que obraban en su poder, y de los cuales la casa no tenía noticia alguna.

Al hacer la entrega de aquellos *cincuenta y seis mil reales* que nadie reclamaba y que hasta se resistían a recibir los síndicos de la quiebra, Pi poseía por todo caudal *veinte pesetas* y se quedaba sin destino indefinidamente.

Pi, hombre maduro ya, curtido en los combates de la vida, llegó a ministro y a la presidencia del gobierno, cayó del poder y no renunció su cesantía de ministro por no contradecir con sus actos lo que en contra de las cesantías había sostenido con su palabra.

Estos rasgos caracterizan al hombre. Pi fué el único ex ministro español que, pudiendo cobrar cesantía, no la cobraba.

Seguimos superándonos...

... y es así como, el desarrollo de la Industria Argentina, se refleja en el perfeccionamiento técnico de TORTOSA Hnos.

Chapas

Globo y Ostrilión

de 6' a 10' Nº 26

de 6' a 12' Nº 24

PRECIOS NETOS

CELOSIAS DE HIERRO

Tirantes de hierro

Doble I

del 0.08 . . . . . . $ 1.19
del 0.10 . . . . . . „ 1.62
del 0.12 . . . . . . „ 2.19
del 0.14 . . . . . . „ 2.80

el mt. lin.

Puertas

Nº 11042	Nº 10160	Nº 13600
De mts. 2.00 × 0.70 $ 19.60	De mts. 2.00 × 0.80 $ 63.95	De mts. 2.00 × 0.75 $ 20.40

Ventanas

Nº 71030	Nº 60206
De mts. 1.40 × 1.00 $ 19.75	De mts. 1.40 × 1.00 $ 42.75

EN 4 HOJAS

2.035 × 1.025 $ 34.40
2.235 × 1.125 $ 39.15
2.835 × 1.125 $ 46.55
3.235 × 1.125 $ 51.50

... Y MIL MEDIDAS MAS.

Pino TEA
Pino SPRUCE
Pino OREGON
Pino PARANA

Maderas

Puertas; ventanas; portadas; balcones; rejas; frentes y cabriadas.

Herreria en General

OBSEQUIAMOS



este banquito a todo comprador por cada puerta o ventana que adquiera.

TORTOSA Hnos.

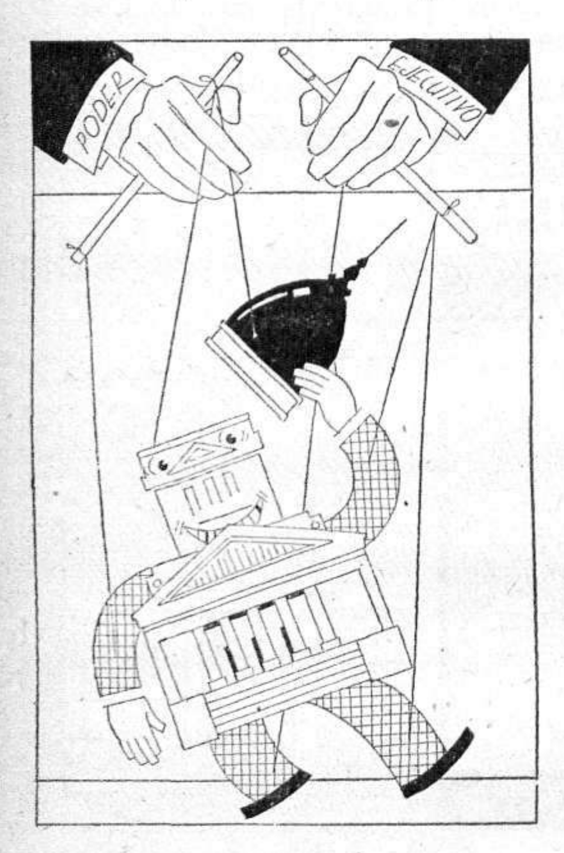
LA CASA MAS POPULAR EN SU RAMO

Exposición y Ventas: CHARCAS, 2950.

Administración y Talleres: CHICLANA 3341.

BUENOS AIRES

Parlamentarias



El Congreso ante el Día de la Raza

El *Oficial de Sala* al asociarse a la fecha solemne del 12 de Octubre, abre viejas páginas del Diario de Sesiones y deja que desde ellas hablen quienes con bellas iniciativas se asociaron al culto de la raza, para mantener encendida en esta parte de América la llama creadora del genio latino y el culto de sus bravos conquistadores.

En el año 1906, con motivo de votarse la ley que autorizaba al Poder Ejecutivo para aceptar el monumento a Cristóbal Colón que los residentes italianos ofrecieron a la Nación, dijo el diputado don Juan Antonio Argerich:

"*...En el país no existen colectividades extranjeras ni en el concepto de la Constitución ni en la definición del vocablo siquiera...*"

A su vez agregó el diputado don Andrónico Castro:

"*... porque en verdad, no hay colectividad ni colonias extranjeras; todos los hombres que vienen a esta tierra se funden en el molde de la nacionalidad argentina; no hay más que residentes...*"

En el año 1908, haciéndose eco de un deseo de los residentes españoles y traduciendo un anhelo propio, dijo el diputado Manuel Carlés:

"*... Deposito en secretaría mil adhesiones de beneméritas comunidades españolas que coparticipan y con sus votos prestigian el propósito de solemnizar el 12 de Octubre, como día festivo en nuestras efemérides nacionales. Argentinos y españoles, hermanos del mismo origen, juntos hemos vivido la existencia patriarcal en las épocas lejanas, cuando formábamos la misma familia en la casa solariega de los abuelos coloniales...*" "*...Glorias y vicisitudes comunes constituyen la historia de la raza...*" "*...No existe fecha más memorable en la historia del progreso humano que aquella que descubrió nuestro continente a la admiración de los siglos, suceso inmortal, gloria exclusiva del genio español...*"

En el año 1910, el diputado don Pastor Lacasa, al fundar un proyecto de ley para la erección de un monumento a la memoria de Isabel la Católica, rinde en ella un homenaje a las virtudes de la mujer latina:

"*...a esa mujer sublime e inspirada, única en medio de esa odisea amarga que tuvo que recorrer el insigne genovés, supo apreciar y comprender, por nobles y delicados sentimientos e ideas su proyecto, prestándole todo su concurso, entregando los recursos escasos de su reino de Castilla y comprometiendo también hasta sus propias joyas...*"

Hay que cuidar la tradición de la raza

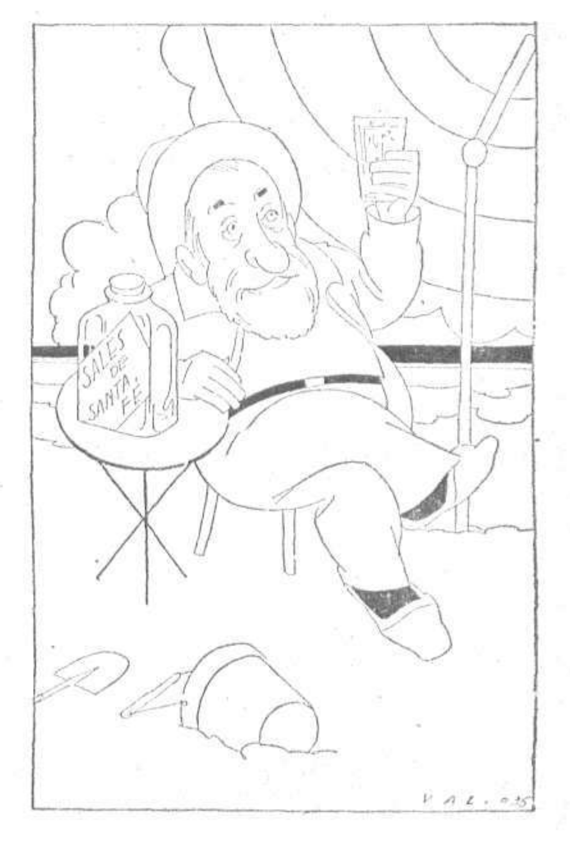
El parlamento en América, en América española particularmente, debiera ser un símbolo: el símbolo de la independencia ciudadana. Tenemos un origen eminentemente popular y una tradición fija en las más profundas raíces de la raza, nos vino con los primeros conquistadores y nos dice de los "fueros" parlamentarios. La República Argentina, que por evidentes razones de cultura, capacidad económica y progreso, marcha a la vanguardia de sus hermanas continentales, debiera ser por una obvia y lógica razón la depositaria de esa autonomía parlamentaria. Autonomía que nos viene como un legado desde el ayer remoto de la

Por El Oficial de Sala

conquista y celosos de la cual la incorporaran nuestros constituyentes al dar forma definitiva a la organización nacional.

Pero la venalidad — llámesele politiquería o conveniencia, seamos rudos en el vocablo y no nos engañemos con eufemismos, — unida a la falta de carácter de los parlamentarios ha transformado al Congreso en un mero, dócil instrumento del Ejecutivo; así se acciona y se resuelve de acuerdo con los mandatos de esa otra rama de la administración. Es curioso y risible, nuestros legisladores, que en cuestiones pequeñas confunden los fueros personales con los que emanan del cuerpo, haciendo todo un drama al sentirse rozados, los olvidan lamentablemente cuando se agravia la soberanía que el pueblo ha delegado en ellos.

Han corrido cinco años desde el día en que, con frases grandilocuentes, se ofició el "requiem" de los representantes genuflexos (gráfica frase con que Juan Pueblo motejó a aquellos que defraudaron su mandato y bastardearon su investidura). Sin embargo, estamos igual que entonces. ¿Igual? No señor, estamos peor. Peor, porque la situación de entonces, fatal y peligrosa, tenía la disculpa, leve es cierto, pero disculpa al fin de los valores que surgen en un momento de transición. Actualmente los que se arrogan la representación popular forman una mayoría, que, consciente de sus actos, olvida un juramento solemne e incurre en los mismos errores que desde el llano tuviera el valor de estigmatizar.



¡Qué lejos estamos de aquellos varones que un día en defensa de sus fueros dijeran a un bravo rey español: *"Cada uno de nosotros vale tanto como Vos y todos valemos más que Vos"!*

SE DICE EN LOS PASILLOS...

Que el senador electo por Santa Fe doctor Parera, presentó su renuncia de tal, para evitar la intervención a su provincia y se agrega que a esta maquiavélica actitud no es ajena la inspiración de don Lisandro.

— Que Prometeo, como es natural, no ha visto con buenos ojos esa renuncia.

— Que al discutirse esa intervención salieron a relucir los discípulos de Yrigoyen.

— Que después de esta intervención, los radicales, a más de contar con la adhesión de los entrerrianos, contarán con la de los demócratas progresistas de Santa Fe...

— Que el traslado de los "transeúntes" de Corrientes, correrá en lo sucesivo por cuenta del Gobierno Federal, quien en breve les dará alojamiento provisorio en la provincia de Buenos Aires.

— Que resultó erudito el discurso del senador Cantoni, oponiéndose al proyecto de postergación de las elecciones. A un diputado que lo escuchaba le oí afirmar que tal erudición no era de extrañar, dada la práctica en la materia desplegada por el doctor Cantoni como gobernante en su provincia.

— Que el discurso del senador Sánchez Sorondo sobre este mismo tema, fué para unos un sinapismo y para otros una definición sugestiva.

— Que el senador Eguiguren, al referirse a lo mismo, quedó bien con su conciencia y con los que ha reavivado adormecidas afinidades.

— Que los legisladores han vuelto a su niñez, haciendo del "cuarto intermedio" un juego de escondite.

— Que de esta postrer "cinchada política" quien sacará mejor tajada será el Poder Ejecutivo, y ya no tendrá que aparentar, pues el receso sin prórroga ni extraordinarias le permitirá veranear tranquilamente.

— Que durante este veraneo cada cual tomará las sales que convenga a sus males.

— El Poder Ejecutivo tomará "sales de la Situación". Don Lisandro sales de Santa Fe, etc.

Patios toledanos

Situada sobre un peñón que ciñe el caudaloso Tajo, aparece Toledo como recostada, descansando los pies en su hermosa vega y arrullada por el murmullo de las corrientes. Por todos lados presenta un aspecto digno de su alto renombre y excede en belleza a la idea que de la ciudad formara el viajero, sea cual fuere el sitio en donde se coloque para admirarla. A modo de artístico trofeo agrúpanse los edificios en forma de anfiteatro, descollando por encima de todos ellos la maciza mole del Alcázar, y en el lado opuesto los botareles de la suntuosa Catedral, rodeados los dos edificios de iglesias y hospitales, casas y palacios.

Corte de los monarcas godos, de los moros y de los reyes castellanos, conserva por doquier restos de su antigua grandeza y de su pasado esplendor. En las calles y plazas, en el interior de las viviendas, en los monumentos, en las torres y hasta en el interior de los templos aparecen vestigios moriscos, galanas muestras de ingenio y habilidad de aquellos célebres alarifes que tantas joyas crearon, ya enlazadas a la gótica ojiva, ya incrustados en obras del Renacimiento, no proscritos por completo por el exclusivismo grecorromano. Entre ocultos escombros o en el fondo de obscuras mansiones, recuerdan aún los primores de Granada o de Sevilla el rico ornato con que los nobles toledanos de los siglos XIV y XV vestían los muros y techos de sus estancias, y brillan en sus mutilados restos los luminosos reflejos del arte morisco que paulatina y malaventuradamente van extinguiéndose.

Raras son en las antiguas casas de Toledo las muestras del arte propiamente cristiano, descubriéndose a primera vista cuánto preferían para el uso doméstico sus moradores el caprichoso lujo oriental a la gótica elegancia y a la minuciosidad plateresca, que con tanto brillo campean en los edificios públicos.



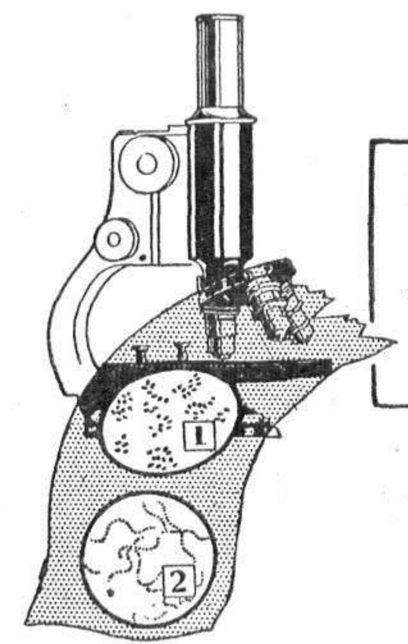
La película sobre los dientes es peligrosa

Véala con un microscopio



Esto es lo que halla el hombre de ciencia al analizar la película sobre los dientes:

1. Una especie de lactobacilo que, según muchas autoridades dentales, es causa de las picaduras de los dientes.
2. Una especie de estreptococo piógeno.



VISTA con microscopio, la película encierra muchas clases de microbios vivos. Entre ellos, el lactobacilo —"germen de las picaduras de los dientes" — que despide un ácido que destruye el esmalte de los dientes. El único medio que la ciencia aprueba para eliminar los microbios de los dientes es eliminar la película en que se multiplican.

La película resiste todos los procedimientos comunes de limpieza. Por eso es que los laboratorios de Pepsodent han creado un material nuevo y revolucionario para eliminar la rebelde película. Este nuevo material de limpiar y pulir sólo se encuentra en Pepsodent. Elimina la película con rapidez y sin peligro. Limpie sus dientes con Pepsodent dos veces al día — vea a su dentista a lo menos dos veces al año.

Muestra Gratis



LABORATORIOS DE GUIDO HORVATH,
MONROE Esquina COLODRERO,
BUENOS AIRES

Sírvanse enviarme gratis un tubo de Pasta Dentífrica Pepsodent para diez días. Les remito 10 cts. en estampillas de correo para el porte.

Nombre ....

Dirección .... *Ciudad* ....

4-4-S.

El encanto del idioma italiano

ENTRE las lenguas romances el italiano es la música. Eso lo aceptan, porque lo comprenden, cuantos espíritus delicados se consulten. La expresión italiana es producto y consecuencia de una labor genial colectiva, en la que han dado el tono hombres pertenecientes a la crema y nata de la evolución perfectiva. La expresión italiana sabe llegar en sutileza y precisión al fondo mismo de la psicología. Y lo hace con vivo encanto musical.

Los idiomas nacidos en Roma tienen en el italiano un hermano mayor digno del más abierto respeto. Desde sus comienzos como medios comunicativos de las almas, los idiomas romances fueron acentuando, intensificando, sus capacidades analíticas, hasta llegar a donde han llegado. En italiano, el alma humana, el pensamiento, el espíritu, la idea, tienen hoy un instrumento poco menos que perfecto — ya que concretamente perfecto no existe nada todavía en este mundo.

Poetas de los mayores caudales que ha tenido la sociedad humana de todos los tiempos, han trabajado, han burilado, han vivificado, han cristalizado la lengua italiana, hasta culminaciones como las que los estudios, los infinitamente sensibles, los sutilmente comprensivos, encuentran en la obra d'annunziana. No nos refiramos aisladamente a los otros magos: a Dante el divino, a Petrarca, a Pascoli, a Virgilio, a Carducci, a Stechetti, para no nombrar, al hilo de la rápida memoria, sino a los genios más preclaros, a los artistas magistrales, que han hecho la lengua italiana.

Luego, y fundamentalmente, esta preciosa lengua es hablada por un pueblo de elección, cuyas tradiciones forman el acervo de la verdadera cultura civilizadora.

La Defensa Holandesa



Este relato fué narrado antes de la época del gran Staunton, cuando aun no se había codificado las aperturas en el juego de ajedrez ni computado, con precisión casi matemática, las diversas respuestas y variaciones.

Es un relato de Rusia, de la Santa Rusia, con cierta semejanza a una narración popular y quizás, como todas las creaciones del folklore, se ha incorporado algunos agregados que, si no del todo fieles a la verdad, le prestan encanto, sin perjudicar ni disminuir el tema principal.

Lo escuché de labios de mi padre, hace muchos años, en ocasión en que jugábamos al ajedrez. Era yo un principiante en el juego y recibía continuas indicaciones sobre las respuestas a las diversas aperturas, pues mi padre, aunque no descollaba como jugador, poseía conocimiento profundo de la teoría.

Recuerdo vívidamente aquella mañana. Mi padre, jugando con blancas, abrió con peón de la Reina hasta Reina cuatro y yo repliqué con peón del Alfil del Rey cuatro, respuesta legítima a la llamada Defensa Holandesa.

Tengo bien presente la expresión de sorpresa, casi de excitación, que manifestó mi padre ante esa simple jugada mía. Me preguntó dónde la había visto, quién me la había enseñado, cuando le dije que había sido resultado de un impulso más bien irreflexivo, lo noté vivamente emocionado, cosa que me llamó la atención, pues era hombre de temperamento muy sereno. Díjome que la única vez que había visto practicar la respuesta P-A3 fué cuando el maestro Pilisbury jugaba una partida a ciegas. Lo recordaba con toda claridad a causa de una historia que le habían contado. Nunca había visto impresa esa historia. Se la refirió su padre, mi abuelo, quien, a su vez, la escuchó de su padre. Quizás, agregó, me tocará a mí trasmitirla algún día.

Hace muchos años — comenzó a decir mi padre, — un hombre, por cierto más joven que yo, enseñaba el ajedrez a su hijito. El niño no tenía más de cinco años y el padre no contaba aún veintitrés. En aquellos tiempos la gente se casaba muy joven. A la edad de trece años un muchacho era ya un hombre, en cuanto se ganaba un salario. A los dieciséis se casaba. Mediante la ayuda de las dos familias se instalaba el nuevo hogar. A veces, un estudiante que se casaba partía en seguida para continuar sus estudios en la universidad y los dos suegros costeaban los gastos de su educación, pues en aquellos tiempos y en aquel país una educación superior era lo más a que se podía ambicionar.

Esos matrimonios solían ser extraordinariamente acertados, pues para considerarlos de antemano como un contrato irrevocable, se los tenía en honor y respeto. No nos atreveríamos a decir que no había matrimonios desgraciados, pero en general, el sistema era eficaz y sigue siéndolo. Chaim Morganstern no había visto a su esposa hasta el día en que se encontró con ella en la sinagoga. Y fué el día que se casaron Sin embargo, no había en la aldea pareja más feliz. Bien; cierto día el padre se hallaba sentado en el patio de la casa, enseñando a su hijo las reglas del ajedrez. En aquellos tiempos las reglas de ese juego eran poco variadas y no se se conocían universalmente las aperturas. Cada jugador experto ideaba su propia apertura y cuando se encontraba con otro exponente procedía a comparar y a seleccionar variaciones.

Chaim Morganstern era ya un ajedrecista de cierto renombre y su ambición consistía en hacer de su hijo, primero, un estudioso ilustrado y, luego, un buen jugador de ajedrez. Por eso le enseñaba las jugadas aunque el niño contaba sólo cinco años de edad. Este ya había demostrado promesas de aptitudes para las más serias ocupaciones de la vida. Probablemente, llegaría a ser Rabino, un hombre erudito en ciencia religiosa, el título más alto que la comunidad podía otorgar. El padre imaginaba el porvenir del niño y sonreía complacido. En verdad, la vida valía la pena de ser vivida. Durante seis meses enseñó al niño, con laboriosa paciencia, los rudimentos del juego. El alumno era singularmente atento y en el preciso día de que hablamos el padre lo instruía en esas aperturas que ahora conocemos con distintos y extraños nombres. Momentos hubo en que el padre debía

recurrir a todas sus facultades para defender su Rey de marfil de los precoces ataques del niño pero siempre en su corazón alentaba la esperanza de ser algún día derrotado por el hijo y de que, al salvarse con dificultad de una situación peligrosa, caería en otra no menos grave. Pero todavía la memoria y el ingenio del padre eran suficientes para contrarrestar los esfuerzos del hijo.

Y sucedió un día que al abrir el padre la partida con el Peón de la Reina, como acabo de hacerlo yo, el niño respondió exactamente como lo has hecho tú, con la diferencia de que tú lo hiciste por casualidad mientras que en aquel niño la jugada fué el resultado de un pensamiento constructivo, al punto de que el padre, tomado de sorpresa por esa jugada aparentemente trabada, cometió un error y por primera vez ganó el niño. Difícil decir cuál de los dos experimentó mayor contento, pues el niño demostró el suyo de una manera puerilmente bulliciosa.

Más tarde el padre analizó a solas esa apertura; la analizó como días antes lo había hecho el niño sin darse cuenta. La jugaron otras veces y ensayaron variaciones y sorpresas, pero el niño nunca ganaba a no ser que el padre dejara vagar el pensamiento y, distraído, cometiera un error. Sin embargo, no había en la aldea quien resistiera treinta jugadas contra el prodigio.

Inesperadamente, una noche cayó el golpe terrible del Destino. En la primera noche de la festividad de Pascua, cuando ya había comenzado la celebración y la obscuridad se posaba sobre las fachadas en-



jabelgadas de las casas, una obscuridad más densa cayó sobre los miembros judíos de la comunidad. La suave quietud del anochecer invernal fué de pronto sacudida por el tumultuoso galopar de una banda de jinetes. Cuantos vivían en las casas de la entrada del pueblo se pusieron de pie, pálidos, mordiéndose los labios. Aun los niños que no podían comprender el significado de ese tamborileo siniestro se quedaron silenciosos como si presintiera que se aproximaba el Angel de la Muerte.

Los Morganstern vivían en un extremo de la aldea, donde se habían levantado las construcciones más recientes. Les llegó el ruido de los cascos confundidos con alaridos de borrachos; no borrachos de alcohol, sino de avidez de sangre humana. En toda la aldea se propagó el grito: ¡Vienen los cosacos! Las madres abrazaron a sus hijos de pecho mientras los otros, aterrorizados, se aferraban a sus ropas. El *pogrom* había comenzado y Chain Morganstern se preparó para la fuga. Sólo se demoró el tiempo indispensable para ponerse gruesos abrigos y botas, pues hasta que se alejaran los cosacos debían permanecer ocultos en el campo. Hizo salir por la puerta del fondo a su mujer y su hijo y cuando a su vez se disponía a salir, lo detuvo una idea súbita: la de atrancar la puerta principal para ganar unos minutos de ventaja. Aseguró, en efecto la puerta; dejó encendida la lámpara de aceite y volvió corriendo a la salida del fondo. En el instante en que la trasponía sonó un tiro de fusil y Chain Morganstern cayó de bruces.

No vió al corpulento soldado que se le aproximó para quitarle la bolsita de monedas de oro que las víctimas de las persecuciones solían llevar siempre consigo para un caso de fuga, ni sintió las dos puñaladas que le infirió el soldado, enfurecido de despecho al no encontrarle nada. Si hubiese despertado, tampoco se habría dado cuenta pues un



cuchillo era un objeto demasiado valioso para dejarlo en el cuerpo de un ser tan mísero como Chaim Morganstern.

Lo encontraron al día siguiente. Monchnikoff, el zapatero, lloró sobre el cuerpo postrado de su amigo judío y lo llevó a su casa. Le había puesto la mano debajo de la chaqueta para sentir si el corazón latía y la apartó bañada en sangre.

Cuando Petrovich, el doctor, vió el cuerpo frío, se dejó caer y lloró amargamente, pues Morganstern había sido gran amigo suyo. Los habitantes de esa aldea eran gentes sencillas y temerosas de Dios. Petrovitch se asombró y Monchnikoff fué presa de terror cuando Chaim Morganstern se incorporó en el lecho donde lo habían dejado y preguntó si su mujer y su hijo se hallaban en salvo.

No le dijeron la verdad. No podían decirle que el cuerpo de su esposa yacía, horriblemente maltratado por los cosacos, a un centenar de pasos del lugar donde se encontraban. En cuanto al niño, nada se sabía. Eran muchos los que habían desaparecido. Quizás pronto, con el deshielo, se descubrirían los cadáveres de algunos, pues la nieve, que no había cesado de caer durante esa noche sangrienta, cubría todo con un manto blanco, salpicado acá y allá de una mancha rojiza que señalaba a una víctima del fervor religioso.

El padre, aunque era hijo de una raza acostumbrada al sufrimiento, padeció un dolor tan intenso como indeleble, pero en su amargura no abandonó el estudio de los textos sagrados; quizás recurrió a él con mayor ahinco, como a un alivio de su aflicción.

Era un hombre joven todavía cuando partió para Berlín como rabino. Joven en años, pero en realidad viejo. No era sólo el cabello cano que le daba ese aspecto de senectud. Los ojos, los labios, todo él, en fin, decía de la sabiduría de la vejez y muchos, judíos y gentiles, iban a verlo en procura de consejo. No permaneció mucho tiempo en Berlín. Se trasladó a París, donde su fama le había precedido y lo conocían como "el rabido joven". Hallándose en París contrajo una de esas amistades peculiares que se cuentan de vez en cuando, una amistad que habría sido imposible un siglo antes. En una reunión social a la que el joven Rabino había sido invitado a causa de su interesante conversación, mantuvo suspensos de su palabra a un grupo de cultos ancianos. Hablaba corrientemente el alemán — pues en aquellos tiempos el llamado *yiddish* se aproximaba mucho al alemán, — y en esa ocasión conoció casualmente a un prelado italiano, el cardenal Lefitte. El cardenal, hombre eruditísimo, había estudiado el hebreo y aprovechó la circunstancia para interrogar al Rabino sobre diversas interpretaciones del Antiguo Testamento y de los Comentarios.

El Rabino, complacido de la oportunidad que se le brindaba para hablar de un tema predilecto, se entregó a una larga disertación. Largo rato después de haberse retirado la mayor parte de los invitados, los dos eruditos permanecieron en un rincón penumbroso de la antesala, arguyendo y teorizando. El Rabí Morganstern prometió que si alguna vez llegaba a Roma, visitaría al cardenal.

De París se trasladó a Inglaterra y después de corta permanencia en este país, regresó al Continente. En todas partes ese hombre de mirada triste era bien recibido, pues en aquellos tiempos los miembros de todas las iglesias jugaban al ajedrez. La única pasión oficialmente permitida por los ascetas de la época era el ajedrez. Chaim Morganstern tenía fama de buen jugador. Algunos decían que nunca lo habían derrotado; pero otros advertían que solía ser víctima de extraños accesos de carácter. Cierta vez, mientras jugaba en Bath, en Inglaterra, se levantó de pronto, después de las primeras jugadas, descompuesto el rostro, recogió bruscamente las piezas y se negó a seguir jugando. Pero, fuera de esso lapsos, jugaba con frecuencia y normalmente bien.

Transcurrieron muchos años de los cuales poco o nada se sabe en cuanto a la historia del Rabino. Debió de haber atravesado muchas vicisitudes, como lo hacen suponer sus escritos que hasta hoy se conservan. Viajó mucho, siempre recibido con honores, pues todos miraban con respetuosa simpatía a ese hombre que en la juventud había alcanzado fama, surgiendo de obscura condición y del cual sabían muy poco aun sus amigos íntimos. Nunca volvió al país que le había dado nacimiento, pero no protección. En dos ocasiones estuvo en Italia pero no llegó hasta Roma. La primera vez una peste que asolaba esa ciudad le impidió llegar cuando viajaba por el sur de Lombardía y la segunda vez que tuvo intención de visitarla, una enfermedad le obligó a trasladarse a clima más benigno.

Transcurrían los años, sin debilitarse esa amargura que le embargaba desde la juventud: una amargura que impregna sus últimos escritos. Se estableció en Holanda con la intención, al parecer, de concluir sus días en este país. Sucedió entretanto que el cardenal a quien conoció en París y prometió visitar dos veces, fué elegido Papa. En el décimo aniversario de su pontificado, cuando cumplía los 93 años, edad en que, aun un Papa, comienza a medir sus días, el Rabí Morganstern, entonces de 74 años, recibió de su antiguo amigo, a quien no había visto sino una vez, una respuesta a su mensaje de congratulación y una invitación para que emprendieran un nuevo viaje a fin de conocer esa parte de Italia que nunca había visitado y cumpliera en ella los 75 años.

Quizás no fué sólo el deseo de ver al Papa lo que movió al Rabí Morganstern a realizar el viaje; hay quienes insinúan que el clima de Holanda no era propicio para su salud declinante y que anhelaba el tibio aire de Italia. En aquellos tiempos un viaje era empresa larga y ardua. Antes de que el Rabino llegara a Italia murió el Papa y fué elegido otro. El Rabino no tuvo noticia de estos sucesos sino cuando llegó a Florencia y en esta ciudad permaneció hasta que pasaron las ceremonias con que celebraron la nueva elección. Al llegar a Roma comprobó que la fama le había precedido, la fama de jugador de ajedrez; pero también había en Roma personas que conocían el motivo de su visita y a quienes había conocido en otras partes, de suerte que fué recibido como correspondía a un hombre de gran cultura.

El nuevo Papa era, como otros muchos eclesiásticos, según ya he explicado, aficionado al ajedrez. Por esta razón y porque, además, era versado en hebreo, el Papa, que por entonces escribía una disertación erudita, invitó al Rabino a que fuera a verlo. No era la primera vez que se celebraban entrevistas semejantes.

Y en razón de que él, a su vez, respetaba por su ilustración al hombre que, relativamente muy joven, había llegado al trono pontificio, el Rabino aceptó la invitación. Y fué así como un día cruzó los límites del Vaticano y conversó con el Papa sobre diversos temas. Mientras debatían eruditas cuestiones, olvidaba uno que el otro era Papa y éste a su vez que debía hablar como un canon de la Iglesia.

Al caer la tarde, el Papa, deseoso de prolongar la compañía de su visitante, le propuso una partida de ajedrez. Fueron encendidas las lámparas y los dos hombres se sentaron delante de las piezas. Ambos se brindaron la ventaja de la primera jugada, pero, eventualmente tocaron las

blancas al visitante. De súbito, apenas iniciado el juego, se le ocurrió al Rabino el deseo de vencer a ese adversario que era la cabeza de la Iglesia y el hombre más eminente de la Cristiandad. Notó la curiosidad ansiosa de los circunstantes y dióse cuenta de que el prelado sentado frente a él debía de ser un jugador de grandes recursos. Indagó en su memoria el nombre del adversario a quien sin duda conocía como ajedrecista famoso, pero para él no era más que Pío y un número. Por otra parte hacía mucho tiempo que no jugaba partidas importantes y poco sabía de los jugadores nuevos.

Eligió la apertura que ahora llamamos del Peón de la Reina. Había practicado o visto todas las variaciones razonables que permitía. Abrió con P-D4. Tuvo por respuesta P-A4, es decir, la defensa que ahora llamamos Defensa Holandesa. Siguió con el Peón de D-A4 y al mover la pieza sintió el Rabino que se le oprimía el corazón recordando el día en que había enseñado a su hijo esa misma jugada. El Papa replicó en el Peón de Alfil. El Rabino se disponía a mover su Caballo, cuando le llamó bruscamente la atención lo inusitado de la defensa del Papa. Pues para su adversario significaba derrota segura arriesgarse en esa variación si no la conocía profundamente. Una de dos: esa jugada era un grosero error o resultado de una resistencia sólida y bien calculada.

Desarrolló maquinalmente jugada tras jugada y advirtió pronto que su adversario jugaba con igual rapidez y al parecer reflexionando tan poco como él, de suerte que llegó a la conclusión de que ese hombre era un genio o que tenía ya elaboradas todas las variaciones de esa apertura, lo que venía a ser lo mismo.

Al llegar a la duodécima jugada con negras, el Rabino se puso de pie reprimiendo un grito. Nadie conocía esa duodécima jugada, ese "lazo" de la defensa, nadie, excepto él y otra persona. Nunca la había vuelto a emplear desde hacía cincuenta años y la otra persona había muerto... ¿Acaso no había orado por ella durante una semana? ¿No dejó de rasurarse durante un mes? Con una expresión afín al terror el Rabino miró al Papa y sus labios secos intentaron proferir la pregunta: "¿Quién sois?", pero no omitieron sonido alguno.

El Papa también se había puesto de pie al ver la expresión de asustada angustia de su adversario. No acertaba a explicarse esa emoción súbita ni la relacionaba con el juego, pues había empleado esa defensa muchas veces, particularmente con aquellos a quienes deseaba derrotar. Solía encontrar siempre alguna variación para combatir a los que le hallaban respuesta. No pensó, pues, que la causa estuviera en el tablero y, solícitamente preguntó al Rabino si se sentía mal; pero éste, incapaz de pronunciar una palabra continuaba clavándole una mirada tan extraña que el Pontífice comenzó a sentirse incómodo.

Por fin habló el Rabino.

—La respuesta a esa jugada es ésta — dijo; y sin apartar la mirada de su adversario, tomó en vez del Caballo, un Alfil, e hizo una jugada al parecer de poca importancia.

El Papa demostró cierta sorpresa.

—Indudablemente sois un buen jugador — dijo.

— Sólo una vez y eso hace muchos años vi a un hombre ejecutar esa jugada.

Miró al Rabino que parecía escucharlo con el cuerpo todo, como un animal pronto a abalanzarse, brillantes los ojos.

—Continuad — dijo el Rabino con acento tan imperioso que molestó a los circunstantes; pero el Papa obedeció:

—Fué hace muchos años. Esa jugada me la enseñó un judío, mi maestro de hebreo. Fué poco antes de que yo padeciera una enfermedad terrible, a los seis años de edad. Mi padre, que era un soldado ruso, me llevó a Moscú. Muy poco sé de mi historia antes de ese tiempo y, en realidad, no recuerdo nada. Mi padre me dejó en un convento y partió para la guerra. Debió ser muerto en algún combate. El caso es que nunca regresó. Más de una vez he pensado en el hombre que me enseñó el hebreo, tan útil más tarde para mis estudios eclesiásticos. Si hubiese sabido su nombre o algún otro indicio de él lo habría hecho buscar con el propósito de agradecerle y recompensarlo. Me enseñó también el ajedrez y tengo cierta idea de que me hablaba de su religión. Pero la enfermedad borró de mi memoria todo recuerdo definido. Era sin duda un hombre bueno y en memoria de él cuando vine a Roma y llegué a cardenal, mi actitud fué siempre tolerante para los miembros de vuestra raza.

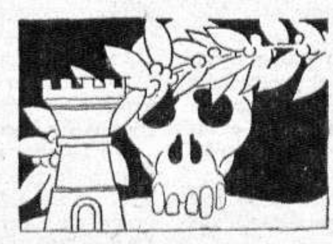
El Papa terminó de hablar sonriendo a su anciano interlocutor; pero, al parecer, éste no lo escuchaba. Balanceaba la cabeza como presa de un ataque. Creyeron algunos de los presentes que las palabras del Papa habían despertado en el fondo del alma del Rabino algún recuerdo terrible, pues a poco las lágrimas corrieron abundantes por sus mejillas. Alguien dijo en voz baja al Papa que ese anciano había perdido un hijo de tierna edad, asesinado según se creía. El Papa asintió compasivamente. Condujeron al Rabino fuera del salón y luego a su residencia, mientras el Papa se quedaba contemplando con tristeza la partida inconclusa.

Largo rato después se le ocurrió una idea súbita, la examinó rápidamente y llegó a la convicción de que ese anciano era el maestro de su niñez. Envió a buscarlo, pero ya habían transcurrido varias horas y el Rabino había partido de Roma.

No viajó lejos. La enfermedad lo postró.

El Rabí Akiba, de Florencia, que lo asistió en la hora de la muerte, se enteró de la verdadera historia y dice en su relato que: "El Rabí Morganstern, de Amsterdam, falleció apaciblemente una hora después de la puesta del sol en el tercer día de su enfermedad. Después de comunicarme lo que había sabido en Roma, volvióse hacia mí y díjome sonriendo: — ¿Verdad, Rob, que mi hijo llegó a ser un hombre ilustre por su saber?" Y recatando aun de mí la amargura que en ese momento debió embargar su corazón, no volvió a pronunciar palabra hasta el instante próximo al fin, cuando recitó el *shema*. El Papa supo en seguida de la muerte de aquel a quien suponía su maestro de la infancia y envió una corona que no pudo ser colocada sobre el féretro porque la religión lo vedaba.

Desde el día en que me contaron esta historia no he vuelto a emplear la Defensa Holandesa: veo en ella algo sagrado.



ERIC AMBROSE

DIBUJOS DE BATLLE

EL HOMBRE EN EL REMANSO

POR

E. PHILLIPS OPPENHEIM



El ex detective Malcolm Gossett se detuvo al borde del tosco y ruinoso muelle de madera y comprendió que, después de haber atravesado infinitas dificultades, tropiezos y tribulaciones, había hallado al fin el camino que buscaba, en el rincón más triste y olvidado de Dios que hay sobre la faz de la tierra.

Detrás suyo se extendían muchos acres de tierra pantanosa, empapada por las lluvias y sumergida en espesa niebla, atravesada por el angosto sendero serpenteante por el que había venido. Enfrente, a través de la bruma que se extendía hasta el horizonte, se distinguían las luces opacas de East End. La curva del río, señalada por el grupo de edificios, fábricas y depósitos que se elevaban aquí y allá en su rígida y portentosa fealdad, se extendía hasta los límites de su visión oscurecida. El hedor de algún producto químico envenenaba el aire. Entre él y el río había un denso mar de barro.

Inmediatamente debajo estaba su destino — un miserable remanso del río — y asegurado a una argolla de hierro, a sus pies, había una embarcación sucia y de mal aspecto, con su velamen mal recogido sobre las vergas y el puente embarrado.

La sola idea de que le había costado hora y media de viaje llegar hasta allí y de que, en caso de no cumplir ahora su misión, tendría que repetirlo, impedía a Gossett volver la espalda a este infernal conjunto y regresar al punto lejano en que había dejado esperando al taxi que lo trajo, cuyo conductor se había negado a seguir más adelante.

Se produjo un movimiento a bordo y se proyectó un rayo de luz. De la cabina bajo el puente apareció a medias una cabeza. Gossett tuvo que dominar un impulso de emprender una rápida e indigna retirada. Pero permaneció allí de mala gana.

— ¿Quién demonios es usted y qué es lo que quiere? — preguntó el presunto propietario del barco.

El sonido de esa voz sobresaltó a Gossett casi tanto como lo había impresionado desagradablemente el triste lugar. Un torrente de amenazas y juramentos habría parecido el complemento del ambiente y de la parte del hombre que estaba visible; pero la pronunciación lenta de Oxford, la suave laxitud de las palabras que oía, le produjeron la mayor sorpresa.

— Mi nombre es Gossett, Malcolm Gosset. He venido para hablar con usted de un asunto.

— ¿Qué clase de asunto? ¿Quién lo mandó a usted aquí? — fué la rápida contestación.

Gossett se inclinó hacia adelante. Estaba a cuatro o cinco pies sobre el nivel del puente.

— Una extraña para mí, debo confesarlo — replicó. — Una dama llamada Truslove.

— Bella Truslove! No me extraña su audacia. No sé quién es usted, señor, pero, dígame, ¿estoy como para recibir visitas yo aquí?

— Me parece — contestó Gossett, — que está usted en un lugar completamente inadecuado para todo, excepto para suicidarse.

— O para cometer un asesinato — dijo el otro con risa destemplada.

— Exactamente — prosiguió Gossett. — Con su permiso. Le pido disculpas por haberlo molestado y me retiro.

— No hará nada de eso — fué la respuesta inesperadamente enérgica. — Ya que está aquí, se quedará el tiempo suficiente para decirme cuál es el asunto que lo trajo.

— Su recibimiento no es muy estimulante — observó Gossett.

— ¿Todavía más censuras?

— Ya que usted me invita a ser franco, encuentro que su ambiente es desagradable y su barco nada seductor. ¡Buenas noches!

— ¡Oh, no! No puede irse usted todavía — replicó irónicamente el desconocido. — Puede ser que cambie de opinión antes de irse. Aun no ha visto mi cabina.

— Si es tan sucia como el resto del barco, no tengo el menor deseo de entrar a ella. Buenas noches, o sin buenas noches, me voy.

Un hombre alto, con pantalones de lana azul y tricota de pescador, sin corbata ni cuello, se presentó sobre cubierta. Sus cabellos estaban en desorden, pero sus facciones armonizaban con su voz. Lo que inmovilizó a Gosset un instante fué el fusil que tenía el hombre entre sus manos y cuyo caño parecía examinar.

— Esto, amigo — dijo el ocupante del barco, —

es solamente para vista. De vez en cuando me gusta cazar patos a esta hora, y precisamente estaba cargando las balas cuando usted llegó. Me sería doloroso tener que emplear esta arma con un fin menos inocente. Pero como no puedo aguantar más la curiosidad, me veo obligado a pedirle que baje a mi cabina y me diga para qué ha venido y qué es lo que quiere.

Gossett consideró la situación durante un momento. En un pequeño bolsillo, fácilmente accesible por la abertura de su "mackintosh", tenía un arma mucho más temible que el fusil que tan descuidadamente manejaba el hombre del barco y que evidentemente no tenía intención de utilizar. Se decidió y aceptó la invitación.

—Si quiere usted darme una mano...

El hombre hizo lo que se le pedía, pero por poca importancia que le diera a su fusil, era evidente que no quería renunciar a su aparente ventaja. Gossett dió un salto y lo siguió a la cabina. Bajo la luz de la lámpara de aceite, el hombre lo observó con curiosidad.

—Es usted un atleta, y sin embargo yo podría deshacerme de usted si llegara a molestarme. Tengo una innata aversión a los fusiles de caza cargados.

Abrió el gatillo, extrajo los cartuchos y deslizándolos en su bolsillo fué a dejar el arma en un rincón. Luego se sentó frente a su visitante, apoyándose en la mesa.

—¡Y bien, misterioso amigo! — dijo. — Y ahora ¿qué piensa de mi habitación transitoria?

La mirada de Gossett recorría el lugar con una curiosidad que no trataba de disimular. Era evidente que ese barco había sido utilizado como yate; las alacenas eran de caoba maciza y estaban bien conservadas. En una había botellas, principalmente de whisky y brandy, y en la otra, que permanecía cerrada, se veían libros de extraordinaria diversidad y calidad. Había un tomo de poesías de Verlaine exquisitamente encuadernado, media docena de volúmenes de Alfredo de Musset, una rara edición de Shelley y un Shakespeare. Sobre la mesa se veían el "Times", "La Revista Quincenal" y "El Siglo XIX"; por encima de todos se extendía un ejemplar de "Le Sourire".

—Ya es tiempo de contestar a mi pregunta ¿no le parece? — preguntó el extraño personaje. — ¿Qué le parece mi habitación? ¿Qué piensa de mí? ¿Qué es lo que le hizo interesarse en las vanas palabras de una aventurera algo "passée' y arriesgar su vida en semejantes lugares?

—Para decirle la verdad — respondió Gossett, — su habitación me parece horrible y creo que usted está loco. Pero, cualquiera que sea la ocupación de la dama cuyo nombre usted ha reconocido, lo cierto es que consiguió reunir diez libras, que me entregó como honorarios para que yo viniera a verlo y lo ayudara en lo que pueda. Ahora, lo confieso, he perdido el deseo de hacerlo. Probablemente usted no merece ayuda ni la necesita.

El dueño del barco se inclinó levemente. De sus labios había desaparecido el gesto irónico y su expresión se tornó aún más displicente.

—Antes de continuar — insistió, — dígame claramente quién es usted y cuál es su profesión.

Gossett reflexionó un instante.

—Es una pregunta razonable — admitió. — En un tiempo estuve empleado como detective en Scotland Yard.

Los músculos del hombre se pusieron tensos y sus ojos brillaron extrañamente. Gossett continuó con aparente indiferencia:

—Por varias razones llegué a cansarme de las limitaciones de mi situación. Comprendí que el criminal acusado de tal y aún el criminal verdadero, si es que ha llegado a serlo por causas involuntarias, merecen a veces una ayuda en el mundo y que podrían llegar a expiar su crimen. He encontrado una profesión para mí, aunque aún no tiene un título apropiado; pero en mi oficina en Macadam Street, 17, hay una chapa de bronce con el nombre de Malcolm Gossett y nada más.

El hombre del barco pareció tranquilizarse.

—Usted es un bicho raro — dijo. — ¿Quiere tomar algo?

—Dos minutos más que hubieran pasado sin hacerme ese ofrecimiento, y lo habría considerado una contravención a las reglas de la hospitalidad. Parece que está usted muy bien provisto. Me gustaría un vaso de whisky con soda.

El aludido trajo una botella, un sifón y dos vasos. Sonriendo ante la exigua porción con que se contentaba su huésped, se sirvió un vaso de whisky y le agregó soda.

—No hay nadie en el mundo que pueda ayudarme — declaró. — Pero no es culpa suya. Esto es lo único.

—Si usted bebe siempre whisky de ese modo, nadie tendrá voluntad de ayudarlo — dijo Gossett al ver que el otro dejaba vacío el vaso sobre la mesa.

—No sea tan duro conmigo, comisionista de aventuras — replicó el hombre.

Gossett se incorporó en su asiento.

—Si repite eso — dijo amenazante, — de un solo golpe lo mandaré a bañarse en ese sucio remanso.

Reinó un corto silencio. Del exterior llegaba el chapoteo del agua al paso de un barco. Era el único ruido que se oía. Los dos hombres parecían presa de la misma ansiedad, con los ojos fijos uno en otro. El primero en tranquilizarse fué el dueño del barco.

—Bueno — dijo. — Después de todo, Bella no es tan mala. Tiene conciencia. Gánese sus diez libras.

—Solamente puedo ganar mis diez libras si usted me dice cómo puedo ayudarlo. En caso contrario, deduciré los gastos que me ha ocasionado esta aventura y devolveré el saldo de mis honorarios... a su amiga.

—"Touché" — replicó el hombre, agradecido. — Usted no puede ayudarme, señor Gossett. Todavía huele a policía, y volvería a Scotland Yard si yo le contara mi historia.

—Precisamente es en eso que usted se equivoca, amigo, — replicó Gosset con firmeza. — En modo alguno estoy vinculado con Scotland Yard o con la policía. Puede contarme su historia, si es que la tiene, tal como podría referírsela a un abogado. Si puede ayudarlo, se lo diré, y si no puedo, le prometo que no será repetida ni una palabra de lo que me cuente.

—Cosa nueva es ésta, ¿no?

—Absolutamente. Es lo que he estado tratando de decirle desde que vine.

El hombre reflexionó.

—Bella no es tonta — monologó. — Supongo que sabrá lo que hace. ¿Nunca ha oído el nombre de Alejandro Hurlby?

—Sí. Es un nombre que casi hizo volver locos a todos en Scotland Yard — dijo Gossett confidencialmente. — El asesino de Alejandro Hurlby fué nuestra "béte noir" durante meses. Fué uno de los motivos por los cuales dejé mi puesto allí.

—Es halagador, al menos — observó el otro. — Yo soy Alejandro Hurlby.

—¡Cómo! ¡Si así se llamaba el hombre asesinado!

—El capitán Alejandro Hurlby, de la Guardia de Dragones, soy yo. Estoy bien muerto. Este es mi sepulcro y usted está sentado dentro de mi ataúd. ¿Otra copita de whisky?

Gossett se levantó y empujó la lámpara que colgaba de una cadena, de modo que diera la luz en el rostro de su vecino. Luego volvió a sentarse.

—¡Dios mío! — murmuró. — Tal vez sea cierto. Sí, quiero un poco más de whisky, pero con una condición: beba como cualquier ser racional, dos dedos y no más.

El hombre rió con cierta amargura mientras llenaba los vasos.

—¿Por qué voy a beber como un ser racional? contestó al servirse, esta vez, una cantidad razonable. — ¿No le he dicho a usted que yo no soy un ser racional? Soy un cadáver y éste es mi ataúd. Nada me queda ya en la vida sino emborracharme aquí y salir a robar por las callejuelas del otro lado del río, donde no va la policía; y luego volver aquí a disfrutar del producto del robo. Es mucho más digno beber aquí, como un caballero.

—Usted ganó una vez el Premio Newdigate, en Oxford — dijo Gossett, reflexionando. — Ha publicado tres tomos de poesías y uno de crítica. En la guerra obtuvo su D. S. O. y varias condecoraciones extranjeras. Cuando se retiró...

—Poco después fuí asesinado. De entonces acá he resuelto el misterio del purgatorio, que es algo peor que el infierno.

—Usted merece ayuda, sí. Cuando estuve en Scotland Yard, fuí ayudante del hombre que tenía entre manos su caso. Sé todo lo que le concierne. Ahora me alegro de haber aceptado las diez libras de Bella Truslove.

—Usted olvida una cosa.

—¿Qué cosa?

El capitán Alejandro Hurlby se levantó, inclinándose sobre la mesa en cuyo borde se aferraban sus manos. Su expresión, como su voz, eran amenazantes:

—Si yo no soy el asesinado, debo ser el asesino...

El ordenanza de la oficina de Gossett entró al despacho de su patrón, pocos días más tarde, para anunciarle:

—Está la misma señora que vino el jueves, señor.

—Que pase aquí.

Bella Truslove, en sus tiempos mejores, había sido una rubia luminosa. Pero ahora la luz había huído de sus ojos y cabellos, y tenía la actitud humilde y paciente de los fracasados. Vestía con suma modestia y había reducido a un grado mínimo el uso de pinturas y perfumes a que recurría. Entró tímidamente al despacho de Gossett y pareció sentirse incómoda cuando él se levantó a ofrecerle una silla. Cuando la puerta se cerró tras el ordenanza, habló con vehemencia:

—¿Lo ha visto? — preguntó.

—Estuve con él anteayer.

—¿Cómo lo recibió?

Gossett sonrió al decir:

—Al principio me pareció que no iba a escapar sin una bala en el cuerpo. Pero después nos entendimos.

—¿Puede usted ayudarlo?

Gossett se puso grave. El caso de Alejandro Hurlby empezaba a preocuparlo.

—Es algo difícil. Sin embargo, voy a intentar hacer algo, aunque me parece que hay un obstáculo insalvable.

Las pálidas mejillas de la mujer se colorearon levemente y una expresión de temor brilló en sus ojos. Se había quitado los guantes, y sus manos delgadas, cargadas de anillos de imitación, se entrelazaban con nerviosidad.

—Entonces ¿no hay nada que hacer?

—¿Y es usted quien me pregunta eso? Usted y yo sabemos que sólo hay una persona en el mundo que pueda libertarlo.

Había una profunda desesperanza en la expresión de Bella Truslove. Gossett contó varios billetes que sacó de su bolsillo.

—De todos modos — dijo, — su dinero no es necesario. No me di cuenta al aceptárselo. Todo lo que se haga, se hará sin dinero.

Y depositó los billetes en la mano temblorosa.

—¿Está seguro?

—Completamente.

La mujer abrió la cartera y guardó el dinero. El fajo de billetes fué a reunise con unas cuantas monedas y un pañuelo, muy perfumado pero no muy limpio.

—Si verdaderamente no hace falta este dinero, a mí me viene a maravilla. Una parte lo robé, y — agregó suspirando, — el resto ¡sólo Dios sabe lo que me costó conseguirlo! Señor Gossett, me han dicho que usted es tan inteligente, ¿puede hacer algo por él? ¿Puede sacarlo de ese infierno? No me diga que sólo hay un camino. El nunca ha hecho nada malo. Era todo un caballero.

Gossett se movió inquieto en su asiento. Comprendía que las palabras que tendría que decir le infligirían una tortura a esa pobre mujer. Se puso de pie y la acompañó hasta la puerta; tocándole amistosamente un hombro le dijo:

—Venga a verme pronto, así sabrá cómo van las cosas.

—Hasta la semana próxima, entonces.

Bella Truslove no volvió a presentarse en el despacho de Gossett, y por los diarios del domingo, que parecen tener una especialidad por esa clase de noticias, el ex-detective se enteró del motivo. Fué por casualidad que leyó el siguiente párrafo:

"Una mujer de mal genio es expulsada de la casa de un ministro del Gabinete por haber intentado forzar la entrada al despacho del conocido Par, habiendo sido arrestada por orden de Lord Hurlby".

Seguía luego una breve narración del caso, donde se manifestaba que una mujer, cuyo nombre era Bella Truslove y a quien la policía atribuía mal carácter, había sido conducida ante dicho magistrado y luego arrestada. La fisonomía de Gossett se ensombreció al leer esto.

A la mañana siguiente solicitó una entrevista al comisario jefe de Scotland Yard.

—Sir Henry — le dijo; — durante la última semana que estuve en el Servicio, le oí a usted hablar con desagrado de varios asesinatos no descubiertos. El caso de Alejandro Hurlby era uno de ellos. Creo tener oportunidad ahora de traerle una información que puede aclarar el asunto.

Sir Henry aprobó.

—Me ocuparé de usted, Gossett, si es capaz de hacer eso — prometió.

—Lo que deseo de usted en este momento, señor, es nada más que una simple carta de presentación para Lord Hurlby. Dígale solamente que soy un hombre respetable, que he dejado el Servicio por mi propia voluntad. Necesito tener una entrevista con él. Podría concedérmela igualmente, pero una carta suya me proporcionaría la oportunidad que busco.

Sir Henry accedió y llamó a un secretario. Gossett abandonó el edificio con la carta en el bolsillo. Pero asimismo encontró dificultades, y pasó una semana antes de que fuera introducido a la magnífica biblioteca de la casa de Lord Hurlby en Grosvenor Place. El secretario que lo guió, precediéndole, lo presentó con algunas palabras explicativas:

—El señor Gosset, Sir. Nos envió una carta del señor Henry Holmes la semana pasada, y usted consintió en recibirlo esta tarde a las seis y media.

Lord Hurlby levantó la vista de su escritorio.

—Venga cuando yo llame, Chaplin — dijo. — Espero que el señor... este... Gossett, no me ocupará mucho tiempo.

El secretario desapareció entre las sombras de la gran habitación y salió. Gossett, obtenido al fin su propósito, no se apresuró a comenzar. Estudiaba con ávida curiosidad la cara gris e impasible del hombre, que había hecho tan familiar la prensa ilustrada de todo el país. Una cara larga, de facciones rectas y duras, ojos gris oscuro y expresión inmóvil. No se parecía en nada al hombre del barco en aquel sucio remanso.

—Espero que no me ocupará mucho tiempo, señor Gossett — dijo Hurlby con tono levemente impaciente. — Colijo que su visita es por asuntos personales y no políticos.

—Mi asunto es personal — admitió Gossett. — Hasta hace poco fuí detective de segunda clase en Scotland Yard, y ayudante del inspector Grinan, quien se encargó de las investigaciones concernientes al caso del asesinato de su hermano.

—Investigaciones que no acreditaron mucho a Scotland Yard — contestó Lord Hurlby friamente.

—No me corresponde defender sus métodos — replicó Gossett, — porque ya no estoy vinculado con ellos. Puedo señalarle, no obstante, que éstos fueron ilícitamente dificultados.

—¿En qué respecto?

—En la insuficiencia de las informaciones.

—¿Su visita aquí está relacionada con las circunstancias de la tragedia? — preguntó Lord Hurlby. — Si es así, le advierto que no deseo discutirlas. Es para mí un tema penoso y definitivamente liquidado en cuanto me concierne.

Gossett sacudió la cabeza.

—Entiendo, Lord Hurlby — dijo, — que usted no desea volver a abordar el tema. Pero ahora ha llegado a ser necesario hacerlo.

Hubo un breve silencio. Un solemne reloj de pie, obra maestra de un famoso fabricante de la época Georgiana, hacía oír su sonoro tic-tac. Del exterior llegaban todos los ruidos del tráfico, casi hasta el "claxon" de los autos, amortiguados por las espesas cortinas cerradas.

—Se trata — preguntó Lord Hurlby tranquilamente, — ¿de un caso de chantaje?

Gossett no emitió ninguna protesta indignada. Pareció considerar el asunto.

—Tal vez usted lo considere así — reconoció. — Es cierta clase de chantaje. No he venido a pedir dinero, ni nada que el dinero pueda comprar.

—¿Y cuál es su objeto? En otras palabras, ¿cuál es su intención al visitarme? ¿Está usted procediendo por cuenta propia o por cuenta de terceros?

—Procedo por cuenta de la mujer que intentó ver a usted el otro día y a quien usted mandó a prisión — replicó Gossett. — Valiente, pero algo arriesgada, ¿no es cierto?

Lord Hurlby tamborileaba ligeramente con la punta de los dedos sobre el escritorio. Su indiferencia era magnífica.

—Supongo que usted no ignora lo que sucedió al otro chantajista — dijo.

—Lo sospecho — admitió Gossett. — Sin embargo, las condiciones son diferentes.

—No tan diferentes como usted cree. Pero usted me disculpará que le hable más directamente. Mi tiempo, como usted sabe probablemente, no me pertenece por completo.

—Le expondré la situación en pocos palabras — prometió Gossett, — las menos posible. Hace dieciocho años, Lord Hurlby, cuando usted era segundo secretario de la Embajada en Berlín y conocido como el Honorable Felipe Hurlby, hubo un disgusto a causa de una gran suma de dinero que, según se entendió, había pasado a manos de usted de manera no muy clara.

—Puede ser — dijo serenamente Hurlby. — Pero usted, que está tan bien informado, sin duda sabrá también que hubo una investigación secreta, por cuyos resultados fuí completamente vindicado.

—Debido — recordóle Gossett, — a la ausencia del testigo principal. Ese testigo ha obtenido de usted, de entonces acá, cerca de cincuenta mil libras en chantajes. Hace dos años fué a una de sus casas de campo en Cornwall para el pedido de costumbre. Usted confió en su hermano, con quien estaba entonces. De quién fué la idea, ignoro; quién cometió en realidad el asesinato, lo ignoro; pero entre ustedes dos mataron a Jorge Passiter.

—Una manera muy lógica de librarse de chantajistas — dijo Hurlby.

—Usted se libró muy bien de Passiter, pero la situación tenía sus peligros. Había miembros de la familia de Passiter que también conocían su secreto y que sabían que Passiter había venido a ver a usted. Como es natural, su desaparición despertaría sospechas. De cualquier modo que se dispusiera del cuerpo, había probabilidades de que se descubriera, y usted estaba más expuesto que nunca a ser víctima de chantajes.

Su proyecto para salir de apuros fué muy ingenioso. Según parece, Passiter era un hombre de la altura y grosor de su hermano, más o menos. Su hermano y él cambiaron ropas e identidades. Su hermano, caracterizado de Jorge Passiter, desapareció hábilmente. Passiter fué enterrado como el capitán Alejandro Hurlby. Una enfermera de hospital que atendía a su esposa, pero que también era amiga suya, ayudó a usted en los detalles. Es Bella Truslove, a quien usted mandó arrestar el otro día. No hubo dificultades con el certificado de defunción. El cuerpo estaba prácticamente irreconocible, y el médico local que firmó el certificado tenía más de setenta años.

Fué un excelente proyecto el suyo, porque la familia de Passiter, creyéndolo el asesino, no se ha atrevido a venir a molestarlo y han salido del país. Lo que usted no ha tenido bastante en cuenta es la terrible situación en que su hermano se encuentra. No puede ir a sus clubs, ni mezclarse con sus amigos, ni puede participar de la clase de vida que los hombres de su posición deben llevar. El mundo civilizado le está vedado. Yo no sé quién de ustedes mató a Passiter, pero es evidente que uno de los dos está pagando por ello.

—¿De dónde sacó esta sorprendente e interesante narración, señor... Gossett? — preguntó Hurlby.

—Para ser franco con su señoría — replicó Gossett, — es en gran parte una reconstrucción. He oído una parte de la verdad, y he visto a su hermano. Puede haber errores en la historia, pero en conjunto, creo estar muy cerca de la verdad.

Hurlby reflexionó un momento, y de pronto exclamó:

—Hay ciertas inexactitudes, señor Grossett, en

su... — ¿cómo dijo usted? — su reconstrucción, pero en el conjunto, los hechos salientes son ciertos. ¿Qué tiene usted que decirme? ¿Lo mandó mi hermano aquí?

— Ni sabe que pensaba venir.

— ¿Dónde está?

Su tono era indiferente, casi duro. A Gossett le pareció que en esos pocos segundos toda la fea historia se presentaba ante sus ojos en negro y blanco. El egoísmo brutal del hombre que tenía enfrente, sentado a corta distancia, con una expresión contenida de desprecio e ironía en los ángulos de su boca, aparecía nítidamente.

— Su hermano está viviendo solo, en la mayor miseria y necesidad, en un barquichuelo en ruinas que está amarrado en uno de los más sucios remansos del río. Está bebiendo con exceso, y creo que si continúa viviendo en esas mismas condiciones, dentro de pocos meses se habrá vuelto loco.

— ¿Y qué es lo que le interesa a usted de todo esto, señor Gossett?

Gossett se contuvo con un esfuerzo. Comprendió el pensamiento, por no decir la esperanza, que se forjaba en el cerebro de ese hombre. ¡La locura! No sería una mala solución para tal situación. La muerte, claro está, sería mucho mejor.

— Se me han pagado honorarios — continó Gossett, — para que estudie la situación actual con miras de cambiarla.

— ¿Ah, sí? ¿Y usted qué sugiere?

— Ante todo, creo que usted debe ir a ver a su hermano y enterarse de cómo está viviendo. Si él es quien debe llevar la peor parte en este asunto, me parece que, al menos, debe llevarla con comodidades.

— Se propone usted — preguntó Lord Hurlby, — llevar lo que usted llama su "reconstrucción" a Scotland Yard?

— No, ciertamente — declaró Gosset. — Cuando entro en investigaciones para un cliente privado, olvido que he estado en la policía.

— Muy bien — murmuró el otro. — Hay una sola de sus sugestiones que me parece práctica. Usted dice que el punto que mi hermano ha elegido para su vivienda temporal es un lugar solitario.

— Infernalmente solitario.

— Escriba la dirección y el medio de llegar allí. Le haré una visita.

Gossett hizo lo que se le pedía. Luego se puso en pie.

— Presumiendo que yo hiciera otra sugestión, Lord Hurlby — dijo, — sería que usted mantiene detenida la causa de esa pobre mujer.

— Su amiga y cliente, ¿no? Por lo que usted me ha dicho, creo que el lugar más seguro para ella es la prisión.

— Más seguro para usted, tal vez — replicó Gossett. — Y eso parece que es lo único en la vida que a usted le interesa.

Lord Hurlby sonrió levemente como si se le hubiera dicho un cumplido. Su dedo ya estaba sobre el timbre.

— Una salud desigual y las exigencias de la vida pública — dijo, — pueden haberme vuelto egoísta. Pero en el carácter de todos nosotros hay siempre algún defecto... Parkins, acompañe al señor Gossett.

En el terreno algo caótico de las reflexiones y teorías de Malcolm Gossett se produjo, hacia el fin del cuarto día de su visita a Lord Hurlby, una luz inesperada. Al ruido que hizo la llave en la cerradura de su villa de Medlar Row, acudió Cintia, su esposa, como un remolino de telas y veloces pies en medio del pequeño hall cuadrado.

— Malcolm — exclamó sin aliento, — un joven admirable ha venido a verte y está esperándote. Estaba tan impaciente que apenas me ha mirado. Vino en un coche estupendo.

— Lo vi afuera — dijo Gossett mientras se quitaba el abrigo y besaba a su esposa. — Vamos, querida. Déjame hablar con este prodigio de hombre que apenas te ha mirado. Acabo de salir de la oficina y no sé quién puede tener mi dirección particular.

Cintia lo condujo hasta el pequeño cuarto al fondo de la casa, que llamaba el estudio. Un joven de aspecto distinguido se incorporó a su entrada. Gossett lo reconoció en seguida: era el secretario privado de Lord Hurlby.

— Tal vez usted no me recuerda, señor Gossett dijo el visitante. — Usted estuvo a ver a Lord Hurlby el jueves pasado. Yo soy el secretario privado de Lord Hurlby, su secretario social, quiero decir. Sinclair lo atiende en la Cámara. Mi nombre es Wilfred Chaplin.

— Lo recuerdo perfectamente — replicó Gossett con vivo interés. — Tome asiento. ¿En qué puedo servirle?

El joven miró a Cintia que permanecía en el fondo de la sala.

— Le agradecería, señor Gossett, que me dedicara cinco minutos para un asunto estrictamente privado.

Gossett hizo una seña a Cintia, que se dirigió hacia la puerta. El joven se apresuró a abrir ésta mientras la señora pasaba.

— Disculpe, señora — murmuró. — Es un asunto de negocios. No entretendré mucho tiempo a su esposo.

Ella saludó cortésmente y salió. Chaplin cerró la puerta con suavidad y volvió a su asiento.

— Debo pedirle disculpas por haber venido aquí, señor Gossett — exclamó, — pero tenía suma necesidad de verlo cuanto antes. Usted recordará su visita a Lord Hurlby, la otra tarde.

— La recuerdo perfectamente — replicó Gossett. — Encontré a su señoría algo áspero.

— Me encuentro en una situación bastante difícil en estos momentos — comenzó el joven, inquieto en su asiento y entrelazando nerviosamente las manos. Su tono denotaba gran ansiedad. — Le explicaré. Ese día, tuve que tratar varios asuntos con Lord Hurbly después que usted se fué, y no pude menos de notar en él un cambio. Habitualmente es tan preciso en su modalidad y en sus ideas, que me di cuenta en seguida que algo lo había alterado. Esa noche en la Cámara mi colega Sinclair me dijo que casi se había desvanecido durante un discurso muy simple. Sé que esa noche no durmió, y durante el martes y miércoles su actitud fué tan distinta que de costumbre, que me aventuré a persuadirlo a que viera a un médico.

— ¿Está enfermo? — preguntó Gossett.

— El médico dice que no. No le encuentra nada. Le dió una poción para dormir y le recetó un tónico. Al día siguiente, jueves — ayer por la mañana, — su señoría fué a Downing Street donde arregló un asunto con Sinclair. Luego mandó el coche a su casa y salió de Dawning Street a pie. Desde entonces nadie ha vuelto a verlo.

— ¿Entonces no volvió a su casa anoche? — preguntó Gossett.

— No volvió a casa ni telefoneó ni mandó mensaje alguno — declaró el joven. — Me veo obligado a confiar a usted este asunto, señor Gossett, pero le pido absoluta discreción, especialmente con cualquier miembro de la prensa.

— Lo prometo — replicó Gossett. — Pero, ¿qué tengo yo que ver en todo esto?

— Ojalá lo supiera yo — replicó vivamente

Chaplin. — Lo único que sé es que usted solicitó una entrevista a su señoría con motivos privados, y desde el día de esa entrevista, él ha cambiado totalmente. Anoche debió asistir con su esposa a un banquete en casa de los duques de Lechester, al cual no asistió ni se excusó. Hay muchos documentos esperando su firma en el despacho de la Cámara, y tenía tres citaciones para esta mañana, que ha dejado en suspenso. Nadie lo ha visto, nadie sabe dónde está. Los teléfonos funcionan continuamente, la señora está afligidísima y ya hemos comenzado a recibir averiguaciones de los diarios. Que yo sepa, su señoría no tiene actualmente ningún asunto que lo preocupe hasta este extremo. He venido con la esperanza de que usted me dé alguna idea. En resumidas cuentas, ¿le trajo usted alguna noticia inquietante?

— No le dije nada que fuera nuevo para él — replicó Gossett gravemente. — Pero el asunto del que vine a informarle, es sumamente serio.

— ¿Puede usted informarme de eso? Dígame, al menos, la naturaleza de ese asunto para saber a qué atenerme. Estamos en la más completa obscuridad respecto a lo que pasa y no puedo mantener por más tiempo en secreto la desaparición de Lord Hurlby.

Gossett se levantó y dió algunos pasos por el cuarto, denotando inquietud. Un siniestro presentimiento empezaba a dominarlo, pero lo rechazó. Era necesario obrar de inmediato. La desaparición de Hurlby reclamaba acción. Este joven debía ser enterado en cierta medida, de la verdad.

— ¿Cuánto tiempo hace que está usted con Lord Hurlby? — preguntóle de improviso.

— Casi un año y medio.

— Entonces usted lo conoció después de la tragedia de su hermano, el capitán Alejandro Hurlby.

— Lo único que sé de ese asunto es lo poco que he oído — replicó Chaplin. — Pero tengo entendido que lo principal del caso no trascendió al público. Dicen que la policía no quería publicar informaciones hasta que apareciera el hombre Passiter, acusado del crimen.

— Mi visita a lord Hurlby se refería a ese caso — dijo Gossett. — Usted recordará que hace pocos días una mujer procuró entrar por fuerza a la casa. Bueno, ella también estaba relacionada con el asunto.

El joven contrajo el ceño. Su expresión simpática desapareció por un instante.

— ¿Intentó usted hacer un chantaje al jefe? — preguntó.

— No sea tonto — fué la respuesta. — Soy ex empleado de Scotland Yard, y estando allá intervine en las investigaciones del caso Hurlby. Ultimamente traje a lord Hurlby algunos informes sobre eso. Cuando usted habló de su desaparición, creí en la posibilidad de que se haya decidido a entrar en acción, lo cual lo induciría a hacer una visita a cierto lugar.

— ¿Para descubrir al asesino?

— Eso es para más tarde. Insinué a su señoría que visitara a cierta persona. Tal vez lo haya hecho, y esto le haya ocasionado algún contratiempo.

— No perdamos tiempo — suplicó el joven. — ¿Quién es la persona y dónde puedo hallarla?

Gossett reflexionó durante un momento.

— Yo le serviré de guía — replicó.

Era una noche obscura y tranquila, con lloviznas pasajeras. A la distancia se veía el halo amarillo de las luces borrosas a lo largo del río, y más allá un manto de niebla rojiza en que las luces de la gran ciudad luchaban contra la neblina invasora. Bajo los pies de ambos hombres sólo había negro fango.

— Tenga cuidado — advirtió Gossett a su compañero, apartándolo del borde del muelle semipodrido.

— ¿Qué sitio del infierno es éste? — preguntó Chaplin. — Usted no me va a decir que lord Hurlby vino aquí a hacer una visita de su elección, por su propia voluntad.

— Ignoro si es así — respondió Gossett. — Sólo sé que él anunció su intención de hacerlo.

— ¿Y qué lo rajo a usted antes aquí?

— La mujer a quien lord Hurlby arrestó, me envió aquí — dijo brevemente Gossett. — Pero no gaste su aliento, que puede necesitarlo más tarde.

— Pero acá no hay casas; no hay más que este inmundo remanso del río — notó el joven.

— Es un poco más lejos — gruñó Gossett.

El alto mástil del barco surgió de la sombra reinante. No había luz alguna ni señas de una presencia humana a bordo. Esta vez el puente no estaba a nivel del muelle. Continuaba atado por sogas al mismo aro, pero se había alejado unos dos metros y estaba asegurada del otro lado a lo que parecía una boya flotante. Tal como estaba, no había modo de abordar el barco. Chaplin miraba a su alrededor, estupefacto.

— ¡Usted no me va a decir que Lord Hurlby — protestó, — ha venido a ese horrible lugar a visitar a alguien en un miserable bote como ese!

— Eso es lo que vamos a ver ahora — fué la seca respuesta.

Gossett recorría el muelle a lo largo de la embarcación, tomando puntos de vista distintos y procurando ver algo en ella. No había ni una luz, ni el más leve indicio de una presencia humana, ni un rumor, excepto el tenue chapotear del agua contra a quilla y las tablas del muelle.

— No hay nadie a bordo — dijo Chaplin.

— No estamos seguros — replicó su compañero.

Gosset se agachó, y apoyándose en el estómago se estiró hasta tocar la borda con los pies; pero el cable que lo amarraba al otro lado estaba muy seguro y no era posible acercar el barco. A poca distancia vieron un viejo bote con un bichero adentro; se bajaron uno tras otro, tan silenciosamente como era posible.

— Abordaremos por el otro lado — murmuró Gosset hundiendo el palo en el fango.

Avanzaron lentamente, y no sin peligro, hasta que al fin se hallaron a bordo. Gossett apoyó una mano sobre el brazo del joven y señaló al suelo: una fina línea de luz salía por debajo de la puerta de la cabina.

— Hay alguien allí — murmuró.

Avanzaron cautelosamente, y al llegar a la puerta Gosset la abrió de golpe. Los dos hombres quedaron inmóviles en el dintel, estupefactos. En el asiento ante la mesa fija, estaba sentado el Honorable Lord Hurlby, con una pluma en la mano. Ante él había una lámpara hábilmente veláda y sobre la mesa se extendían una docena de hojas de papel cubiertas con su fina y enérgica caligrafía. No demostró ninguna sorpresa a la entrada de sus visitantes, pero dejó caer sus lentes y frunció el ceño.

— No recuerdo haberle dado instrucciones para venir aquí, Chaplin — dijo, friamente.

El joven no salía de su asombro.

— Este... yo, señor... no pensé que... este señor, Gossett, también...

Lord Hurlby se colocó nuevamente los lentes y miró a este último.

— De modo que usted ha vuelto, ¿no? Y bueno, ya que están los dos aquí, podrían ser de alguna utilidad. Chaplin, arregle estas hojas, póngalas en

un sobre y diríjalo al Secretario de Estado. Gossett, busque allí, detrás de usted, y vea si hay otra botella de whisky. He terminado la última en doce horas.

Los dos hombres lo miraron. Una terrible idea se forjaba en el cerebro de Chaplin. Recogió los papeles con dedos temblorosos. Por su lado, Gossett sacó una botella de whisky, la descorchó y llenó el vaso de Lord Hurlby. En otro vaso vacío que había se sirvió un poco para él.

—¿Con soda o agua? — preguntó con tranquilidad.

— Sin nada, gracias — replicó Lord Hurlby, cortésmente. — En los tiempos en que yo acostumbraba beber whisky, se consideraba un error mezclarlo.

Levantó el vaso hasta sus labios y bebió la mitad de su contenido sin pestañear. Los dos hombres lo miraban asombrados. Gossett no perdía el dominio de sí; su compañero estaba temblando.

— Supongo que usted no habrá tenido la mala idea de traer el Roll Royce aquí, Chaplin — dijo Lord Hurlby. — Es el camino más horrible que he visto en mi vida. Alick...

Se detuvo bruscamente. Una expresión extraña apareció en su semblante. Gossett bebió un trago de whisky puro.

—¿Donde está su hermano, Lord Hurlby? — preguntó.

Este tosió.

— Es una desgracia — dijo. — ¡Alejandro y yo nos llevábamos tan bien! Ayer no pudimos ponernos de acuerdo. No sé por qué, pero se ha vuelto gruñón. Es una tontería; después de todo, habíamos hecho juntos el camino hasta aquí. Oiganlo ahora.

Los visitantes contuvieron el aliento. De atrás de la cabina venía claramente hasta ellos un quejido sordo, como de alguien presa de mortales dolores. Gossett corrió hacia la puerta y la abrió. Sobre la pequeña cama estaba extendido Alejandro Hurlby: parecía un espectro. La sangre que corría de una herida a un costado de su cabeza, se coagulaba sobre su cara. Sus brazos estaban sujetos a la cama por sólidas cuerdas; sus pies atados juntos. Tenía los ojos sanguinolentos y respiraba con dificultad.

— ¡Agua! — suspiró.

Afuera había un balde con agua. Chaplin lo acercó a sus labios mientras Gossett cortaba las ligaduras. Aun estando libre era incapaz de moverse. Le trajeron un poco de whisky, que bebió lentamente. Su voz se hizo más segura y empezó a mover sus miembros con lentitud. Metió los dedos en el balde de agua y se mojó los ojos. De pronto lo invadió un súbito terror.

— Vean si viene — murmuró. — ¡Está loco!

La advertencia llegó a tiempo. Hurlby, que había permanecido en la cabina con un cigarro en los labios, entró de pronto y se precipitó sobre Gossett, arrojándolo al suelo y aferrándose a su cuello. Chaplin aferró al agresor por detrás arrastrándolo del cuello; pero se necesitaron de los dos hombres para sujetarlo. En cuanto Hurlby se vió dominado dejó de luchar. Una expresión astuta brilló en sus ojos.

— Chaplin — reconvino severamente; — usted se olvida de sí mismo. He venido a pagar una amistosa visita a mi hermano. ¿Por qué se ha permitido seguirme hasta aquí trayendo a este ex-detective consigo? No me gusta ese tipo. Viene con una historia absurda. Téngalo apartado de los diarios.

El hombre en la cama había logrado sentarse y tocó a Gossett el brazo.

— Empezó a desvariar así ayer a la tarde. Me hirió con un martillo cuando yo no lo miraba, y cuando estuve inconsciente me ató a la cama.

— Era por tu bien, mi querido Alick — dijo el hermano con tono casi habitual. — Te pusiste a recordarme cómo yo maté a Passiter, y no debiste hacer eso. Los chantajistas siempre deben ser eliminados. No estoy muy seguro de ti... — terminó la frase con un gesto, haciendo nuevos esfuerzos por libertarse, en tanto que una luz homicida brillaba en sus ojos al dirigirse a Gossett.

Fué necesario atarlo y hubo que llamar al chofer para que ayudara a bajarlo al bote. Una vez en el auto, buscó el espejo.

— No me gusta mi cuello — dijo. — Tengo que hablar esta noche, Chaplin. Debes procurarme otro cuello.

— Todo está en la habitación de su señoría — dijo Chaplin con cierta emoción en la voz.

Una de las cosas más sorprendentes de este asunto, cuando llegó a conocimiento de cierto limitado número de componentes de privilegiados círculos oficiales, fué la magnífica seguridad, la infalible lógica contenida en aquellas diecisiete páginas de papel de oficio, que leyó atentamente el comisario jefe de Scotland Yard, el Secretario de Estado y algunos altos empleados.

En aquellos momentos de incipiente locura, Hurlby recordaba sus precisas sensaciones al dar muerte al chantajista que lo había atormentado durante diez años, y al aceptar el sacrificio de su hermano. La carrera de éste, como él lo indicaba, brillante como había sido, no tenía porvenir. En cambio él, en pocos años y siendo ya jefe de su partido, estaba destinado a ser Primer Ministro. Todo hubiera sucedido según lo previsto si no hubiera sido por esa enfermera de hospital en decadencia, que sintió una tan profunda lástima y fué en busca de Gossett y luego se dirigió al mismo Hurlby. Este, con su concentrado egoísmo, no hubiera pensado nunca más en su hermano. Alejandro, habiendo dado su palabra, cualquiera fueran las profundidades a que hubiera descendido como consecuencia del avance gradual de los bajos instintos, nunca se habría retractado de ella, y el Honorable Lord Hurlby, cuyo título afortunadamente era irlandés, habría llegado al cargo de Primer Ministro de Inglaterra.

Así, la prensa, Scotland Yard y el Secretario de Estado tuvieron que poner en juego toda su habilidad para volver a la vida y restituir su reputación al capitán Alejandro Hurlby, D. S. O., demostrar la existencia de Passiter, el chantajista, en su ataúd y correr un velo sobre el derrumbe mental de uno de los más grandes estadistas de Inglaterra, ahora huésped de un sanatorio particular.

El "chock" nervioso causado por las bombas fué pretexto suficiente para explicar la desaparición del capitán Hurlby, y el año de su reaparición fué muy lleno de sucesos que ocuparon la atención del mundo.

El hombre que tuvo que guardar el mayor secreto fué el ex-detective Gossett. Pero eso, después de todo, era su oficio.

E. PHILLIPS OPPENHEIM

(TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA "CARAS Y CARETAS" POR TELMA LEARES)

El error fundamental

Por

OSCAR GRAEVE

Por fin había conseguido un empleo. Y allí estaba sentada, orgullosa y aristocrática, delante de la máquina de escribir, en el amplio salón que comunicaba con la oficina privada del presidente de la Colonial Silver Company.

Detrás de ella, se deslizaban, invisibles por supuesto, los fantasmas de tres centurias de antepasados, igualmente orgullosos y aristocráticos. Pero, invisibles o no, la habían ayudado a conseguir su empleo.

—¿Conque se llama usted Priscilla Ames? — dijo Archibald Winthrop, el presidente de la Compañía cuando ella le entregó su tarjeta. — Me parece conocer su apellido. Cuando yo era muchacho, acostumbraba a visitar Peterboro, donde había una familia Ames, de antiguo abolengo.

—A ella pertenezco, señor — contestó Priscilla sencillamente. Y después de una pausa: — Los Ames de Petesboro hemos venido a menos.

—Conozco también otra familia del mismo nombre aquí, en Nueva York. Viven en la calle Sixty-seventh. He cenado allí en diversas ocasiones.

—Son primos míos.

Consiguió el empleo: Priscilla Ames, secretaria del distinguido Archibald Winthrop, de la Colonial Silver Company. En otras épocas, a los Ames les hubiera horrorizado que una mujer de la familia trabajara para vivir. Pero los tiempos cambian y aun cuando sus fantasmas la habían ayudado a encontrar trabajo, hoy en día no contaban para nada.

Sin embargo, se hicieron presentes cuando Priscilla se encontró por primera vez con Larry Walsh. Larry Walsh, quien había ascendido desde mandadero de la Colonial Silver Company hasta el puesto de primer vendedor, y cuyos antepasados tuvieron que confraternízar con los sinsabores.

Larry llegó al escritorio de Priscilla y gritó:

—¡Hola! ¿Qué tal? Veo que es una nueva empleada. ¿Está el viejo adentro? Aunque haiga gente, pasaré lo mismo.

¡Haiga! ¡Santo Dios! ¡Qué modo de hablar! La joven sintió en seguida antipatía por Larry.

—¿Tiene usted hora? — preguntó secamente.

Larry Walsh rió.

—¡Vamos, nena! Yo no necesito pedir hora para hablar con míster Archibald Winthrop. Dígale únicamente que Larry ha vuelto y necesita verlo.

—Tengo órdenes precisas de no permitir a nadie que vea a míster Winthrop sin hora fijada de antemano — expresó Priscilla.

Los ojos de Larry lanzaron chispas.

—¡Rayos y centellas! — exclamó. — Se ve que es nueva aquí. — En ese momento se abrió la puerta de la oficina privada y apareció míster Winthrop.

—Entra, Larry — dijo suavemente. — No necesitas hacer tanta bulla afuera.

Miss Ames quedó estupefacta.

—A lo mejor mi empeño en no dejarlo pasar, me cuesta el puesto — pensó con temor. — Ese tipo terrible se quejará a míster Winthrop.

Pero ese "tipo terrible", que ni siquiera se había quitado el sombrero, le hizo la venia, luego la favoreció con un guiño generoso y siguió al presidente a la oficina.

Se enteró quién era Larry, por miss Trimble, una compañera de trabajo, la que si bien no tenía los conspicuos antepasados de Priscilla, no le faltaban humos.

Las dos jóvenes se habían hecho grandes amigas y se consideraban superiores a sus otras compañeras. Ambas se tenían por muy refinadas e inteligentes. Podrían buscar con lentes entre todas las otras muchachas y no encontrarían quien leyera a Proust y lo comentara, cosa que ellas hacían. ¿Qué otras iban a todas las representaciones, buenas o malas, del teatro Guild? ¿Qué otras vivían en el Club de Profesionales donde se daban conferencias todos los martes y viernes?

El día en que se había producido el desagradable encuentro de Priscilla y Larry Walsh, aquella preguntó a su amiga a la hora de almorzar:

—¿Sabes quién es ese Larry?

—¡Cómo! ¿Es posible que tú lo ignores? ¡Si es uno de los personajes más importantes de la compañía! Vende más plata que todos los otros juntos. Se le tiene en gran estima y afirman que es insubstituíble.

—Pues no lo entiendo. Habla de un modo horroroso.

—Pero tiene mucha personalidad.

—¿Personalidad? ¿Es posible que la tenga con semejante lenguaje?

Una semana o dos después sucedió lo imposible, lo inexplicable. Larry Walsh invitó a Priscilla Ames a cenar. Pero esto no era lo raro. Lo inexplicable era que ella aceptara.

El joven se había acercado a su escritorio y le había dicho:

—¿Tiene algún programa para esta noche, nena?

—¿Qué dice? — preguntó ella en el colmo de la indignación.

—Que si esta noche no tiene algún compromiso. Mañana partiré nuevamente para un largo viaje. Y me placería pasarlo hoy en agradable compañía.

—Pero...

—Me gustó la manera cómo se enfrentó conmigo, cuando no me quiso dejar entrar del viejo. Quisiera ahora que se quitase los anteojos. No los usa fuera de la oficina, ¿verdad? Porque iremos a un restaurante de gran lujo.

Ella no se lo supo explicar. Algo había en sus ojos, en su voz que la impulsaron a aceptar.

—Está bien — dijo.

—Así me gusta, nena. ¿A qué hora quiere que la busque y adónde?

—A las veinte en el Club Profesional.

—A las veinte en punto estaré allí.

Se fué, dejando a Priscilla absorta en la contemplación de un punto lejano. ¿Cómo se le había ocurrido aceptar? ¿Qué excusas daría a su amiga?

Y ante el asombro de miss Timble, afirmó convencida:

—Me interesa estudiarlo. No estoy acostumbrada a esa clase de tipos.

—¿Y si no se comporta como es debido?

—¿Crees que es un atrevido?

—No me refiero a eso. A lo mejor no sabe manejar los cubiertos y a ti te resultará violento.

—Tal vez pueda indicárselo yo. Y lo que más me gustaría sería corregirle esos "haiga" y esos "voy de".

Miss Timble rió con envidia.

—Si es que ya empiezas a pensar en reformarlo, no me cabe duda que el asunto terminará en un romance.

—No seas tonta, Agnes — contestó Priscilla, disgustada.

Larry, muy apuesto en su traje de etiqueta, llevó a Priscilla al San Marino. No podía haber elegido un lugar más suntuoso.

Priscilla no llevaba anteojos

—¡Qué fenómeno! — comentó Larry al verla. — ¿Sabe que es usted un coloso cuando se quita el disfraz?

La frase sumió a Priscilla en un mar de encontrados sentimientos, que continuaron siendo igualmente confusos durante la comida.

Esta había sido perfecta. Larry había aprendido a ordenar un menú exquisito. Ni en la casa de sus primas, las impecables señoritas Ames, donde estaba invitada a comer una vez por mes, había saboreado manjares tan deliciosos. Pero...

¿Por qué comía Larry como si se encarnizara con una presa? ¿Por qué mantecaba el pan en la palma de la mano? ¿Por qué esgrimía el cuchillo como daga.

—¿Y? ¿Está contenta, nena? — preguntó Larry mientras masticaba.

—Es una comida deliciosa, míster Walsh.

—Llámeme Larry, como todo el mundo. ¿Siente que mañana me vaya lejos?

—Le diré...

—Yo sí lo siento. Sobre todo desde que la he visto sin los anteojos.

—Míster Walsh, ésta es la primera vez...

—No será la última. — Larry se puso serio. — Escuche, Priscilla... es decir... tal vez debiera llamarla miss Ames.

—¡Naturalmente!

—Bien. Escuche, miss Ames. Toda mi vida he soñado encontrar una mujer como usted. No me burlo. Toda mi vida he deseado estar en contacto con una mujer muy fina. Educada. Que sepa cosas que yo no sé... Que me las enseñe. Nadie sabe mejor que yo que vengo del arrabal, y que mi lenguaje se resiente de ello. Quiero que entre usted y yo haiga un acuerdo...

—Escuche. *Haiga*, no...

—Haiga un acuerdo — repitió sin darse por enterado de la interrupción.

—Sí. Tendrá que enseñarme. Alterno con gente de todas las categorías y me conviene saber expresarme correctamente. Hablaré con más aplomo, con más seguridad.

Era un muchacho simpático. Pero nunca podrían congeniar. ¡Pertenecían a dos mundos tan distintos!

Larry partió. Priscilla volvió a sus tareas y en compañía de Agnes visitó exposiciones, asistió al teatro y escuchó conferencias. Pero algo le faltaba. Ya no le interesaban tanto esas distracciones. Ni siquiera la invitación mensual en casa de sus primas, constituyó para ella un gran acontecimiento como sucedía antes.

Las primas no perdían ocasión de desplegar sus lujos ante Priscilla, demostrándole amablemente que había una diferencia entre ellas y la parienta pobre.

—La otra noche cené en el San Marino — les contó Priscilla. — ¡Nunca probé comida mejor!

—¡En el San Marino! — exclamó la prima Ema. — ¿Es posible que hayas hecho semejante gasto?

—Me invitó un amigo. Un señor Walhs. Ustedes no lo conocen.

—Espero, querida, que no andarás paseando con hombres que no conoces bien. No olvides que Nueva York no es Peterboro.

—No tengan miedo. Es un antiguo amigo mío.

Recibió una carta de Walsh.

"Estimada Priscilla — decía. — Los negocios marchan perfectamente bien. Tal vez haiga usted leído mis comunicaciones a míster Winthrop. Espero que usted se encuentre bien. No se quite los anteojos hasta que yo vuelva. Si el tiempo se presta, cuando vuelva compraré un hermoso coche y saldremos a dar grandes paseos al campo. No puedo quejarme, porque mi viaje ha sido de resultados muy provechosos, pero a veces echo de menos a Nueva York. Me gustaría saber por qué.

Se despide respetuosamente, *L. Walsh.*"

Priscilla no contestó la carta.

Era un día cálido — el primer día cálido de primavera — cuando Larry llegó. Buen mozo. Impecablemente vestido.

Se acercó al escritorio de miss Ames.

—¿Está míster Winthrop? — preguntó con voz seria.

—Sí. Lo espera. Pase, míster Walsh.

Permaneció un momento, mirándola pesaroso. Ella nunca había visto esa expresión en sus audaces ojos azules.

—¿Según parece no le gusta mucho escribir ¿verdad miss Ames? — preguntó. Y antes de que le respondiera, penetró en la oficina de míster Winthrop. Los ojos de Priscilla se llenaron de lágrimas, que secó airadamente. ¿Qué poder tenía él de hacerle sentir lo que ella no quería? ¿Por qué esperaba que ella contestaría su carta, su ridícula carta?

Pero cuando Larry salió de la oficina de su jefe, media hora después, hizo ademán de pasar sin hablarla, ella lo detuvo.

—Me alegro que haya tenido buen viaje, míster Walsh... Larry — corrigióse.

—Esto me gusta más, nena — dijo. — ¿Cuándo comemos juntos?

Cenaron nuevamente en el San Marino, almorzaron varias veces en pequeñas posadas en el campo, disfrutaron juntos de espléndidos días primaverales.

Larry había comprado un nuevo coche, como era su deseo.

Esa noche se sentía un poco culpable porque había rechazado la invitación de sus primas para poder salir con Larry.

Estaba sentada ante una mesita cubierta de rústico mantel a cuadros, frente a Larry, en un restaurante no menos rústico, escuchando la orquesta.

—Pase lo que pase y haiga lo que haiga, éste será el día más hermoso de mi vida — comentó Larry.

—¡Oh Larry! Yo quisiera... — empezó diciendo Priscilla. Pero se detuvo.

—¿Qué quisiera, Priscilla?

—Quisiera tener el coraje de decirle ciertas cosas.

—¿Qué clase de cosas? ¡Me caiga muerto si lo sé!

—Acerca de su lenguaje, de su modo...

—Pues dígalo no más.

—Desearía tener el coraje de corregirlo cuando habla mal.

—¿Y por qué no, chiquita? Justamente es lo que deseo.

—Bueno. Por ejemplo ese "haiga".

—¿Está mal dicho? ¿No es elegante?

—¡No Larry! ¡Está muy mal dicho! Debe usted decir "haya".

—¡Nunca se me ocurrió! ¿Cómo quiere que lo sepa si nadie me lo dijo? ¡Me caiga muerto!

—Tampoco es correcta esa expresión. Por lo menos no es elegante. Yo no la diría.

—Me será un poco difícil desacostumbrarme, porque la uso mucho.

—Y hay muchas otras más.

—Adelante, nena. Dígalo todo. Tragaré la píldora con gusto, si es usted quien me la da. — La miró intensamente, y su rostro tomó una expresión grave. — Me la tomaría a usted también si me diera la menor oportunidad.

Priscilla se cubrió el rostro con las manos. El se dió cuenta que lloraba.

—¿Qué le sucede Priscilla? ¿He dicho algo inconveniente?

— No es nada, Larry — contestó ella con voz entrecortada.

¿Cómo explicarle que era imposible?

Retomaron el camino hacia la ciudad, sin apresurarse, en la noche primaveral.

El camino estaba resbaladizo.

— No es una noche para ir acompañado por la novia — dijo Larry mirándola risueño. — No lo digo porque usted me permita considerarla como a tal — añadió.

Sucedió de pronto, en el momento mismo en que dejaban el Parkway en las inmediaciones de la ciudad. En dirección opuesta, venía corriendo un coche. Patinó. El conductor no pudo frenar y chocó contra otro automóvil que iba delante. Se oyó un ruido. Gritos de mujer. Larry logró detener su coche en salvo a tres metros de donde había sucedido la catástrofe.

Priscilla volvió a cubrir su rostro con las manos.

— ¡No se detenga, Larry! — gritó frenéticamente. — ¡Siga!

El la miró sorprendido.

— Es necesario que vaya a ver lo que pasa — contestó. — Puede ser que alguien esté herido.

— ¡No, Larry; por favor! ¡No puedo soportar la vista de un espectáculo así!

— ¿Quién demonios se piensa que soy? Tal vez me necesitan. — Abrió la portezuela y saltó a la carretera.

Priscilla permaneció toda encogida y continuó cubriéndose el rostro con las manos. Se quedó allí temblando de miedo. Durante minutos, durante horas, no lo sabía bien. Luego oyó voces al lado de la portezuela. Abrió los ojos y vió a Larry y a otro hombre llevando a una joven.

Tocó el brazo de Larry con timidez.

— ¿Puedo ayudarles en algo?

— ¡Buena está usted para ayudar! — contestó el joven secamente. — Usted que quiere escapar. Lo mejor que puede hacer es salir del coche, así tendremos lugar para colocar con comodidad a esta joven.

Priscilla salió.

Afuera, en la lluvia, fué dando vueltas como una hoja llevada por el viento. ¿Serían ésas las luces del subterráneo? Sollozando, Priscilla se dirigió hacia ellas.

Luego, ya segura en el tren, rodeada del ambiente que le era familiar, comenzó a darse cuenta de lo mal que se había comportado. Se estudiaba a sí misma con toda calma. Era una cobarde. Larry se había quedado allí y ella había querido huir. Eso es lo que siempre había hecho. Huir de la vida.

Larry era real. Larry enfrentaba la vida. Larry era hermoso, robusto y vital. ¿Que era también rústico? Cierto. Pero ella hubiera podido prestarle su ayuda pequeña pero importante en muchas ocasiones. Y también había huído de Larry. Priscilla Ames se vió por fin tal como era. Lo esencial no eran los errores gramaticales: era la bondad de corazón, la valentía, la falta de egoísmo.

No vió a Larry al día siguiente. Al otro, él pasó a su lado y no le dirigió la palabra. En los diarios leyó la noticia del accidente. Un hombre había resultado muerto. La joven que había llevado al auto, había sido conducida por Larry al hospital de Fordham.

El domingo, la orgullosa miss Priscilla Ames, se levantó temprano y se dirigió al hospital Fordham. Llevaba un gran ramo de flores.

La joven herida se llamaba Grace Nostravd. Lo sabía por los diarios. No se le permitió verla.

— Está mejor — le informaron — pero sólo puede ver a uno o dos parientes muy cercanos. ¿Es usted acaso de la familia?

— No — admitió Priscilla. — ¿Pueden entregarle estas flores?

— ¡Naturalmente! — asintió la enfermera.

Cuando Priscilla descendía los escalones de la entrada principal, vió a Larry que subía. También él llevaba un gran ramo de flores. Priscilla fué la primera en llamarlo.

— ¡Larry!

El la miró con expresión adusta.

— ¡Larry! ¡Sé que he sido muy cobarde y estoy terriblemente avergonzada de mí misma!

— Está bien — contestó, tratando de seguir su camino.

Pero Priscilla estaba resuelta a no dejarlo partir. Se acercó a él y le colocó la mano en su brazo.

— ¿No puede perdonarme Larry? — preguntó.

— ¡Le aseguro que se portó en una forma, que me dejó como si hubiera recibido un mazazo! ¡Me caiga muerto!

— No es elegante expresarse así, Larry.

El sonrió a pesar suyo.

Allí está mi coche. Esta es la llave. Volveremos a hablar del asunto. ¿Me jura que está arrepentida de su proceder?

— ¡Me caiga muerta! — contestó miss Ames.

OSCAR GRAEVE

PIO BAROJA DE CONTRABANDO

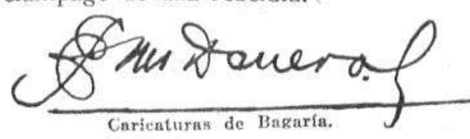
(*Continuación de la página 48*)

maneció mientras duró su lectura y con la cual, un domingo de repartición de premios, salió también, esta vez abultando quizá con exceso un pecho estudiantil.

Nada decir de los momentos de angustia y sobresalto que, empero, deleitó la lectura de las aventuras de aquel bohemio intelectual, aventurero y desconcertante. Destrozándonos los ojos; con la atención repartida entre el ruido de los pasos del celador y las ocurrencias del inenarrable don Avelino Diz de la Iglesia, compañero del héroe barojiano robando horas al reposo, volando del encierro estudiantil a las buhardillas madrileñas; planeando otros tantos submarinos como aquel que Paradox perdió en el estanque del Retiro; soñando con la libertad desde el interior de la celda que, para serlo más, en lo alto y a manera de jaula, tenía una red de fuertes alambres.

Así conocimos a Pio Baroja y allí nos hizo él conocer a don Silvestre Paradox, personaje de novela picaresca, españolísimo, todo rebeldía e ingenio, a quien luego, aunque con menos riesgo y siempre con creciente dilección, siguieron cuantos ya había creado y creó luego el fecundo novelista que es el autor de *Aurora Roja*.

Baroja y Paradox, dos amistades literarias que datan de hace un cuarto de siglo, con las que uno ha sido siempre consecuente, quizá por lo mismo que nacieron en medio de peligros y sobresaltos, tristezas infantiles y amarguras de estudiante a quien le abrieron un poco el encapotado cielo para mostrarle el relámpago de una rebeldía.



Caricaturas de Bagaría.

COMO ESTE HAY MUCHOS

—De poco le sirve ser un gramático consumado — decía de cierto compañero de claustro un viejo profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, de Madrid. — Conoce el castellano a las mil maravillas; pero hay que ver lo mal que habla.

—¿Habla mal? — terció, sorprendido, un contertulio.

Y el viejo profesor aclaró:

—De todo bicho viviente.

TRADUCCION DEL QUIJOTE

Ya en 1621, el maravilloso libro de Cervantes había sido traducido, parcialmente, al alemán y hacía las delicias de los lectores selectos de la época.

La América que habla español

La América que habla español es un mundo: el verdadero y formidable mundo latino del porvenir. Porque no hay nada que se oponga a la hipótesis lógica que nos hace entrever lo que será esta América constelada de pueblos republicanos, cada uno de los cuales integra un sumando de los Estados Unidos Iberoamericanos del futuro.

¡Ah! No han de faltar desconfiados ni malos augures. Ellos podrán pensar — si piensan — o creer — si creen — que nuestra América está expuesta a destinos menos brillantes y menos libres que los enunciados por nuestro presentimiento y por la lógica a que nos referimos.

Pero es poco menos que imposible que estas naciones de habla castellana vayan a quedarse en el camino de sus destinos naturales. Estos países de sangre libertadora y ardiente, de imaginación rápida y de brazo que siempre supo estar a la altura de sus necesidades defensivas, habrán de cumplir no sólo sus ciclos sino la predestinación que ya entrevén los cerebros directivos que auscultan genialmente el porvenir. Estas naciones van, en sentido perfectivo ascendente, hacia una común civilización; y una común civilización ha de unirlos en los planos de los intereses y del progreso material. Vale decir en la defensa de lo mucho conquistado.

Estos pueblos han heredado el sentimiento de la dignidad que les infiltraron los predecesores; y esa herencia no ha sido dilapidada hasta aquí. Esa herencia, por el contrario, seguirá creciendo en intensidad y en significación a medida que nuestro acervo, casi bicontinental, se vaya cristalizando en la labor democrática y cristiana de pueblos que habitan las regiones más ricas y generosas del planeta.

Tengamos fe en lo propio.



RAFAEL ALBERTI

Una breve biografía y una muestra.

RAFAEL ALBERTI, uno de los positivos valores de la poesía española contemporánea, "nació con el cine" y con el siglo, como él mismo lo declara, en el Puerto de Santa María, Cádiz. Los estudios los realizó con los jesuítas. Antes de escribir versos, pinta. Pasa prolongadas temporadas en la sierra. Las primeras colaboraciones aparecen en las páginas de las revistas "Horizonte" y "Alfar". En 1924-1925, recibe el premio nacional de literatura con "Marinero en tierra". Desde entonces se dedica única y plenamente a la poesía. Ha viajado algo; pero, en un principio, no pudo salir de España. Ha dicho: "Los profesores de Retórica, como el que me suspendió por no saber lo que era un epinicio, me estudiarán algún día por mis innovaciones en la Métrica, ya que he batido el récord de dilatación con mis versos de 127 sílabas contadas con profusión y variedad de bemistiquios".

A Juan Antonio Espinosa, capitán de navío.

Sobre tu nave — un plinto verde de algas marinas,
de moluscos, de conchas, de esmeralda estelar —,
capitán de los vientos y de las golondrinas,
fuiste condecorado por un golpe de mar.

Por ti los litorales de frentes serpentinas
desenrollan, al paso de tu arado, un cantar:
— Marinero, hombre libre que las mares declinas,
dinos los radiogramas de tu estrella polar.

Buen marinero, hijo de los llantos del norte,
limón de mediodía, bandera de la corte
espumosa del agua, cazador de sirenas;

todos los litorales amarrados del mundo
pedimos que nos lleves en el surco profundo
de tu nave, a la mar, rotas nuestras cadenas.

TRUJILLO

Otra ciudad sudamericana en el cuarto centenario de su fundación

Por

Santiago Vallejo



Escudo de la ciudad de Trujillo.

LA ciudad de Trujillo del Perú, capital del extenso departamento de La Libertad, en el nórte de la república, fué fundada el año 1535. Hay divergencia de opiniones a este respecto, pues en tanto unos historiadores apoyan la tesis de que la ciudad española fué fundada en 1534, otros se apoyan en diversas razones para creer que fué el año siguiente. Lo cierto es que el adelantado Diego de Almagro, socio de Pizarro en la empresa del descubrimiento del Perú, por encargo de éste escogió el sitio donde debía ubicarse esta ciudad y para mejor congraciarse con Pizarro le dió el nombre de Trujillo en recuerdo de la tierra del inquieto conquistador, Trujillo de Extramadura, en la Península.

Almagro, de regreso de Quito, luego de haber tratado condiciones con Alvarado para evitar nuevas disensiones pues éste traía el propósito de estorbar la obra de Pizarro, se detuvo en el valle de Chimor o Chimú, y escogió el sitio donde se debería alzar la ciudad de enlace en la costa con Piura por el norte y Lima por el sur. El capitán Miguel de Estete quedó encargado del trozo y repartición de los solares, tocándole a Pizarro cuando visitó a poco la ciudad en ciernes, confirmar la fundación tal como lo hubo previsto Diego de Almagro.

El bellísimo altar de las carmelitas en Trujillo. Goya colonial.

Echados los primeros cimientos, la ciudad quedó ubicada a unos tres kilómetros del mar Pacífico y a cuatro o cinco de las ruinas de Chanchán, famosa y vieja ciudad de los Muchiks, cuyos vestigios hoy son el asombro de los viajeros. Por cierto, cuando llegaron los españoles, de Chanchán, que se considera pueblo milenario, no quedaban sino los escombros. No sería extraño que un violento sismo destruyó la ciudad muchik o mochica, si bien hay opiniones en el sentido de que acabó con ella un incendio pavoroso provocado por los mismos moradores al avance por el mar de enemigos poderosos. La historia refiere que el reino mochica fué sometido por los incas y así fué, sin duda, obedeciendo a esta conquista su decadencia final. La alfarería de Chanchán tiene fama en el mundo y se alude a lo grandes retratistas que eran los artífices de esos "huacos" maravillosos que frecuentemente se extraen de las ruinas de la gran ciudad muerta. Los españoles encontraron aún pueblos indígenas numerosos en los contornos como Mansichecao, Moche, Huamán. De Mansiche los naturales fueron a fundar Huanchaco, puerto que es ahora nada más que triste residencia veraniega cuando en los tiempos coloniales fué el puerto principal de Trujillo. En el templo de Huanchaco está guardada en una hermosa urna la momia del Deán Saavedra, sabio sacerdote español que dió las Ordenanzas de Regadío porque se rigieron las comunidades a través de los siglos en la distribución de las aguas de los ríos Chicama y Moche. Hasta hace unos trein-

ta o cuarenta años aun se encontraba en estos valles descendientes legítimos de los aborígenes. Caciques de los pueblos indicados, aun hallaron los españoles y en Moche se pueden hallar auténticos representantes de la raza mochica.

Al fundarse Trujillo llegaron a residir en la nueva villa soldados de las huestes conquistadoras. Quedan ramas de los La Torre, que se afirma son descendientes de uno de los trece compañeros de Pizarro en la isla del Gallo. La sede episcopal de Trujillo se mandó fundar en 1577 ratificándose la bula en 1609 de modo que sólo en 1616 quedó realmente erigida (1).

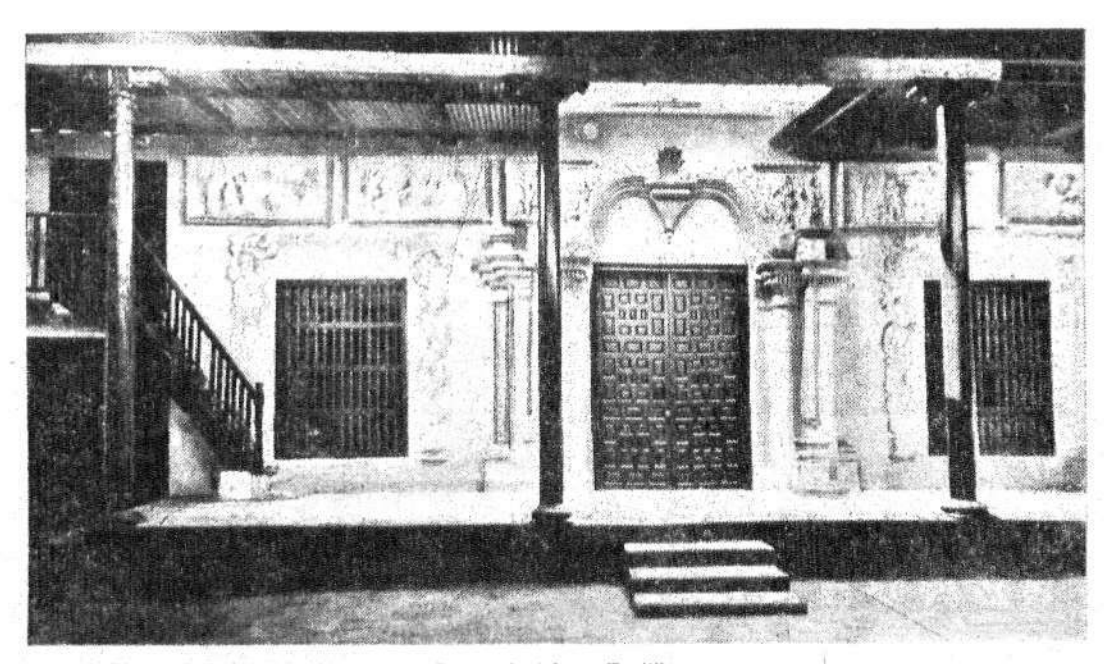
Hay familias — escasísimas — que reconocen su origen en los tiempos de la fundación de la ciudad. Pero los vestigios coloniales, a excepción de los templos, no son muchos. Apenas quedan unos lienzos de las murallas que se levantan para defender a la ciudad contra los ataques de los filibusteros, en tiempos del virrey duque de la Palata, hacia 1687. Una que otra casona antigua con su patio soleado y sus anchos huertos florecidos en claveles, rosas y jazmines entre la lozana vegetación de los naranjos, los guabos y los chirimoyos, y algunos barrios en los que la huella colonial se mantiene aún a pesar del esfuerzo destructivo de las nuevas generaciones. Es preciso decir que la ciudad fué arruinada por dos terremotos en los primeros tiempos de la colonia de tal suerte que las primeras fábricas desaparecieron bajo los estragos de los movimientos telúricos.

En la época de la Independencia, Trujillo acogió con gesto heroico la llamada de San Martín, que amó a la ciudad sin conocerla, y por eso es que se considera a Trujillo como la primera población importante del norte de la república que lanzó el grito de libertad. Varios presidentes de la república, como el mariscal Orbegoso — que tiene aquí descendientes distinguidos, entre ellos su nieto el señor Luis José de Orbegoso, — fueron trujillanos. Y conmemorando el episodio glorioso de la libertad de Trujillo se levanta un magnífico monumento en la plaza de armas, obra del notable escultor alemán Moeller. Bolívar pasó por Trujillo y durante su permanencia fundó en la ciudad dos instituciones preclaras: la Universidad y la Corte Superior de Justicia. En las sierras de Trujillo y en Trujillo mismo el Libertador preparó las jornadas finales por la independencia: Junín y Ayacucho, magnífico corolario de la lucha por la libertad americana.

En los ejércitos libertadores llegaron al Perú sudamericanos distinguidos que pisaron tierra trujillana y aun dejaron descendencia en esta ciudad. Los Lavalle argentinos tienen aquí lejanos parientes, sin duda.

Trujillo ama a la Argentina por su historia y por su colaboración tan eficaz en los días heroicos. La música, la literatura argentina tienen aquí apasionada predilección.

En los valles inmediatos se levantan hoy



Casa colonial en Trujillo.

poderosos ingenios y campos extensos de caña que dan vida a la industria azucarera que es el alma de las industrias nacionales. La campiña es hermosa. Los pueblos son inquietos y rompen su vieja tendencia al prejuicio. Se ve que adelantan.

En Chiclin, a poca distancia de Trujillo, en pleno campo, está el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera, cuyo actual director es el señor Rafael Larco Hoyle, quien escribe actualmente una obra muy prolija sobre la cultura aborigen. Este museo es lo más importante que hay en materia arqueológica en el Perú.

Casa Grande posee un gran ingenio de azúcar que elabora hasta cuatrocientas toneladas diarias en tiempo de molienda.

La ciudad cuenta a esta fecha más o menos 30.000 habitantes en su radio urbano. El clima es espléndido y se dan con ventaja los frutos de todas las estaciones.

Existen una Universidad, un seminario fundado por el célebre obispo Carlos Marcelo Corne — hijo de un herrero francés — en los días coloniales, un colegio de instrucción secundaria para hombres y otro para mujeres. Hay numerosos colegios particulares y muchas escuelas del estado. La Diócesis de Trujillo abarca tres departamentos y es una de las extensas del Perú.

El periodismo está representado por los diarios "La Nación" y "La Industria", aparte de otras publicaciones hebdomadarias o eventuales.

En fin, Trujillo es un pueblo de tradiciones que gana camino en la civilización y la cultura. Sus hijos tienen mucha predilección por las artes y se destacan en ellas. En el norte del país, Trujillo es la más interesante de las ciudades y en los momentos de prueba los trujillanos saben sobreponerse a los contrastes y probar que llevan en sus venas herencia de españoles...

Trujillo, 1935. *Santiago Vallejo*

(1) Paulo V a instancias de Santo Toribio de Mogrovejo, que fué arzobispo de Lima, dió la bula de 29 de octubre de 1609, creando la silla episcopal de Trujillo. La catedral se estrenó en 1616, pero fué destruída por el terremoto de 1619 que echó por tierra los cimientos de la primera fundación. De allí empieza la reconstrucción de la ciudad hasta su estado actual.

Pérez Escrich, novelista y cazador

Si alguna vez hay un desocupado que pretenda entretenerse escribiendo mi biografía — decía en cierta ocasión el ilustre veterano de las letras españolas con su habitual gracejo y su natural modestia, — sólo sentiré que pueda olvidar el hecho "más culminante" de mi vida. Hace ya "algunos años, viviendo yo en Madrid, salí un día de caza, y cazando, cazando, a pie fuí a parar a Barcelona".

Porque Pérez Escrich, más que todo, antes que todo y sobre todo, fué cazador.

Ya en los comienzos de su carrera literaria un ingenioso poeta hizo su "semblanza" en estos cinco versos:

"Es un modesto escritor
que pasa días felices
persiguiendo con ardor
en el campo las perdices
y en Madrid al editor".

En el apogeo de su popularidad, el insigne poeta don Adelardo López de Ayala, que le profesaba gran afecto, solía presentarlo a sus conocidos con esta chistosa "fórmula sacramental:"

— Presento a ustedes al señor Pérez Escrich, cazador "de oficio" que, en sus ratos de ocio, escribe novelas y comedias.

Y todavía cumplidos ya los sesenta y siete años después de una vida de labor incesante, en la que tuvo grandes satisfacciones sufrió también grandísimos pesares, desengaños del mundo, perfidias de la amistad, contrariedades de la fortuna, dolores del cuerpo y dolencias del alma; todavía sentado en su sillón, dirigía de vez en cuando amorosas miradas a las escopetas y a los arreos de caza, colgados en artístico trofeo en una de las paredes del despacho; si algún amigo iba a visitarle en "su destierro", el novelista recordaba con gozo sus buenos tiempos de cazador, se animaba su semblante, brillaban sus ojos, erguía su cuerpo, olvidando los achaques y disgustos, y si el visitante, sorprendido por la súbita transformación, exclamaba sin poderse contener: "*¡Ave María!*", él contestaba, haciendo un gracioso y expresivo gesto: "Es el único *ave* que he respetado y que no ha podido ser blanco de mi escopeta".

El gitanismo de García Lorca

Ha viajado por casi todos los rincones de España. Ha recorrido Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, Canadá, Cuba y un trecho de nuestro país. Posee el título de licenciado en derecho... mas prefiere este otro de poeta, músico, pintor, folklorista, enamorado de los caminos y sediento de horizontes.

"Pero, ¿qué voy a decir yo de la poesía? — pregúntase en unas palabras que envía a Gerardo Diego. — ¿Qué te voy a decir de esas nubes, de ese cielo? Mirar, mirar, mirarlas, mirarle y nada más. Comprenderás que un poeta no puede decir nada de la poesía. Eso déjaselo a los críticos y profesores. Pero ni tú ni yo ni ningún poeta sabemos lo que es la poesía.

" Aquí está: mira. Yo tengo el fuego en mis manos. Yo lo entiendo y trabajo con él perfectamente, pero no puedo hablar de él sin literatura. Yo comprendo todas las poéticas; podría hablar de ellas si no cambiara de opinión cada cinco minutos. No sé. Puede que algún día me guste la poesía mala muchísimo, como me gusta (como nos gusta) hoy la música mala con locura. Quemaré el Partenón por la noche, para empezar a levantarlo por la mañana y no terminarlo nunca.

" En mis conferencias he hablado a veces de la poesía, pero de lo único que no puedo hablar es de mi poesía. y no porque sea un inconsciente de lo que hago. Al contrario, si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios — o del demonio, — también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema".

Conoce la ventura de los otros e ignora la suya. Es, más que inquietud, impaciencia, desazón, anhelo de marchar, de penetrar en todo, de no levantar su tienda nunca en el mismo lugar. Hacerlo hasta en lo que es viejo y triste, pero siempre así, cambiando, trasladándose, gitano de alma y de inspiración.

Nació en Fuente Vaqueros (Granada), a fines del siglo pasado. Estudió derecho y filosofía y letras en Madrid. Fué uno de los más dilectos discípulos que tuvo don Fernando de los Ríos.

Diccionario colombino

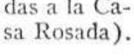
ALMIRANTE. — Tipo que domingueramente se encasqueta una gorra náutica de $ 1.80, y se da dique de Jolicoe en el río Luján, por ejemplo. Menudean en el Delta y en primavera y verano. Estos Nelson, por lo general, saben tanto de navegación como un verdulero de anatomía topográfica.



AMERICA. — Bienes raíces, inclusive las de radichón, libretas de ahorro, cuentas corrientes, moneda nacional, en 1º y 2º hipoteca, cédulas, acciones, títulos, muebles, etc. Dícese corrientemente "hacer l'América" o "l'América hecha", y en esto de americanizar, los "xeneixes" son maestros, la Boca "for ever".



COLON (verlo en la plaza Colón, en mármol, y de espaldas a la Casa Rosada).





CARABELA. — Budinera de fieltro que los fifís han tratado de restaurar en el trono del imperio craneano, artefacto que no pudo resistir la ofensiva democrática del orión. En la calle Florida, durante el paseo vespertino, vese surcar alguna "carabela" a la deriva de altos precios de sombrerería. Los rusos y los Mateos carabelean pintorescamente, Corrientes y Junín.



CARABELAS. — Cortada porteña limítrofe con el clásico Mercado del Plata, la cual en la vereda que apunta al oeste festonéala, de punta a punta, una serie de restaurantes y fondines cuyos clientes "jamás hacen agua" a la hora de la buseca o el minestrón, óptimos esponjas para el vino. En las cocinas, en los mostradores y en las cajas, "xeneixes" de abundantes "mostacholes" y de abdómenes prominentes. Carabelas es mentada calleja, única y típica de Buenos Aires.



SANTA MARIA. — Sanatorio empotrado en la zona montañosa de la docta provincia de los alfajores. En política y por corruptela del léxico, dícese Santamarina. De ahí, que a la hora de las oraciones electorales, óigase en el templo del Tandil, y lo más Frescos los feligreses: "Dios te salve, Santamarina, lleno eres de gracias, etc."; o bien: "Santamarina, ruega por nosotros los conservadores, ahora y en la hora (del escrutinio), amén.

PALOS. — Instrumentos de contundencia. También se aplican periodísticamente para felpear al gobierno o a la oposición. Turfísticamente: "por los palos o contra los palos". Cuando los Palos son de Moguer (Benita, Jesusa o Ramona), intervención policial clavada y suturada (en la Asistencia Pública).



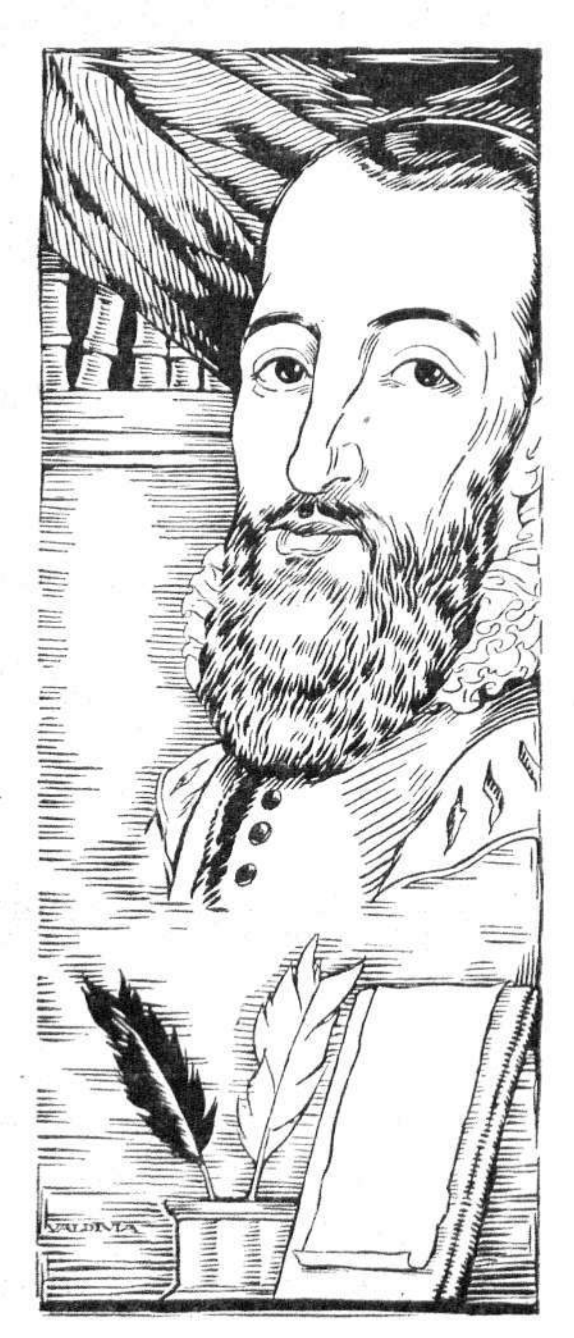
PINZON. — Calle boquense que dió nacimiento a los primeros emporios de fainá. En correcto "xeneixe" se pronuncia "Pinzún,,.



MONASTERIO. — Sitio público donde los amigotes de empinar el codo se bañan espirituosamente por dentro. De ahí, que se diga: "Fulano salió del monasterio de la calle Río Bamba con una mona de la gran flauta, y en condiciones pedestres de no poder hacer el 4". Buenos Aires es una de las ciudades más monásticas del mundo, en atención al número de "monasterios" que la salpican.



Félix Lima



Del dulce lamentar de dos pastores

Por PEDRO C. NIETO

ESPECIAL PARA "CARAS Y CARETAS"

(Al margen de los versos de Garcilaso de la Vega).

I. — SALICIO

De qué servirán los sentimientos verdaderos, altos, nobles y puros, si a nombre de cosas secundarias o pueriles el labio callara lo que el alma siente?

... Ondula la pena en todos los versos, hay un rumor de músicas ternísimas, emana una corriente infinita de queja arrancada del propio corazón, como si en lo más espeso de un bosque se desgarrara la tela del viento.

... Ni la vista de una flor, ni la florescencia de una estrella lejana que palpita en el terciopelo negro de la noche, no, nada; ni las amatistas desfallecidas de la tarde, ni el regocijo del agua de los arroyos, ni el canto de los pájaros, nada; nada puede ser lenitivo para la pena del pastor Salicio.

Sólo sabe de un amor malhadado que a porfía le hiere como un puñal clavado en el corazón.

Ya es para Salicio sólo el sendero de la pena el camino de su vida: desde todos los confines oye que le llama la flauta de la pena; de todos los silencios se levanta una soledad angustiosa como fantasma del recuerdo. La pradera, el monte y todo, son un piano enorme de tristeza. Hay para los ojos de Salicio un pavor de sombras y los árboles son músicos tristes.

Y clama, clama e interroga a la ausencia de la amada:

Tu dulce habla ¿en cúya oreja suena?
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos anudaste?

En la égloga, todo parece animarse con voces de piedad y con ruegos de amor.

La queja de Salicio es como si nos quisiera expresar: pertenezco a esa pléyade triste de hombres que aman sin ser amados.

"Soy el triste a quien no han amado nunca." Llora. Desparrama las perlas de su lloro como nocturnos en la atmósfera angustiada de los violines de artistas bohemios. Con él podríamos rezar:

"La noche del espíritu — es noche sin mañana."

La queja de Salicio es queja de Garcilaso, es la tristeza melancólica de amor que busca amor para dulcificar las amarguras de la soledad. Un poco de dulzura para atenuar el acre sabor de la vida.

Esta queja no es sólo de amante desolado, es pena de poeta; es dolor de Garcilaso como lo fuera de Dante o de Petrarca; es dolor de esas "plantas malditas que dan frutos de milagro", los poetas, que llegan batiendo alas cándidas, con un cántico inmortal en los labios y viven embebecidos en la contemplación de un mundo ideal. Llegan a la tierra de no sé qué remotas regiones del tiempo o de no se sabe qué países de leyendas y al penetrar en el mundo de las realidades, tronchan sus alas, sangran el corazón y crucifican el alma.

I I. — NEMOROSO

Nemoroso, puede ver las mañanas, contemplar las tardes, cuando, como gasas distendidas las nubes, viajeras del espacio, se van y la sombra de la noche se avecina y absortas las pupilas en la contemplación del espectáculo del cielo que florece estrellas, el alma, ruega consuelo a su confidente el silencio, que en esa hora y en ese estado de ánimo dijérase que al ahondarse, se torna solemne.

... La música del verso y el acento de queja del amante desilusionado, en estas estrofas, es el delirio de un ruiseñor herido que, amante de la luz y de los embrujos lunares, repentinamente hubiera quedado ciego y que este dolor le ha dotado de un nuevo acento, con riqueza de música caudalosa en la garganta; porque este dolor es dolor de alma. Y en el bosque, en la soledad altísima, sangrando el corazón con acento dolido, hila la emoción de sus trinos, ferforoso, apasionadamente como para llenar con sus quejas la vastedad de la selva.

¡Qué triste desconsuelo para Nemoroso la certidumbre de que nada puede hacer para acercarse a la amada, a la que fuera dulce compañera de sus horas felices, la que, cuyo recuerdo en vez de alumbrar su camino, en vez de ser un viento bueno que alienta la llama de su vida, es como un viento malo que a altas horas de la noche apagara la única lámpara encendida!

Quisiera él ser más tierno, conmoverla con la emoción de su sentimiento amoroso, hacerse oír y clama:

¿Quién me dixera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Cree en su nobleza de amador puro, fiel, cálido y lírico que, a pesar de la distancia y del tiempo y aunque fuese de piedra la amada, podría oírle.

... Pero ni el maravilloso espectáculo de la selva, ni la visión del cielo, ni los murmullos del bosque cercano, ni el verdor del prado, ni el ganado, ni la luz, ni el silencio amigo de sus tristezas hondas; nada disipa de sus ojos la sombra, nada consigue arrancar de su alma la sombra.

¿Mas, será la queja de este amante el dolor sin mancha del verdadero amor? ¿No será la queja del amante desilusionado?

Nemoroso, piensa en sus pasados días venturosos, en sus horas felices y el recuerdo le ahonda la pena del amor perdido.

Su queja quisiera llenar todas las rutas, recorrer todos los senderos; incendiar la noche, quemar los abismos.

Cada palabra es verso que brota de su labio como un rezo, como un gemido leve, ternísimo, o como queja que arrancara a la hierba la pisada de un corcel despavorido.

¿Pero no será también que la soledad es ambiente propicio para queja de enamorados, como es propicia la acústica de un hueco a la afición de músico del grillo? ¿O es lágrima el recuerdo?

El acento de su voz triste se torna un tanto grave, pero delicada, quejumbrosa, como lamentos de violines que lloran sobre el cadáver de un niño, o como el desgarramiento de una seda, o es letanía, como si el pentagrama del corazón estuviese amasado de ruego, de caricia y de canto.

No se abren más jardines de ensueños a su alma. No florece para su espíritu la esperanza en alucinación de luz. Nada. No hay dulzuras, ni amistad de amigos, ni trabajo capaz de consolar un desconsuelo de amante.

Pedro P. Nieto



Santa Teresa, cuadro pintado por fray Juan de la Miseria, y el único autorizado por la Doctora.

Iconografía de Santa Teresa de Jesús

Por Porfirio Fariña Núñez

"Yo no conocí, ni vi a la madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra: mas agora que vive en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que dejó de sí, que son sus hijas, y sus libros, que a mi juicio son testigos fieles y mayores de toda excepción de su gran virtud".

FRAY LUIS DE LEON.

Con ser España tierra de los grandes pintores místicos (Morales, Zurbarán, Ribera, Murillo, etc.), no posee, sin embargo, una pintura de la Santa, como aquel sublime cuadro de Zurbarán dedicado a Santa Casilda, excepción hecha del mediocre retrato que Teresa de Ahumada, por indicación del padre Gracián se mandó sacar en su senectud, como "castigo", en Sevilla, "ciudad tan caudalosa". A este trabajo refiérese el padre Francisco Ribera, jesuíta, confesor de Teresa de Jesús, doctísimo maestro de la universidad salmantina: "...sacóse estando ella viva — anota Ribera — un retrato bien porque la mandó su Provincial, que era el padre Jerónimo Gracián que se dejase retratar y sacóle un fraile lego de su orden, siervo de Dios, que se llamaba fray Juan de la Miseria". Y agrega: "En esto hizo muy bien el padre Gracián; pero muy mal en no buscar para ello el mejor pintor que había en España, para pintar, más al vivo, a persona tan ilustre. Mas para consuelo de muchos, de éste se han sacado los que hay buenos o razonables".

El juicio de Ribera es terminante: hízolo en nombre del arte y además con su honroso título de confesor. Necesitábase para retratar a la Santa un pintor a lo divino; cuéntase que ella misma exclamó al ver su retrato: "Dios te perdone fray Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa".

Mas en ausencia de aquel "sabio pintor" semidivino, la Santa encontró en un sacerdote de la compañía de Jesús, en un carmelita y en un monje jerónimo a los pintores de su ilustre persona. El retrato literario trazado por Ribera es, a todas luces, una joya. "Ribera nos ha legado un célebre retrato de Teresa — anota Gabriela C. Graham, — el único, de todos los que se han hecho, digno de ella."

He aquí entresacado de las "Etopeyas" de Santa Teresa el pasaje pertinente: "Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa; y aún después de vieja parecía harto bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno; de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada; y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo, y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llenas; los ojos negros y redondos, y un poco papujados (que ansí lo llaman), pero muy buen puestos, vivos y graciosos, que, en riéndose, se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar en el

rostro gravedad; la nariz pequeña y no muy levantada de enmedio, tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas de ellas arqueadas y pequeñas; la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho; el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes muy buenos; la barba bien hecha; las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños, al lado izquierdo, que le daban mucha gracia: uno más abajo de la mitad de la nariz; otro en la nariz y la boca; y el tercero debajo de la boca. Estas particularidades he yo sabido de personas que más despacio que yo se pusieron muchas veces a mirarlas."



Escultura de Bernini. (Santa María de la Victoria, Roma).

En cuanto a los lunares — tan sutilmente descriptos por el doctor ignaciano — agreguemos estos detalles suministrados por la monja María de San José: "En el rostro al lado izquierdo tres lunares levantados como verrugas pequeñas..."

El padre Gracián es más lacónico en su etopeya. Así dice: "Nuestra Beata Teresa no fué en su tiempo fea de rostro; que aunque algunos que andan por ahí no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de setenta años. Y yo por mortificarla (siendo su prelado) mandé que la retratase un fraile lego, llamado fray Juan de la Miseria, que en el claustro del convento de monjas de Sevilla estaba haciendo ciertas pinturas, y no era muy buen pintor; que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratara nadie". Como la Santa había nacido en 1515, su retrato dataría entonces del año 1576, según la investigación realizada por el historiador Barcia. Este autor, citado por Jean Baruzi, de la Sorbona, en su volumen sobre "Saint Jean de la Croix" (1924), publicó en 1909 una monografía titulada "El retrato de Santa Teresa", en donde estudia el lienzo pintado por el fray Juan de la Miseria. Reproduce don Angel M. de Barcia el pasaje del padre Gracián de su "interesantísima autobiografía"; el boceto literario de la "venerable María de San José", "monja particularmente querida de la Santa, compañera suya en el viaje a Sevilla y que quedó en aquel convento"; cita el padre Ribera, "el mejor de los primitivos biógrafos de Santa Teresa", etc. En esta forma existirían dos retratos de la Santa: el que conservó Gracián en su destierro en Flandes y el del convento de las Carmelitas Descalzas de Sevilla. "Este — anota, — si no es el original mismo es indudable la repetición primera y principal por todos los conceptos. Los demás probablemente no se harían hasta después de la muerte de la Santa, ya todos con la añadidura de las manos, que puede bien datar del mismo fray Juan de la Miseria, y luego cuando la Beatificación, añadirían la paloma y la filactería". En dicha información reproduce dos retratos de la Santa: el primero, de medio cuerpo; el segundo, con estos agregados: una colomba mística, la inscripción latina: "Misericordias Domini. Internum Cantabo", la aureola y las manos orantes, tal cual se conserva hoy en la iglesia de las Carmelitas.

Atribuída a Gregorio Hernández. (Museo de Valladolid).

También el padre Yepes — confesor del tétrico Felipe II — en carta dirigida a fray Luis de León, dejó otro retrato psicológico que ya tiene olor de santidad. "Lo que yo de ella experimenté diré aquí: confeséla y comulguéla dos veces, cuando dije que la topé en Osma; y como la veía descubierta, pude experimentar dos cosas que en sus monasterios no podía haber visto. La una, que con llegar a comulgar con color de tierra, así por su edad que era de sesenta y siete años, como por sus grandes y continuas enfermedades, trabajos, ayunos y vómitos (que por más de treinta años padeció, como Santa Catalina de Sena) en recibiendo en la boca a Nuestro Señor, antes de tragar el Sacramento se le ponía el rostro hermosísimo y de un color transparente y con una majestad y gravedad tan grande, que a mí me causaba gran reverencia, porque mostraba bien al Huésped que había recibido y cuán bien aposentado estaba".

De este retrato espiritual hemos escogido los párrafos esenciales aunque deberíamos agregar las consideraciones sobre el perfume que desprendía la boca de aquella mujer castellana, "con tener los dientes gastados y podridos... le olía la boca como almizcle", anota el padre Yepes. Estos tres frailes, Ribera, Gracián y Yepes, fueron los verdaderos pintores de Santa Teresa de Jesus, y a falta del retrato magistral quedarán en la iconografía teresiana estas semblanzas literarias trazadas por aquellos graves teólogos de la España de Felipe II.

◆

QUEDA indicado que por sugestión del padre Jerónimo de la Madre de Dios Gracián, "hombre de muchas letras", fijóse en humilde lienzo el retrato de

Teresa. Este célebre teólogo era hijo de un secretario de Carlos V y de Felipe II, "por tener mucho favor con el rey" — anota la Santa; — corría por sus venas sangre de "caballero noble e hijodalgo"; había estudiado en Alcalá, patria de Cervantes, y al llegar a Pastrana hízose novicio con el nombre de fray Juan de Jesús. Era un fraile que reunía en sí estos raros atributos: la "perfección" y la "suavidad", según la expresión de Teresa de Jesús. Encontráronse por vez primera en Veas, y en medio de los coloquios espirituales entrególe Gracián a la Santa "cierta obra, que escribió con aquellas grandes tentaciones"; en otra ocasión en acabando de comulgar, vínole a Teresa "un recogimiento con una tan grande luz interior" y "hallóse el espíritu dentro de sí en una floresta y güerto muy deleitoso", en cuyo sitio aparecióesele Eliseo (nombre supuesto de Gracián), "con una hermosura extraña". Este fraile tan donoso contaba apenas treinta años; durante su estancia en Sevilla produjo inmensa sensación. Predicaba un día en Triana, cuando fué reconocido por Beatriz de la Madre de Dios. Al verlo así con su "hábito y descalzo", la amiga de Teresa — "era moza y de buen parecer" — se quedó "como desmayada", "de grandísimo contento".

Bajo un sol abrasador llegó la Santa a Sevilla en el "año de MLDXXVI", enviada por su director espiritual, como lo relata en el "Libro de las Fundaciones". En la ciudad "de gente tan rica" encontró a su hermano Lorenzo, venido de la América gentil, "que había treinta y cuatro años que estaba allá", y más tarde al padre Jerónimo Gracián. Viajaba "escondida" en carros muy cubiertos. ¿Quién podría verle el rostro, si hasta en las iglesias entraba con el velo puesto? No olvidemos empero los preceptos de la regla monástica. Teresa nos va a suministrar datos curiosos sobre el particular. Estamos atentos a la fecha en la misma época de su famoso retrato. La Santa llega a Córdoba en el "postrero día de Pascua de Espíritu Santo". "Apeamos cerca de la iglesia — narra, — que aunque no nos podía ver nadie el rostro, porque llevábamos delante de ellos velos grandes, bastaba vernos con ellos y capas blancas de sayal, como traemos, y alpargatas, para alterar a todos; y ansí lo fué". Fray Juan de la Miseria descorrió el velo de la mujer castellana y Teresa ante el ruego de su padre "Provincial" dejóse retratar en aquel bochornoso verano pasado en San Josef del Carmen. Gracián encontró al pintor de la Santa, un mendicante — "muy simple en las cosas del mundo", — un ermitaño del Tardón, lego de Pastrana, natural de los Abruzos, llamado Giovanni Narducci, quien en el estío andaluz del año 1576, siendo discípulo del gran Sánchez Coello, retrató a Teresa de Ahumada y Cepeda, ya "viejecita", como lo recordara su biógrafo ejemplar. "Y al cabo la retrató mal, porque aunque era pintor, no era muy primo, y así decía la Me. Theresa con mucha gracia: Dios te lo perdone, fray Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y legañosa", repetía Gracián año después, variando su anterior estilo.



Por Alonso Cano. (Córdoba, España).

Dicha obra correspondería al período de "Las Moradas", cuyo libro escribió la Santa, al año siguiente en Toledo, dándole término en San José de Avila, "año de mil quinientos y setenta y siete, víspera de San Andrés, para gloria de Dios".

"La más ruda austeridad recubre un encanto que jamás se borrará", opina favorablemente Jean Baruzi, de esta pintura de la autora del "Camino de perfección", que ponía "luz en las cosas obscuras", al decir de fray Luis de León. Si el retrato "recouvre un grâce", para el crítico francés que estudió la vida del "Senequita" de Teresa de Jesús, el beato San Juan de la Cruz — el poeta de los "soliloquios interiores" de Azorín, — debemos en síntesis, acudir a dicha fuente siquiera fuere como mera información arqueológica. Sobre este mismo cuadro oigamos el juicio peyorativo de Gabriela C. Graham en "Santa Teresa": "Fray Juan de la Miseria, en cambio, está predestinado a la obscuridad propia de sus modestos esfuerzos en las últimas filas de la Orden. Su personalidad sumamente modesta, sólo adquiere relieve por el contraste que ofrece con la de Mariano y el hecho de que este humilde siervo del Señor ha legado a la posteridad unos cuantos lienzos de una vieja rugosa que pretende representar ingenuamente a la madre Teresa". "Es lo cierto que fray Juan de la Miseria lo hizo bastante mal" subraya a su vez Vicente de la Fuente en "Escritos de Santa Teresa" (Madrid, 1923). El retrato pintado por fray Juan de la "myseria" — cuya es la firma — es, fuera de duda, mediocre y de una realización artística harto deficiente, de "pésimo arte" diría por último C. Graham en su admirable estudio.

◆

Barcía en su "Catálogo de retratos de personajes españoles" (1901) enumera varias estampas de Teresa de Jesús, entre éstas, la de fray Juan de la Miseria; Pedro Sainz Rodríguez en su "Introducción a la historia de la literatura mística en España" (1926), en un pasaje escribe: "Fray Juan de la Miseria, procedente de la Orden de San Agustín y retratista de la Santa"; ofrece además el "Arbol genealógico de Santa Teresa de Jesús". De la Fuente afirma que "Al frente de la edición hecha en casa de Foquel, en Salamanca, hay un retrato de Santa Teresa bastante bien grabado; el ejemplar que se conserva en la Biblioteca de San Isidro de Madrid, lo tiene todavía"; Ochoa en su edición de la vida de Santa Teresa, escrita por Diego de Yepes, trae un grabado de pésimo gusto; "Espasa-Calpe", por otra parte, reproduce los retratos ya menciona-

dos y agrega otros, a saber: "Retrato de Santa Teresa" por fray Juan de la Miseria, Pintura al fresco", por G. Mentessi, "Santa Teresa rogando por las almas del purgatorio" por Rubens (Amberes); Augusto L. Mayer en "La pintura española" (1926), cita el cuadro de Pedro Antonio Bocanegra del siglo XVII, la "Toma del hábito de Santa Teresa" en Santa Catalina de Zafra. Según el profesor alemán, este pintor recuerda muchísimo a Van Dyck, lo que daría ciertamente un extraordinario valor a la pintura de Teresa, tan sólo por la reminiscencia lejana del eximio maestro.

C. Graham, en "Santa Teresa", menciona "Dos cuadros conservados en los claustros de Pastrana conmemorando estas escenas edificantes de la historia de la fundadora. En uno de ellos un rayo de luz envuelve en su resplandor a la Santa según se inclina con las manos extendidas para entregar el hábito a uno de los frailes. En el fondo está Ruy Gómez con traje de terciopelo negro apoyado elegantemente en el puño de la espada, con su barba rematada en punta y un rostro tristón y pálido. A la derecha, rodeada de damas, aparece la altiva figura de la princesa con un soberbio traje cubierto de perlas y resplandeciente de joyas, como aquel que nos ha hecho familiar Coello en su retrato de la Infanta Clara Eugenia. El otro cuadro representa a Teresa presenciando la llegada de los frailes a la colina de Pastrana". El primer cuadro es históricamente falso. "Yo les aderecé hábitos y capas, y hacía todo lo que podía para que ellos tomaran luego el hábito", escribe Teresa al hablar de la "fundación de los monasterios de Pastrana". Y "ansí fué" que el futuro pintor de la Santa y el "padre Mariano" — el segundo, "mudado tan presto, en especial por una mujer" — recibieron el hábito de los Descalzos de manos de un fraile, "ya de días, que aunque no era muy viejo, no era mozo, mas era muy buen predicador, llamado fray Baltazar de Jesús..."



Imagen existente en la iglesia del Carmelo, de Buenos Aires.

El pincel del malogrado Jorge Bermúdez, artista argentino, fijó en "Santa Teresa de Avila" (Museo de Bellas Artes de Córdoba) un hermoso pasaje de la vida de la "fémina inquieta y andariega". La hosca tierra de Castilla la Vieja domina el contorno. En el valle clarísimo divísase el caserío místico y medioeval. Un pastor de cabras se detiene ante la aparición de Teresa. Es un español velazqueño: por las alforjas, el báculo, las chuletas y el cabrito. La inquieta mujer va fundando monasterios. Desde la eminencia del collado contempla la Santa los límites de Avila de los Caballeros. Sigue el sendero de su "castillo interior". Y allí, desde una eminencia histórica, en una encrucijada de las "parameras", Teresa — "Virgho Theresa" — domina el ancho panorama ibérico como un enigma de su tiempo.

En cuanto a la estatuaria, el mismo diccionario "Espasa" reproduce cuatro íconos: "Imagen que representa la transverberación de la Santa" (Convento de la Encarnación de Avila); "Imagen existente en la capilla que fué su celda" (Avila); ídem, atribuída a Gregorio Hernández (Museo de Valladolid, y la "Imagen", obra de Alonso Cano, artista del siglo XVII, que se conserva en Córdoba; por último, venérase en Roma, en la iglesia de Santa María de la Victoria, una estatua de mármol de la "Santa Teresa en éxtasis", original del Bernini, artista barroco.

Como obras de positivo valor estético merecen destacarse el cuadro del artista flamenco y la escultura de Alonso Cano; pudo ser Rubens "el mejor pintor" deseado por Jerónimo Gracián, para persona "tan ilustre"; mas la cronología del autor de "Las tres gracias" nos da este binomio: 1577-1640; nacía por lo tanto este pintor en las vísperas de la muerte de Teresa de Ahumada, ocurrida, como es notorio, en 1582. La pintura española, suntuosa en cuadros profanos y religiosos, posee retratos de los grandes santos, de Ignacio de Loyola, v. gr., pintado por el divino Morales, contemporáneo de la escritora mística, en cambio de la Santa de Avila, consérvase en la iconografía, la imagen escultórica de Alonso Cano, preclaro artista del Renacimiento.

No fué ajena al arte Teresa de Jesús; amó los cuadros de artistas célebres; ella misma vivió en el esplendor de la pintura renacentista italiana; admiró probablemente las telas de los pintores carlistas, como Tiziano, pintor de reyes, o Morales, pintor de Santos, en la residencia de la princesa Juana, hermana de Felipe, en el castillo de los duques de Alba, en el palacio de la princesa de Eboli, doña Ana de Mendoza, mujer del favorito del rey, en la "fastuosa morada" de la condesa de Monterrey y en la señorial casa de doña Leonor de Mascareñas. En el "Libro de las fundaciones" (cap. II), mencionó al pasar un retrato, "aunque imperfecto, del principio de nuestra orden", existente en el convento de Avila; y así adoró en su pubertad "El encuentro de Jesús con la pecadora", poseyó más tarde un "Ecce homo", "El descendimiento de la cruz" y "El niño Jesús" dentro de un corazón inflamado, que formaron parte, según propia confesión, de su patrimonio artístico en la soledad de su vida milagrosa.

El arte cristiano ha representado en sus altares a la escritora carmelita con el libro y la paloma mística. "En España — anota V. de la Fuente — se la pinta con la borla y muceta de doctora en teología, y de ese modo se la pone por lo común en los altares". Desde los tiempos de Alonso Cano se la representa en esa actitud, y es ésa, en suma, la forma definitiva de la idolatría teresiana en el templo y en el arte.

PORFIRIO FARIÑA NUÑEZ

GRAN CONCURSO de "CARAS

CADA UNO DE LOS LECTORES TIENE DERECHO A ENVIAR, JUNTOS O SEPARADOS, LA CANTIDAD DE CUPONES QUE CREA CONVENIENTE DE ACUERDO SIEMPRE A LAS SIGUIENTES



BASES:

A) Recibirá un premio de MIL PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte los nombres de los clubs que ocuparán los cuatro primeros puestos — en orden de colocación — en la tabla final de posiciones correspondientes a los "teams" de primera división;

B) Recibirá un premio de DOSCIENTOS PESOS MONEDA NACIONAL el que acierte el nombre del jugador que será "scorer" del campeonato de 1935;

C) Los premios son indivisibles y, en caso de empate, se sortearán en acto público los pronósticos iguales, para lo cual el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS habrá numerado cada uno de los cupones;

D) En caso de que varios clubs empataran en la tabla de posiciones, se tomará en cuenta para el orden de colocación en la misma el número de goles a favor de cada "team", después de deducidos los goles en contra;

E) Los pronósticos relativos a la posición final del Campeonato sólo podrán ser remitidos hasta el día de la realización del 12º partido de la segunda rueda inclusive, los mismos que los pronósticos referentes a los "scorers";

F) Para que el voto tenga validez, el votante llenará, con letra clara y sin omitir nombre, dirección y fecha, el cupón correspondiente y lo remitirá, bajo sobre, en la siguiente forma: CONCURSO DE FUTBOL DE "CARAS Y CARETAS", CHACABUCO Nº 151, CAPITAL FEDERAL;

G) El jurado encargado de distribuir los premios estará integrado por un representante de la Asociación del Foot-ball Argentino, por el cronista deportivo de CARAS Y CARETAS y por el escribano público designado para levantar el acta: